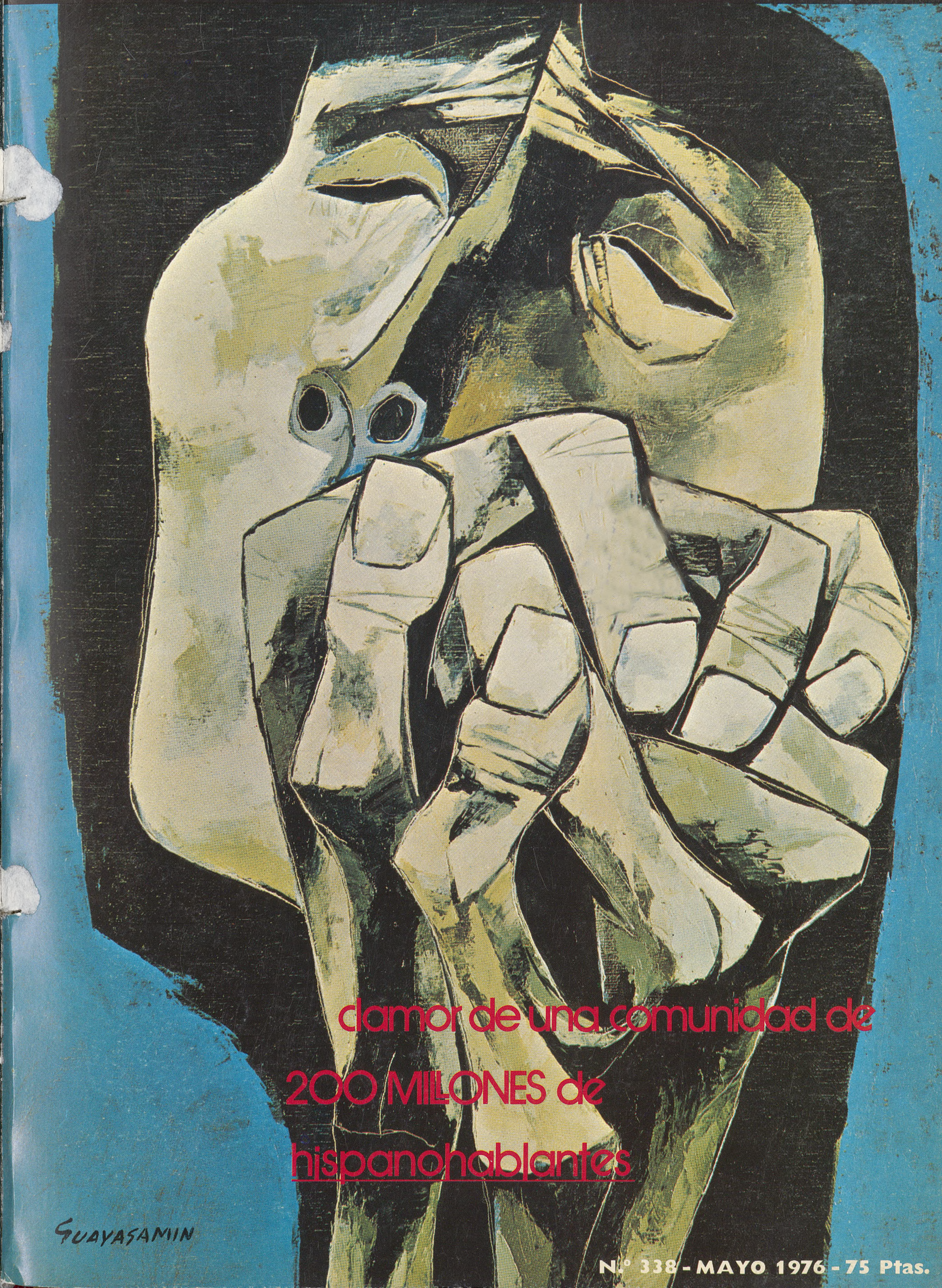
MUNDO HISPANICO



clamor de una comunidad de 200 MILLONES de hispanohablantes

N.º 338 - MAYO 1976 - 75 Ptas.



MUNDO HISPANICO MAYO 1976

Pocos maestros pinceles como el de Guayasamín han sabido expresar la desesperación, la esperanza, la pobreza y la ternura. También, el noble grito de las comunidades a las que la omnipotencia del número mayor obliga a la privación de la propia lengua. Entonces, en vez de hablar, a limpia voz, se reza en un silencio trágico.



SUMARIO

DIRECTOR
J. L. CASTILLO-PUCHE

REDACTOR-JEFE
Ramón Pedrós

REPORTAJES ESPECIALES
Javier del Amo y E. Morales Cano

DOCUMENTACION HISPANOAMERICANA
Gastón Baquero

ASESOR TECNICO-ARTISTICO
César Olmos

AYUDANTE DIAGRAMACION
Daniel del Solar

MUNDO HISPANICO es una revista abierta a toda clase de colaboraciones, siempre que ofrezcan interés informativo, documental o de pensamiento para la comunidad iberoamericana. No obstante, las opiniones emitidas son exclusiva exposición del pensamiento de sus autores.

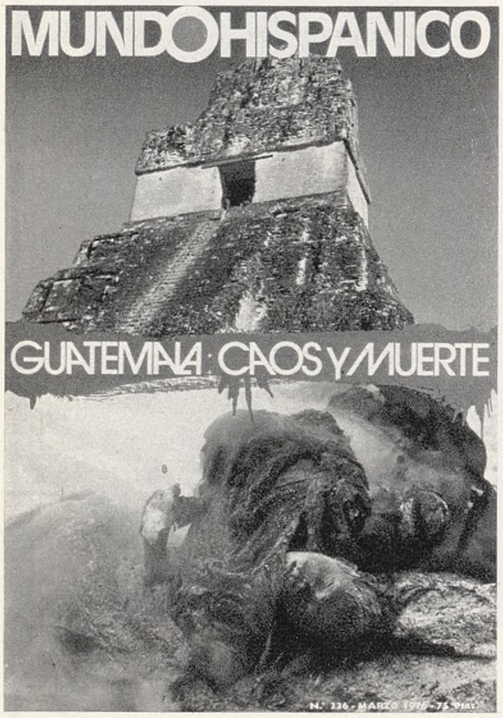
DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION: Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid-3. TELEFONOS: Redacción: 244 06 00; Administración: 243 92 79. DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS: Apartado de Correos 245, Madrid. EMPRESA DISTRIBUIDORA: DESPLA, S. L. Altos Hornos, 16. BARCELONA. Impreso por Heraclio Fournier, S. A. - Vitoria. Entered as second class matter at the post office at New York, monthly: 1969. Number 258, «Mundo Hispánico» roig spanish books, 29 west 19th. Depósito legal: M. 1.034 - 1958. PRECIOS DE SUSCRIPCION: ESPAÑA Y PORTUGAL: Un año, 750 ptas. Dos años, 1.200 ptas. Tres años, 1.800 ptas.—IBEROAMERICA Y FILIPINAS: Un año, 21 dólares. Dos años, 36 dólares. Tres años, 51 dólares.—EUROPA, ESTADOS UNIDOS, PUERTO RICO Y OTROS PAISES: Un año, 30 dólares. Dos años, 52 dólares. Tres años, 75 dólares. En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario. Está solicitado el control de O.J.D.

N.º 338. Mayo 1976 **PRECIO: 75 ptas.**

CARTAS AL DIRECTOR

EL TERREMOTO DE GUATEMALA EN EL PERIODISMO ESPAÑOL

Leo complacido el tratamiento que han sabido dar ustedes a la tragedia que recientemente ha padecido mi país. El excelente reportaje gráfico, que es la mejor y más amplia presentación periodística que vi, así como la portada correspondiente al número de marzo de MUNDO HISPANICO *es, sin embargo, una aproximación, un reflejo de la magnitud de lo que hemos sufrido. Estas líneas quieren agradecer la preocupación que en España y en* MUNDO HISPANICO *se siente por la*



suerte de países que, como el nuestro, tiene en su sino soportar catástrofes y rehacerse de ellas, pensando que la vida ha de seguir, y que, en todo momento, se ha de pensar en los problemas de los supervivientes. Guatemala, como dicen ustedes, sigue «en pie». Y sigue, también, gracias a los que nos ayudan y nos comprenden.

Félix Castro.
Guatemala.

POLEMICA EN TORNO A LA PRIMERA UNIVERSIDAD AMERICANA

Se ha suscitado de nuevo una vieja polémica acerca de cuál fue la primera Universidad fundada en América. El director de la Academia Puertorriqueña de la Historia, Dr. Aurelio Tió, ha publicado en el Boletín *de esta Institución un extenso artículo en el que trata de demostrar que la primera Universidad fundada en Hispanoamérica fue el Estudio General de la Orden de Santo Domingo en San Juan de Puerto Rico. Se funda su tesis en su Breve, hasta ahora no hallado,* In splendide die, *que autorizaba a dicho Estudio a expedir títulos y grados otorgado en 9 de enero de 1532 por Clemente VII.*

Sor Agueda María Rodríguez Cruz, de la Orden Dominicana, muy conocedora de estas cuestiones pues es autora de una Historia de las Universidades Americanas, *planteó la polémica en un erudito y razonado artículo que publica «Noticias Culturales», del Instituto Caro Cuervo, de Bogotá, bajo el título de* La discutida primacía fundacional universitaria de América, *asegurando que el original de dicha Bula no existe ni se halla registrado en parte alguna, salvo las referencias que a él hace Gustavo Adolfo Mejía Ricart en su* Historia de Santo Domingo; *y que tal afirmación se basa en confundir los* Estudios *de la Orden (que en España llegó a tener dieciocho y varios en México), con lo que realmente es una Universidad. Es un hecho indiscutible que el Papa Paulo III creó por su Bula* In Apostolatus culmine, *de 28 de octubre de 1538, la Universidad de Santo Domingo, que fue la primera que se fundó en América.*

En 1551 se decidió crear las Universidades de México y de Lima, considerada por algunos esta última, que inició sus clases en 1553, la más antigua del Continente americano. Hay algo muy curioso en la creación de esta Universidad, acaso no muy divulgado y conocido. Y es que como se la dejó sin nombre al crearla se decidió en 1574 darle uno digno de ella. Era entonces Rector don Juan de Herrera, abogado, en tanto que sus predecesores Meneses y Sánchez Renado eran médicos. Planteada la cuestión de seleccionar un nombre se produjo una discordia fenomenal. Los abogados proponían a San Bernardo, los médicos a San Cipriano; los teólogos a Santo Tomás; el virrey don Francisco de Toledo, a San Agustín; los limeños se mostraban partidarios de los Evangelistas, sin llegar a un acuerdo acerca de cuál de ellos. Hubo varias votaciones sin alcanzar mayoría. Por fin, el 20 de diciembre de 1574 se echaron en una ánfora los nombres de los que habían alcanzado mayor votación; Santo Tomás, San Bernardo, San Cipriano y San Marcos, y en pleno claustro un niño extrajo una papeleta que tenía el nombre de San Marcos, que fue proclamado solemnemente como Patrono de la Universidad a la que daba su nombre el 22 de diciembre de 1574. Por ello es que se llama así esta famosísima y prestigiosa universidad de Lima.

No es sólo Lima la ciudad que reclama la prioridad universitaria. Algunos autores dan primacía a la Universidad del Cuzco, en el propio Perú.

En setiembre de 1551 se crea por Carlos V la Real y Pontificia Universidad de México que la inaugura el virrey don Luis de Velasco en 1553 y hoy es la muy prestigiosa Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) que constituye una de las ciudades universitarias más grandes e importantes de América. Ya en sus inicios se la consideraba «emparentada» con las de Salamanca y París y las de Oxford y Bolonia y aun la de Salermo, muy prestigiosa desde el siglo XI por sus estudios sobre Medicina. Muy famoso fue también en México por su obra educacional



Vista aérea de la Ciudad Universitaria de Santo Domingo.

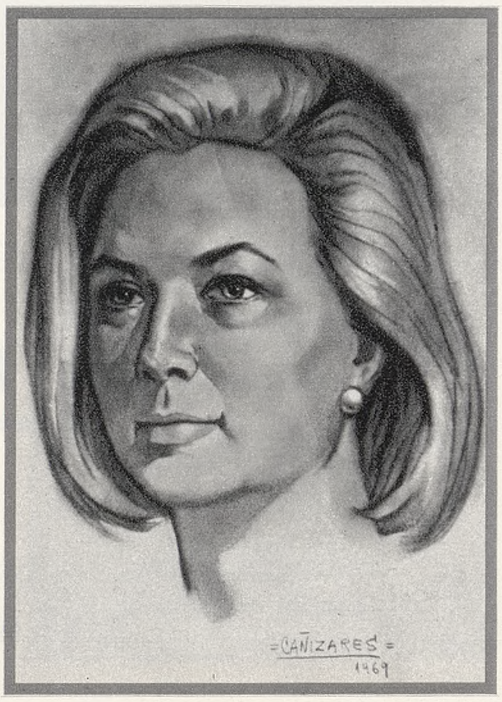
de alta cultura el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo o bien Colegio Máximo de México, que fue de hecho la Universidad jesuítica para los Padres de la Orden, considerado por el historiador Gerardo Decorme S. J. como una «Escuela Normal de profesores y maestros de la Compañía».

Hay en todo esto, para orgullo de España, una prueba de su política cultural en América estableciendo aquí universidades inspiradas en la de Salamanca, creada en 1215, poco después de la de Palencia —ya citada— por Alfonso XI rey de León. Sus constituciones y reglamentos, sus clases y enseñanzas se fueron formando a lo largo del siglo XIII, reinando Fernando III el Santo y Alfonso X el Sabio, que incluso en las «Partidas», formadas entre los años 1256 a 1263, incluye las primeras definiciones de lo que es la Universidad, que entonces llamaba Estudio, *las funciones del rector y demás detalles que analiza Enrique Esperabé Arteaga en su* «Historia de la Universidad de Salamanca».

Yvan Martín de la Cruz.
Florida (Estados Unidos).

UNA ENTREVISTA A ELENA QUIROGA

Quiero expresar en estas breves líneas la grata impresión que me produjo la entrevista realizada a la escritora Elena Quiroga en el n.º 76 de la revista MUNDO HISPANICO.



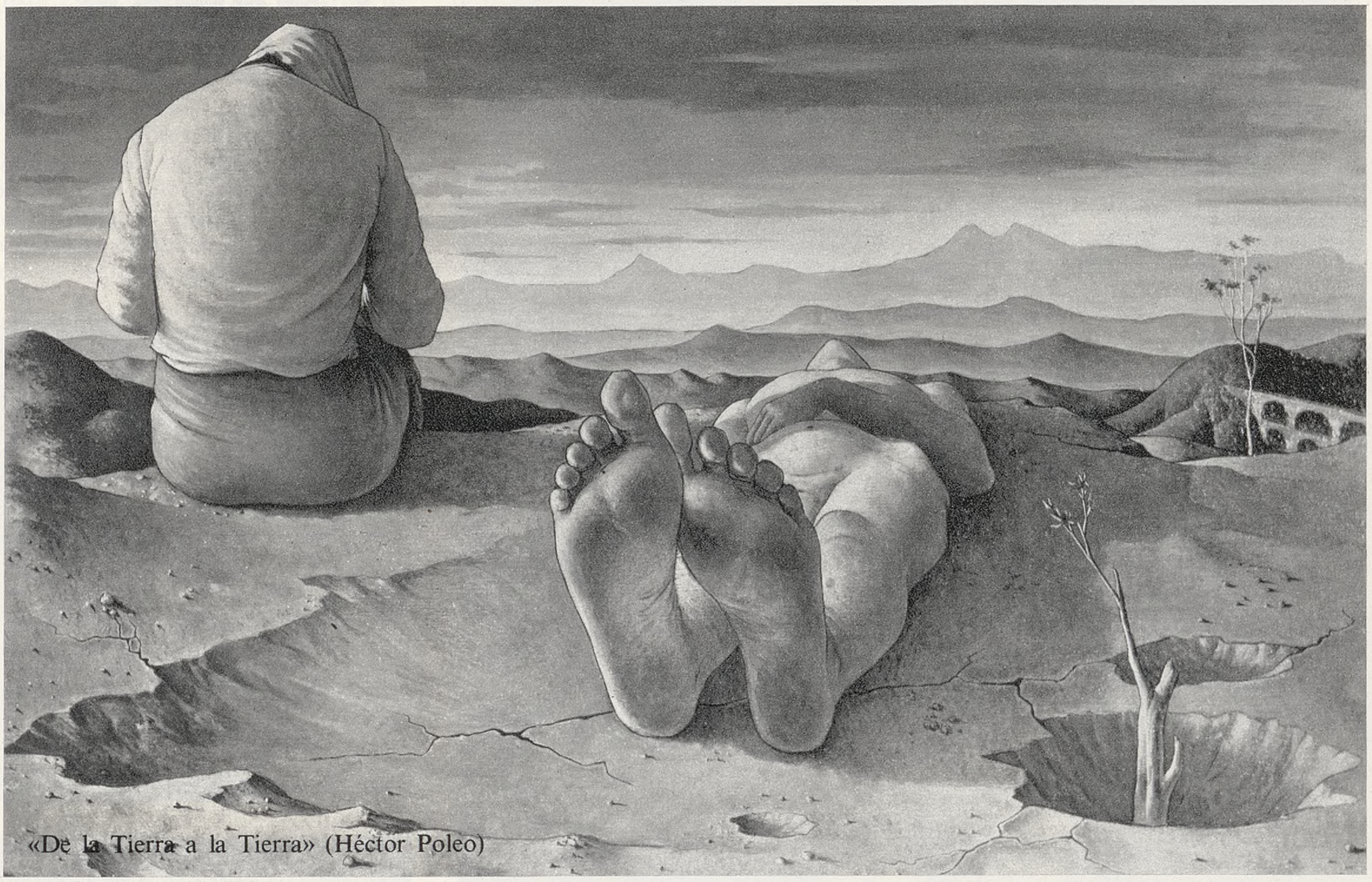
Elena Quiroga.

No sabría decir si fue la fina sensibilidad de la entrevistada o la seguridad de sus respuestas lo que más me sorprendió. En cualquier caso he podido llegar a conocer ciertos aspectos inéditos para mí sobre una época difícil para las letras españolas, en la que surgió una generación de novelistas diversos, pero empeñados en crear y construir un nuevo estilo.

Elena Quiroga deja clara constancia de su formidable carga humanística e intelectual en todas sus respuestas. Tiene conciencia de generación —la de postguerra— incidiendo reiteradamente en la rica diversidad que aporta a la novela de nuestros días. Quisiera destacar en especial su opinión sobre la novela y la postura ideológica del novelista. «La novela no me parece que admita definiciones más que parceladas. Si sé lo que no debe ser; y en ello incluiría la defensa de posturas ideológicas.»

María Teresa Fornet.
Barcelona.

EL PODER DE LA LENGUA



«De la Tierra a la Tierra» (Héctor Poleo)

SIN lugar a dudas la fuerza más cohesiva y definitiva de nuestro mundo hispánico es la del idioma que nos nutre, que alimenta el pensamiento y la cultura, el desarrollo y el arte de doscientos millones de hispanohablantes en imponente unidad; pero al mismo tiempo es una gloria comprobar que dentro de esta unidad, de esta unanimidad, se producen, conviven, persisten o renacen no sólo las mil variaciones (valga la hipérbole) que nuestra lengua adquiere en las distintas latitudes y al contacto con distintas culturas indígenas, sino la riqueza que representa la existencia y convivencia de otras lenguas que no van ni tienen por qué ir en detrimento de la belleza, grandeza y unidad del español que aglutina nuestro mundo por encima de las otras lenguas, todas respetables, valiosas, algunas valiosísimas por su antigüedad, como preciadas reliquias de culturas milenarias, pero que todas también han de respetar el español —o castellano, que en esto la polémica no está resuelta— como vehículo común de entendimiento en la gran familia hispánica. La libertad de expresarse es un derecho inalienable del hombre y el derecho al uso del propio idioma es inherente a esta libertad, y, para mí, no merma sino que engrandece nuestra lengua el hecho de que hoy el quechua vuelva a alentar declaraciones de amor o rezos al misterio, de que un pueblo de nuestra familia nos reclame con palabras guaraníes o vascas, catalanas o gallegas que todo este mosaico forma lo que llamamos con tanta emoción hispanidad.

Como dice Julián Marías en su reciente libro «La España real», es preciso comenzar a ver las regiones —y que ellas se vean no como algo frente al resto de España, sino como algo «en España». Esto lo dice Marías pensando solamente en el problema regional español, pero yo lo alargaría a todo nuestro ámbito hispánico y diría que debemos ver las lenguas, las peculiaridades culturales, étnicas, de nuestro mundo «en la hispanidad», nunca contra o enfrente de la hispanidad. Sería chato, aburrido, estéril, pretender que en una gran familia todos los hijos salgan iguales, sigan los mismos rumbos o hagan las mismas cosas. La libertad de los pueblos, en todos los terrenos, está por encima de orígenes, proximidades culturales o históricas. Pero sabemos también que las raíces jamás se secan mientras viva el árbol, y esto está tan claro en nuestra familia hispánica que no vale la pena analizarlo aquí. Volviendo al libro de Marías, dice que «las lenguas de España son parte viva, y especialmente delicada y sensible» de la realidad española de hoy, y, como digo, podemos ampliarlo al ámbito hispano y transoceánico. Más adelante dice Marías: «La tesis —o la práctica política— de que en España no hay más lengua que el español es monstruosa: como error científico, como actitud moral, como conducta social y de gobierno.» Estamos totalmente de acuerdo, como lo estamos con su tesis subsiguiente, de que el español, sin embargo, no es solamente la «lengua oficial» sino la «lengua común» de todos los hispanohablantes que se reparten por tres continentes, la lengua que nos hace hermanos a todos, lo mismo a los que sólo la tenemos a ella, como a los que entre sí se entienden en vasco o en guaraní, en araucano o en valenciano, en gallego o en quechua, como cantaría Dámaso Alonso:

> **«Hermanos, los que estáis en lejanía**
> **tras las aguas inmensas, los cercanos**
> **de mi España natal, todos hermanos**
> **porque habláis esta lengua que es la mía...»**

El clamor de los hispanohablantes va imponiendo en el mundo, más que una total unidad fonética, un sentido de la vida, del hombre, de la justicia y de la libertad, precisamente. Y MUNDO HISPANICO desea, desde nuestra «lengua común», ir rindiendo homenaje, en números sucesivos, a las lenguas hermanas, fraternas y respetadas de nuestro mismo ámbito cultural.—J. L. C.-P.

CONFESIONES DE UN LECTOR



Por
JUAN CARLOS ONETTI

Juan Carlos Onetti: «Todos mis amigos conocen mi admiración por el talento de García Márquez, Cortázar y Vargas Llosa.»

Es desagradable iniciar estas confesiones aludiendo o molestando amigos. Ya se verá quiénes son y por qué los menciono.

Hace unos meses intervine como jurado en un concurso de novelas. Ahora estoy inmerso en uno de poesía. Me limito, pues, al primero; la novela es el tema de estas líneas. De las sesenta y cinco que tuve que leer, la mayoría —et pour cause— respetaban el realismo, más o menos ortodoxo. Pero unas pocas obedecían al deseo de la originalidad, que cuando no es sincero o maestro desemboca en confusión.

Hablando (oh, los proscritos gerundios) sobre el tema, un conocido me preguntó si yo estaba contra la experimentación en el arte. Le contesté lo que digo aquí: Si un autor considera que está *experimentando* tiene el deber de guardar el manuscrito en un cajón, en una buhardilla o entre los pentagramas que hacen pila junto al piano. Si un laboratorio está experimentando con un producto que podría ser milagroso (curar la leucemia, vacunar contra el resfriado) no lo vende a las droguerías mientras no esté seguro que el remedio atravesó todas las pruebas, los optimismos y los errores. Pero entonces ya no piensa ni habla de experimentos. Sabe que la novedad es cosa cierta.

Lo mismo debe ocurrir con el novelista. No debe publicar azarosamente libros «experimentales» que pueden triunfar o pueden disgustar y aburrir. Que lo haga cuando él mismo esté seguro de haber escrito algo nuevo y valioso. Entonces sí; entonces carecen de importancia los ataques y las incomprensiones.

Porque es frecuente —y crece— el número de obras que fueron pensadas y planeadas para ser originales, distintas y *sorprendentes*. Olvidan los autores que ya no es fácil asombrar al burgués. El lector está curado de espantos. El lector, hablamos de narrativa, sólo se conmueve ante el talento cuando lo siente sincero. Estamos de acuerdo: la literatura es un juego; pero no divierte, no llega a ser otra vida cuando las cartas están marcadas o alguien cargó los dados.

De lo escrito puede ser fácil dedu-

cir que los años me fueron empujando hasta colocarme en la postura del hombre que luego de ver triunfar la revolución en la que había participado se enfurecía al comprobar que se hacían otras. Nada de eso. No estoy contra la nueva literatura sino contra la nueva, mala e insincera.

Ni Joyce, ni Proust, ni Faulkner (la lista es más larga) (1) trataron de ser distintos. Simplemente, lo eran. Sus obras no son experimentos sino convicciones.

Ahora, hablemos de los amigos. En *Rayuela*, Julio Cortázar nos habla de la necesidad de llegar a provocar el nacimiento y la perdurabilidad del lector macho, el que participa en la obra y hasta colabora en ella, en oposición al lector hembra, que se *desperna* y se convierte en mera receptividad. Dejo de lado la facilidad de asegurar la existencia de la hembra activa y no sólo enfrentado con una novela. Digo —un sicólogo hará un diagnóstico coincidente— que todo ser humano, cualquiera sea el sexo que le impusieron o prefirió, *no puede* leer un relato sin ejercer una colaboración permanente, desde prólogo a epílogo. Ve a Hamlet y participa de sus dudas; ve a Don Quijote y se entristece o ríe con lo que llaman locuras. Agrega o resta de acuerdo con su ser. En una palabra, o tres, comparte, contribuye y modifica.

De Oliveira, en la *Rayuela*, he recibido centenares de interpretaciones distintas. Debe haber millares.

Ahora le toca a Emir Rodríguez Monegal, que me dijo y publicó: «La novela del futuro tendrá el lenguaje como único protagonista.»

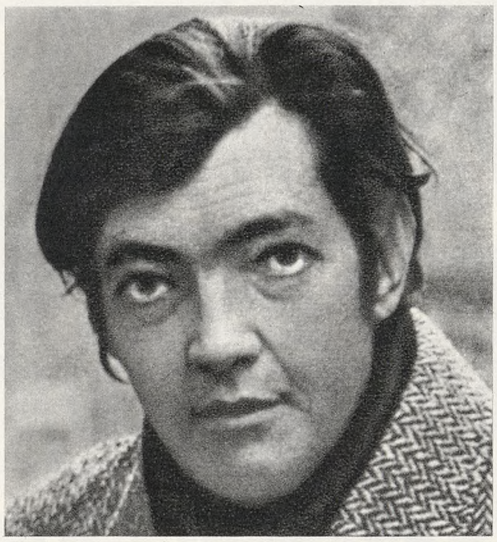
No es truco. Hablando de Roma... En este momento llega el cartero y me trae una decena de recortes de juicios críticos publicados en los Estados Unidos con motivo de la edición de un libro mío. Y, entre ellos, opina E. R. M. y dice:

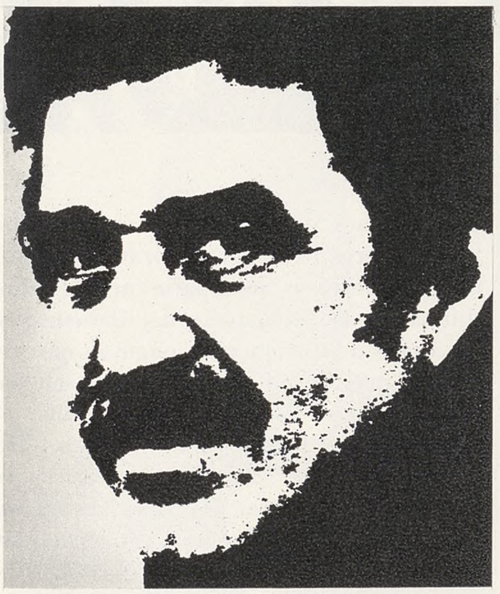
«Cuando todo el mundo en la Argentina estimaba que Eduardo Mallea era el más importante novelista de su tiempo, Onetti mostró una preferencia fuera de moda por Roberto Arlt; también pensaba que Borges era el único escritor latinoamericano cuya prosa valía la pena estudiar... Años después... cuando los críticos sólo hablaban de estructuras ocultas y significados que llevaban a otros significados, Onetti se dedicaba a denunciar coléricamente a cada nuevo escritor que consideraba demasiado complejo. En su vejez, eligió representar el papel del «palurdo». Pero el papel no le va bien. Lo más importante de su obra tiene sus raíces no solamente en el mejor estilo narrativo creado hasta ahora en el Río de la Plata...»

No suprimo nada por astucia sino por la inmortal «necesidad de espacio».

Las críticas de E. R. M. ya fueron contestadas en estas confesiones, antes de leerlas. Todos mis amigos conocen mi admiración por el talento de García Márquez, Cortázar y Vargas Llosa. También saben que, a mi juicio, a veces se equivocan. Yo lo hago; tal vez incurra Rodríguez Monegal en algún error o injusticia. Pero sigo esperando —¿por mucho tiempo? la primera novela que tenga el lenguaje como protagonista; sin personas, sin situaciones, sin que nada ocurra. Juro leerla y confesar el resultado de la experiencia. Muerto Dadá, muerta la novela objetiva, ¿qué sorpresa nos reservan?

Y ahora el final. Otro amigo. Castellet. Leí en una revista, fuera del contexto, estas palabras suyas: «Hemos entrado en la era del lector.» Puede ser que Castellet se limite a pedir lectores más inteligentes; todos los deseamos y por razones varias y coincidentes. Por de pronto, los buenos libros se venderán más y menos los malos. Pero cuando recuerdo la cara mefistofélica de Castellet no puedo menos que amistar sus palabras, paradójicamente, con las del San Juan del Apocalipsis. No tengo el Libro pero me quedan recuerdos. Me estremezco pensando que la profecía de Castellet, bien interpretada, signifique que nosotros, los lectores, tendremos, en la anunciada era maldita, no sólo la obligación de comprar libros —y qué precios— sino leerlos y agregar todo lo que el novelista no pudo o quiso escribir. Cumpliremos. ¿Pero quién cobra los derechos de autor?—■







(1) Por razones obvias olvido al montevideano Leautreamont que injertó una «a» en el nombre inventado por razones que conozco y reservo.

BALADA PARA EL CANTE GITANO ANDALUZ

Por FELIX GRANDE



EN el amanecer del siglo XIX, los primordiales cantaores que recuerda la historia oral (y que en su mayor parte serían registrados en 1881 por el gran folklorista y padre de poetas don Antonio Machado y Alvarez) fueron, sin excepción, gitanos. Sin ellos, el flamenco es inconcebible. Pero sin ese territorio al que, con justicia bautista, se ha denominado la Andalucía trágica, el nacimiento del flamenco tampoco sería verosímil. Por esta razón, la actual flamencología llama gitanoandaluz al arte flamenco. Gitano, porque fue este pueblo enigmático y lejanísimo (hace más de cuatro mil años los gitanos eran ya una cultura que formaba parte del tejido de castas que integraban el vario y misterioso pueblo hindú) el creador de los llamados cantes básicos (tonás, siguiriya, soleá, tango) y el crisol por el que muchos cantes andaluces se transformaron en flamencos.

Andaluz, porque sin la extraordinaria acumulación de músicas que confluyen, se sedimentan y se mezclan en Andalucía desde el más remoto orientalismo musical hasta las recreaciones moriscas, pasando por las músicas bizantinas, judaicas, visigóticas, sin esa formidable camaradería de músicas que desde siglos y culturas distintas se arraciman y tejen en la asombrosa casa de todos que llamamos Andalucía, los gitanos no habrían creado el flamenco. Los cimientos de este arte impar son, pues, una amalgama que proviene de una triple naturaleza: la riquísima tradición musical de Andalucía que se inicia hace tres mil años y que absorbe las músicas de dominaciones sucesivas, la pobrísima índole social de la Andalucía de los siglos XV en adelante, y la increíble capacidad de los gitanos para someter el sonido y el movimiento a su prodigiosa disposición para el ritmo y su enorme capacidad de mímesis y de transformación —o gitanización— de las músicas que en su constante nomadeo encontraban por los países más o menos hostiles a su presencia.

¿Qué serían las danzas populares rusas, qué sería el violín popular centroeuropeo, sin la aportación del alma zíngara? ¿Qué serían hoy los fandangos moriscos sin el nervio dramático de los gitanos? ¿Qué fueron las danzas populares bajoandaluzas antes de la existencia del zapateao y las posteriores creaciones paralelas al cante?

SIGLO DE ORO DEL CANTE

¿Cuándo ha nacido el cante? Aparece muy a finales del XVIII y alcanza un vasto desarrollo durante todo el XIX, su «siglo de oro», según la denominación aceptada hoy por todos los comentaristas. Los primeros nombres de gitanos cantaores, hoy borrosos entre la oscuridad laberíntica de la prehistoria del flamenco y las vagas anotaciones en páginas que alcanzan más de un siglo de edad, son los de Tío Luis el de la Juliana, Tío Luis el Cautivo, Tío Rivas, Tía Sarvaora, Tío Mateo, Frasco el Colorao, el Ciego de la Peña, María la Jaca, Tío Juan Macarrón, Juan Vargas, el Planeta... Sus partidas de nacimiento habría que buscarlas —vanamente— en las provincias de Cádiz y Sevilla dentro del siglo XVIII. Más tarde, ya cerca de la etapa de los *cafés cantantes* o resueltamente inmersos en esa época que significa el vehículo de enriquecimiento de formas y variaciones y a la vez de mistificación, esa época en que el cante será simultáneamente una maravilla musical que nace sin parar y una mercadería, una solución económica para muchos andaluces hambrientos y al mismo tiempo un riesgo de «agachonamiento» del cante (la etapa de los *cafés cantantes* desembocaría, ya en nuestro siglo, en esa horrenda forma de trivialización del cante que se llamó *ópera flamenca*), los tabiques más insustituibles en el edificio majestuoso del flamenco, los astros o los meteoros más visibles en la honda noche del cante se llamarán Tío Antonio Caganchо, Señor

Manuel Cagancho, Ortega Vargas «El Fillo» (cuya voz hizo inmortal una manera de cantar: la tierna y viril voz *afillá*), María Borrico, Curro Durse, Enrique el Mellizo, Mercé la Serneta, Diego el Marrurro, el Chato de Jerez, Curro Pabla, el Viejo de la Isla, Paco la Luz, Joaquín la Serna, Francisco la Perla, el Nitri (quien recibiría la primera Llave de Oro del Cante de las tres que han sido otorgadas hasta hoy), Juan Breva, Juanelo, Silverio Franconetti (el primer payo que cantaba de tal manera que una vieja gitana, al escucharlo, y tal vez molesta porque un ajeno a la gitanería pudiera cantar de modo tan grande y estricto, no encontró otra solución a su despecho que la de murmurar: «Canta mu bien pero tiene los pies mu grandes»), el legendario Manuel Torre, el enciclopédico don Antonio Chacón, Tomás Pavón y su hermana Pastora... Estos nombres son las fundamentales piedras del cimiento del cante, esa música delicada y ferozmente expresiva, violentamente íntima, casi secreta.

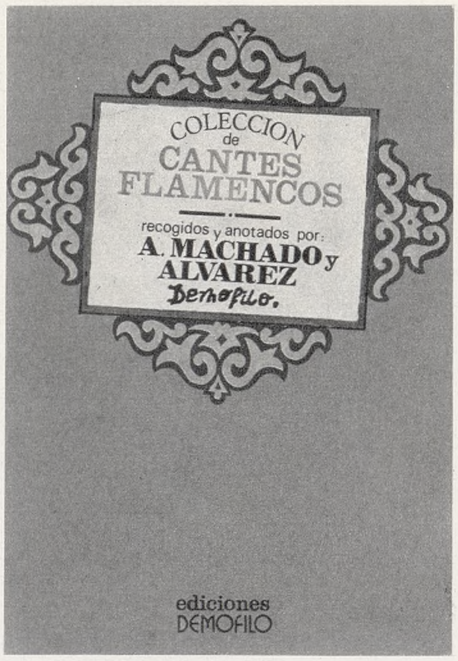
FORMAS SECRETAS

¿Por qué «casi secreta»? Esa peculiaridad interiorizante, subterránea, casi ritual que todavía conserva el cante en ocasiones, incluso en escenarios o recintos poco o nada apropiados para la asunción de sus más oscuras raíces, ¿es tal vez un viento de fidelidad para con una época en que las iniciales formas del flamenco



Arriba, el barrio del Aguila, en Alcalá de Guadaira, pobre e ilustre cuna de gitanos andaluces y de cantes por «soleares». Abajo, a la izquierda, don Antonio Machado y Alvarez («Demófilo»); a la derecha, la portada de «Cantes flamencos», la más completa recopilación de letras populares realizada hasta la fecha.





(las tonás) eran, presumiblemente, secretas, rituales, celosamente ocultas en unas casas o cuevas gitanoandaluzas?

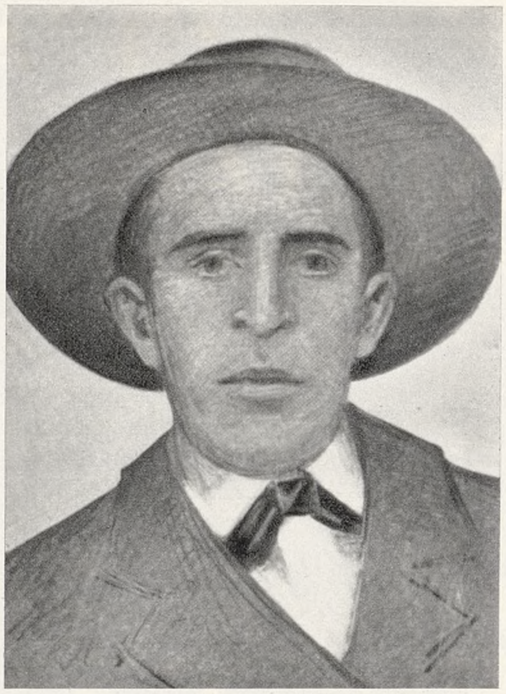
La impotencia de la historiografía para escudriñar más atrás del siglo XIX en busca de la formación de las tonás, y la tradición oral gitana (aparte de otros datos sobre las peculiaridades culturales de los gitanos andaluces de los siglos XVI al XVIII, como son su marginación orgullosamente asumida, su miedo a la cultura dominante, su presumible camaradería con otro pueblo perseguido —el de los moriscos—, su constante repliegue hacia sí mismos ante las persecuciones, la cárcel, los castigos, su arrogancia racial) coinciden en proporcionarnos como hipótesis de trabajo la casi convicción de que los iniciales cantes, antes de su salida a la luz en los pueblos bajoandaluces y más tarde por toda España, fueron un patrimonio que unas cuantas familias de gitanos andaluces depositaban de padres a hijos secretamente, solitariamente, quizá atemorizadamente.

Cuánto tiempo durara esa clandestina herencia es algo que desconocemos y que tal vez no averiguaremos jamás. Todo lo que sabemos es que a finales del siglo XVIII un gitano de Jerez de la Frontera que atendía al nombre de Tío Luis el de la Juliana y cuyo oficio era acarrear agua a Jerez desde la fuente de los Albarizones, cantaba tonás. A él se atribuye la creación de varias de aquellas tonás aurorales. Poco sabemos de él. Los escasos datos provienen de los antepasados de Juanelo, el que fuera asesor de Machado y Alvarez. En rigor, Tío Luis el de la Juliana, primer nombre con que el cante puede iniciar la etapa historiográfica, es un murmullo de secreto y leyenda, un viento de balada y raíces que hoy, cuando alguien lo pronuncia, con su mano remota nos acaricia el corazón.

BALADA

Junto a la fuente de los Albarizones, o en el camino que une a ese lugar con las afueras de Jerez, o tras alguna puerta del barrio de Santiago, o en un senderito cercano a Mairena del Alcor o a La Puebla de Cazalla o a Utrera o a Lebrija, o dentro de una casita de Carmona, de Ronda, de Morón, de Sanlúcar, o en un recinto del barrio de Triana, o al pie de Puerta de Tierra, o en alguna casita de Conil, de Vejer, de Chiclana, de San Fernando, de Arcos, del Puerto de Santa María, o en alguna cueva de Alcalá de Guadaira, o en alguna celda de una cárcel del Sur. Allá, por allí, a alguna hora de la tarde serena, de la noche estrellada, de la madrugada melancólica, Tío Luis el hijo de la Juliana o Tío Luis el Cautivo o algún otro gitano primordial del cante, o una mujer oscura y acosada por los años y la presión de la memoria, están cantando la toná grande o la toná del Cristo o alguna siguiriya inicial con palabras que aluden al presidio, al hermano arrebatado por terminantes alguaciles, a la madre que ha muerto dejando un alvéolo pavoroso en el fondo de la memoria familiar. Mientras el siglo dieciocho avanza hacia su fin por la vieja tierra andaluza, algún muro de piedra natural de Alcalá de Guadaira, algún cuarto en sombra del barrio gitano de Jerez de la Fontera, al-





Sobre estas líneas, Pastora Pavón, «Niña de los Peines», en su juventud; a la derecha, Enrique «El Mellizo» (siglo XIX). Abajo, una fiesta flamenca a principios de siglo. Don Antonio Chacón (marcado con una «x» a la izquierda), y don Juan Belmonte (marcado con otra «x» a la derecha), entre artistas sevillanos y jerezanos.



gún oscuro espacio de Triana, algún camino de Sevilla o de Cádiz, están escuchando con silencio geológico una voz que cuenta una desgracia familiar, un muerto inolvidable, una tensa espera con los ojos puestos en las tapias de un macizo presidio.

Las palabras de ese cante se cargan de sombra brillante, de sugerido llanto, de oculta rabia y sosegada pena. Los melismas llevan la palabra hasta un palacio de dolor y pobreza, los cortes en seco hunden la voz en la turgente sima de la angustia, la virilidad de un tercio ascendente y continuado va poniendo la firma a un documento de rabia temerosa. La voz se mueve en la garganta como un caballo herido, reseco de trabajo y nobleza. La voz sale al espacio como un animal ciego, tentando la pared, la cortina del cuarto, la vasija de vino memorioso, el vaso que una vieja acerca con parsimonia a sus encías. Dónde están, Tío Luis, tus cenizas. Dónde están las cenizas de la Juliana. La toná va creciendo en el segundo tercio, arrojando cenizas y algún que otro tizón que la memoria no quiso abolir. En dónde están, Tío Luis, tus cántaros. La toná antepasada se llena de agua tibia, parecida a la lágrima, y entre uno y otro tercio van quedando en el suelo de tierra diseminados huesos, goticas de licor de herida, arruguitas de cicatriz, la cara en sombra de la madre en sombra.

En el tercio tercero la pena del cantaor sube hacia el techo o el espacio tirándole del cuello, y el sonido que sale de ese cuello como de una caverna se va haciendo vasto y maltrecho, convirtiéndose poco a poco en tendón. Qué se ha hecho de tus faldas, Juliana, de tus blusas, de tu blanco pañuelo de novia historiado por tres hermosas flores rojas. Ay, qué secretos tiene el tiempo, qué secretos tiene el dolor. En el reloj oscuro de ese cante reflexionado y repentino ha empezado a moverse un latido que le atosiga la garganta al gitano. Respira, tío, por lo que más quieras, vas a tener que respirar. Cálmate, tío, abreva tu fatiga en este vino de los pobres. La toná ya está arriba y tío no nos escucha, no nos ve: tiene ya el cuello reventón, colorado, y sus cuerdas parecen vivas, y sus venas parecen vivas, y nos están mirando todas las cosas vivas de ese cuello, y nos están mirando las cenizas de la Juliana. La muerte es brasa, tío. Mete las manos, tío, por entre el agua de los cántaros, refresca un poquito tu historia, danos un vaso de descanso.

Con los ojos cerrados, apretados, cosidos, con las manos agarrotadas y abundantes como cepas de viña, el gitano viaja desde su vida hasta su ser, empujando el oscuro asteroide de la toná con su laboriosa grandeza, con su temblor central, con el seísmo de esa pregunta que es un cante, esa escalofriante pregunta que no tiene contestación. Dónde está tu madre, Juliana, dónde están las cenizas de tu abuela. Dónde está la justicia, tío. Dónde descansan para siempre los huesecitos fatigados de la Juliana, tío. Y en el asa del jarro que contiene ese vino alguien iza una bandera de desdicha y de orgullo, una bandera astrosa que ha empezado a moverse como un jirón de saya: mirad ahí vuestra ropa, cenizas de Juliana; mira el pañuelo con sangre reseca, tu pañuelo, gitano presidiario, que se quedó en el suelo de la calle en que vinieron a prenderte; mira ahí tu trozo de camisa, tío. Qué redondo es el tiempo al pie de esa bandera que se mueve con misteriosa mansedumbre. Y qué llena de fibras y tendones y ceniza y memoria esta toná que ahora, con un dejo secreto, como el alarido que se apaga en la cueva distante, va cesando, va terminando, va dejando en la almendra de nuestra carne un lametón bovino, una caricia ciega, un momento inmortal.

Dónde están, tío, los ojos dulces de tu madre muerta. En dónde están tus primos, Juliana. Qué fueron, qué se hizo. Con sus sandalias despaciosas y ancianas, el siglo va pisando las tierras de la Baja Andalucía mientras suena la fuente de los Albarizones y un gitano que acaba de cantar mira en silencio a la pared como mirara a un horizonte, o mira al horizonte como mirara a una pared.—



GERMAN DE ARGUMOSA: *LA PARAPSICOLOGIA EN ESPAÑA*

Por NICASIO SANCHIS MARTINEZ

EL hombre y sus actitudes siempre van más allá de su misma sombra. Siempre le abordan preguntas incontestables a las que, en la mayoría de los casos, nuestra limitada mente no llega.

En todo el mundo, y hace no mucho en nuestro país, una nueva ciencia —la Parapsicología— está en todo su apogeo, ganando progresivamente incondicionales adeptos y estudiosos de los fenómenos paranormales, y de las causas que los producen. La Parapsicología es todavía en España muy desconocida, aunque Bélmez, con sus populares «caras», sacaron a la palestra tan singular disciplina.

Don Germán de Argumosa, hombre conocido fuera de nuestras fronteras desde hace tiempo en lo que a estas investigaciones se refiere, es un gran estudioso español de la ciencia parapsicológica, a la que junto a otros saberes humanísticos se viene dedicando desde hace más de treinta años.

Como avales justificativos de la intensa labor del señor De Argumosa dentro del campo de esta ciencia, podríamos citar, entre otros, los siguientes: acaba de crear en Madrid el Instituto Internacional de Investigaciones Parapsicobiofísicas, y es socio fundador y presidente de la Asociación Española de Investigaciones Parapsicológicas de Barcelona. Entre sus méritos exteriores, cabría citarle como perteneciente al Instituto Científico Metapsíquico de Italia, así como a la Sociedad Internacional de Parapsicología Imago Mundi de Austria, siendo también miembro del Instituto Internacional de Investigaciones Psicológicas y Religiosas de Tokio. Fue nombrado Miembro de Honor del Consejo Asesor de la Sociedad Parapsicológica de Venezuela y, por último, diremos que el Instituto de Parapsicología de Friburgo, en Alemania Federal, al frente del cual se encuentra el eminente profesor Hans Berder, colabora en sus investigaciones. También ha participado en numerosos congresos internacionales sobre parapsicología.

Rodeados de una amplia y extensa biblioteca, así como de numerosos totems orientales tallados en maderas nobles, que configuran un notable sabor exótico a nuestra entrevista, iniciamos ya la ronda de preguntas al científico.

—Señor De Argumosa, ¿qué fue exactamente lo que le indujo a iniciar los estudios parapsicológicos, y cuál es su situación actual dentro de este campo?

—Hace ya más de treinta años que me vengo ocupando de la investigación de estos fenómenos, llamados paranormales, paralelamente a mis investigaciones filosóficas. Lo que me indujo a iniciarme en este campo fue el sospechar desde muy joven, o mejor intuir, que mientras no supiésemos algo de la naturaleza de esta fenomenología, todos o casi todos de nuestros supuestos quedaban un tanto entre paréntesis.

NUEVA CREACION

—¿Se ha inaugurado ya el nuevo Instituto de Investigaciones Parapsicobiofísicas? ¿En qué va a consistir?

—Estamos ahora empezando y, no obstante no haberse hecho público aún, ya tenemos numerosos socios en Madrid, y en algunas provincias han comenzado a funcionar delegaciones. El motivo que me ha llevado a la creación del Instituto, ha sido ver el desconcierto tan enorme que hay sobre la Parapsicología en España, ciencia que se dio a conocer con el famoso episodio de las «caras» de Bélmez, técnicamente llamadas teleplastias artísticas, hace unos cuatro años. ▶



Entonces es cuando la gente empezó a preguntarse qué es realmente la Parapsicología. Posteriormente, se constituyeron grupos, centros y sociedades de Parapsicología en diversos puntos de nuestra geografía. Pero, el hecho cierto es que en el I Congreso Nacional de Parapsicología celebrado en Barcelona hace tres años nos contábamos con los dedos de la mano los que allí estábamos, y aún sobraban dedos. Entonces era el momento de saber si en España había estudiosos de la fenomenología normal y conocer sus nombres. Después han surgido numerosas personas que hasta entonces apenas se habían ocupado de tales temas. Las secciones de Sociología, Psicología, Física, Bioquímica, Neurofisiología..., Arte, Letras, y otra de Humanidades, se dan la mano en el Instituto. La Parapsicología necesita de todas las ciencias, e incluso en ocasiones del arte. También se ha creado una sección de Fotografía, esencial para las pruebas de los fenómenos objetivos o físicos. El profesor Vintila Horia estará al frente de la sección de Humanidades; el doctor Aguirre de Cárcer, de la de Sofrología; el doctor Linares, de Barcelona, de la de Neurofisiología, etc. Resumiendo, el recién creado Instituto pretende además estar al tanto de la última hora de la Ciencia.

—Señor De Argumosa, nos interesa ante todo la Parapsicología, y, por supuesto, usted como estudioso de ella. Entonces, ¿tal vez todo su dilatado ejercicio dentro de la ciencia nos hace encuadrar su personalidad, más como humanista que como parapsicólogo?

—En efecto, a mí la Parapsicología —o Parapsicobiofísica, según mi denominación— me interesa por la repercusión que pueda tener en la esfera humanística. La investigación en sí, preferentemente, no es lo que más me atrae, y si me dedico a ella, es porque creo que el parapsicólogo (parapsicobiofísico) debe estar frente al fenómeno, y, de ser posible, zambullirse en él para tener esa vivencia directa que resulta insustituible en el momento de indagar sobre la naturaleza del fenómeno. Esto no quiere decir que uno tenga que poseer facultades paranormales, ni mucho menos.

Yo investigo, pues, la repercusión del hombre en la Filosofía y en las demás ciencias. No es una opinión mía, sino muy generalizada, pensar que el día que sepamos algo de la naturaleza paranormal vamos a tener que modificar, en gran medida, la concepción que tenemos del universo.

¿QUE ES LA PARAPSICOLOGIA?

—Quizás debiera haber sido la primera pregunta: ¿qué es realmente la Parapsicología? ¿Cuál es la mejor definición para el profano?

—Bueno, al hablar del reciente Instituto creado en Madrid bajo el nombre de «investigaciones parapsicobiofísicas», he omitido la explicación del tan aparentemente complejo término, explicación que puede llevarnos a un mejor entendimiento de lo que estamos tratando. El vocablo «parapsicología» no abarca toda la amplia gama de la fenomenología paranormal, ya que podemos hablar de tres grupos en la misma. A saber: los fenómenos puramente psíquicos, de efectos subjetivos, como por ejemplo la telepatía y la precognición; los fenómenos de efectos objetivos o físicos, como las psicofonías y los movimientos de objetos sin contacto —telecinesia—; y por último, los metafisiológicos, como las formaciones ectoplasmáticas. Así pues, dentro de toda la casuística paranormal, nos hallamos con fenómenos parapsíquicos, parafísicos, y parabiológicos, que una vez unidos dan lugar al expresado término, «parapsicobiofísico». Justificada esta voz verbal, la definición más sencilla de la parapsicología podría ser ésta: se trata del estudio de unos hechos para los cuales la ciencia actual no tiene respuesta. De unos hechos que en ocasiones se manifiestan al margen del tiempo, e incluso al margen del tiempo y del espacio, como por ejemplo la precognición, de unos hechos que en los llamados de efectos objetivos o físicos, aparecen en abierta oposición a las leyes físico-naturales. Cuando queremos hallar la causa de estos fenómenos de efectos físicos, nos vemos imposibilitados de encontrarla en el plano ontológico donde los hechos se manifiestan, lo que demuestra la paranormalidad.

—La oposición en ciertos sectores respecto a considerar la Parapsicología como ciencia...

—Hay motivaciones de rechazo que prácticamente las conocemos todos. Entre éstas se dan las de las personas que han alcanzado una cima en su actividad, y que de repente se encuentran con estos fenómenos que les exigen una revisión de su realizada labor. Esto es muy frecuente. Otra motivación de rechazo se da en el temor. Freud acabó siendo de las Sociedades inglesa y americana de investigaciones psíquicas, pero mucho le costó entrar porque no le agradaba que existiesen este tipo de fenómenos, prefería que no fuesen verdad. Al final tuvo unas vivencias paranormales, y en una carta escrita a Jung le prometía en el futuro ser humilde con respecto a estas cuestiones. Otra motivación de rechazo es el temor

invencible, también, al negar una cosa que no se entiende.

—La creencia de estos fenómenos paranormales, depende sin duda de las vivencias personales que se hayan tenido. Pero el comunicarlas debe costar mucho por temor a no ser oído o quedar en ridículo, ¿cómo hay que actuar en estas ocasiones?

—Se está hablando de estos fenómenos como sumamente extraños —algunos realmente lo son—, pero sin embargo, si se encuentra uno en cualquier grupo incluso reducido de amigos, casi siempre sale alguien que ha tenido noticia o vivencia de alguno de ellos de manera fehaciente. Si bien hay fenómenos raros como las formaciones ectoplasmáticas, hay otros, también paranormales, que son mucho más frecuentes de lo que la gente cree. Desde ciertos prejuicios y personales actitudes hay un interés especial en contra de estos fenómenos. Hay quienes, por ejemplo, creen equivocadamente que esto ataca a la religión, que ya todo lo sobrenatural va a quedar reducido a la pura paranormalidad. Estimando que tales fenómenos están poco menos que desplazando a Dios, y no es eso, sino lo contrario; la parapsicología, sin proponérselo, colabora enormemente con la religión en el sentido de que de aquélla está viniendo el mayor ataque que haya podido recibir el materialismo.



Un mundo alucinante y surrealista brota en cada una de las caras aparecidas en la localidad de Bélmez. El hombre trata de explicar lo difícilmente explicable.

DIFERENCIA ENTRE LO SOBRENATURAL Y LO PARANORMAL

—¿Cómo se inicia realmente la Parapsicología en España?

—En España —como usted ha apuntado ya— empieza a hablarse de Parapsicología, hace tres o cuatro años, con motivo de las llamadas «caras» de Bélmez. Esta noticia saltó en ocasiones de una manera sensacionalista, y es entonces cuando la gente comenzó a preguntarse qué es realmente la Parapsicología. Desde ese momento, esta ciencia se convierte un poco en moda, y esto es lo grave. El filósofo alemán Simmel decía que, cuando la religión, la ciencia o la política se ponen de moda, estos temas se trivializan, tratándose de manera frívola. La Parapsicología en España no ha sido una excepción, y su estudio ha sido hecho con ligereza y profundo desconocimiento. Hay personas iniciadas por mí hace tres años, que me asombra que digan que llevan quince o veinte estudiando Parapsicología. Esto es lo grave. Que se pregunte qué estudia esta ciencia, y se conteste (hecho verídico en televisión), que los fenómenos «sobrenaturales». Si esa persona dice que representa a un grupo o sociedad, hace un gran daño al elevado número de gente desconocedora del tema en cuestión. Con tal afirmación, este supuesto parapsicólogo hubiese quedado marginado en cualquier congreso internacional de la materia.

—¿Qué diferencias hay entre lo sobrenatural y lo paranormal?

—La Parapsicología no estudia los fenómenos sobrenaturales, pues éstos son de origen divino, y no es un terreno de su competencia. Ambos conceptos son diferentes. Otra cosa es que la causa sobrenatural utilice vías paranormales, pero tendríamos que saber si ese fenómeno corresponde en hipótesis o no a una causa sobrenatural según el contexto en que se produzca. Siendo los teólogos quienes han de decidir en tales casos.

—¿El fenómeno paranormal está localizado geográficamente en contextos cotidianos determinados?

—Pues no, el fenómeno paranormal no puede decirse que esté geográficamente localizado en función de su desarrollo socio-económico, que es lo que con frecuencia suele indicarse. Lo que sucede es que cuando los fenómenos se producen en medios rurales hay menos prejuicios, mayor intercomunicabilidad entre las personas, y más aceptación del fenómeno. Así pues, en la medida en que el hecho nos afecta más, como las causas son inteligentes, es natural que el fenómeno se produzca más. Mientras que cuando el fenómeno ocurre, por ejemplo, en Madrid, éste se silencia cuidadosamente. La gente se asombraría si les dijese la cantidad de hechos paranormales que a mí me llegan para su estudio. Al lado del fenómeno auténtico, donde más se produce éste se da también más la superstición, en un intento de explicación extracientífica.

EL VUDU

—¿Los países hispanoamericanos son propensos a este tipo de fenómenos?

—Unos más que otros, concretamente tenemos entre ellos a Brasil, que es un país en el que la fenomenología paranormal está sumamente generalizada.

—Tengo entendido que piensa realizar un próximo viaje a Brasil, ¿qué pretensiones profesionales le mueven a ello?

—Quiero ir exactamente a Bahía para estudiar allí el vudú. Con anterioridad estuve en Río de Janeiro y también en Puerto Rico con la misma finalidad. Más adelante iré a Haití, ya que el vudú de este país es el más interesante por estar más cerca de sus orígenes africanos. Voy a realizar el citado viaje por haber sido invitado a las sesiones preparatorias de un próximo congreso internacional de Medicina y Parapsicología. Este se celebrará próximamente en São Paulo y no podré asistir por tener otro compromiso, también en el extranjero y en las mismas fechas. En esas sesiones preparatorias se me ha pedido que pronuncie una conferencia.

—Señor De Argumosa, ¿cuál será el futuro de la Parapsicología mundial?

—Ahora la atención es cada vez mayor por parte de los mejores científicos. Los más interesados por este tipo de fenómenos son los físicos y los filósofos. Los primeros por encontrarse en el capítulo de la Microfísica, con una problemática que excede en ocasiones a toda comprensión, lo que les facilita la aceptación de la fenomenología paranormal. De aquí que, tanto éstos como los filósofos se vean ya obligados a ampliar sus categorías mentales.

La larga entrevista llega ahora a su término. En una conversación amena y agradable, don Germán de Argumosa, experto parapsicólogo español, ha arrojado luz a nuestras tremendas dudas en cuanto a lo paranormal se refiere. Quizás a partir de ahora seamos más crédulos ante algo que a veces lo tocamos casi con la mano.— N. S. M.



LA REPUBLICA DOMINICANA

Por JOSE MARIA CARRASCAL

HE de confesar que desde hace tiempo me interesaba la República Dominicana más que ningún otro país hispanoamericano. No por haber sido la primera colonia seria española en el Nuevo Mundo, sino por algo más reciente: para comprobar sobre el terreno cómo ha vencido, o no vencido, la transición de la dictadura a formas más o menos democráticas, cómo han quedado impresos en sus habitantes los treinta años de trujillismo, cómo las viejas y las nuevas fuerzas siguen forcejeando, cómo, en fin, un país hace cuentas con su pasado, sin dar el vuelco hacia el extremo contrario. ¿Qué hacen, qué piensan, qué desean hoy los dominicanos?, ¿han renunciado totalmente al trujillismo? ¿Cómo se recuerdan los años del dictador? ¿Cómo soportan el tremendo cambio que representa pasar de la responsabilidad de uno sólo a la de todos? ¿Y qué papel, si alguno, sigue representando España, los españoles, en la antigua Hispaniola? Demasiadas preguntas, con demasiado alcance todas ellas, para una visita de diez días, por muy abiertos que se lleven los ojos y por dispuesto que se vaya a no desaprovechar ocasión que se ponga a tiro para inquirir ya al mismo taxista que le saca a uno del aeropuerto. Pero la escasez de medios nunca ha sido obstáculo para los españoles en América, y nos hemos lanzado a la empresa tras hacer las debidas advertencias. Lo que van a leer es información recogida con prisas, pero de primera mano, sin influencias de ningún tipo —el cronista se pagó de su bolsillo viaje y estancia— y contrastada por la opinión de la mayoría de los entrevistados. Habrá lagunas en ella, pero no distorsiones ni propaganda, positiva o negativa, soterrada.

LA SOMBRA DE TRUJILLO.—La República Dominicana no se ha sacudido del todo el trauma de Trujillo y lo que le siguió, la guerra civil, como aquí llaman al enfrentamiento de las distintas facciones que se disputaban su herencia, la intervención de los «marines» americanos, el episodio Caamaño, con su trágico final del regreso a la isla desde Cuba, dispuesto a desencadenar una revolución castrista, para encontrar la muerte a manos de la fuerza pública. No se habla de ello con gusto, ni siquiera en los círculos avanzados, que prefieren temas más actuales, como el de las reformas a conseguir y las modificaciones a hacer. Sólo si se insiste, se habla de Trujillo, de su era, de sus palacios, de sus queridas, de cómo se vivía entonces. Pero incluso en eso las contestaciones son oblicuas aunque existe el denominador común del rechazo. Nadie, o escasísimos, le añora, pero es evidente al recién llegado que aún flota el fantasma de aquel mito que un día tuvo aterrado a este pueblo. No olvidemos que una simple alusión por el sobrenombre que se le había dado, oído por un policía, costaba la cárcel.

El lugar donde le mataron está desnudo, sin un monumento que lo recuerde para bien ni para mal. Mucho apunta que la República Dominicana todavía no ha querido ajustar la última cuenta con Trujillo, no sabemos si por miedo o por no abrir viejas heridas. Hay como un deseo consciente de olvidar, de no acordarse de esa época, de concentrarse en el hoy y el mañana más que en el ayer, dejando a otra generación, ya con la perspectiva de la historia, el juicio de esos treinta años. Se ven, sí, en los escaparates libros sobre esa era, pero curiosamente la mayoría de ellos están escritos por extranjeros. En los periódicos hemos visto escasas alusiones a ella, y aunque ninguna en tono laudatorio, tampoco sangrienta, limitándose a exponer algún rasgo ridículo del dictador. En pocas palabras: la República Dominicana hace lo posible para olvidar a Leónidas Trujillo.

UN SUCESOR QUE NO LO ES.—Lo más curioso de todo es que lo hace bajo un hombre, Joaquín Balaguer, que hizo su carrera política bajo el dictador asesinado. No olvidemos que Balaguer era presidente cuando el magnicidio y siguió siéndolo en el gobierno de transición. Estamos ante una de las personalidades más complejas de la política mundial. De Balaguer se dice todo, empezando porque era el cerebro de Trujillo. A juzgar por los hechos, es más bien su cara opuesta, lo que puede también explicar el atractivo mutuo. No pueden darse caracteres más opuestos: Trujillo el mujeriego, Balaguer el solterón al que no se le conoce ni una aventura; Trujillo el déspota, Balaguer el burgués civilizado; Trujillo el típico dictador caribeño sin formación alguna, Balaguer el profesor del que se encuentran en los escaparates de las librerías obras sobre métrica literaria, sobre arte y sobre figuras históricas del país; Trujillo el corrupto, Balaguer uno de los pocos hombres del país de quien nadie dice se ha metido un peso en el bolsillo.

Pero más contraste aún hay en su forma de llevar el gobierno. Trujillo era un hombre inaccesible para el pueblo. Balaguer está en continuo contacto con él, inaugurando obras, visitando centros, acudiendo a las cuatro esquinas del país. El visitante es capaz, por otra parte, de distinguir a primera vista lo que hizo uno y lo que está haciendo el otro: la obra de Trujillo era monumental, babilónica, poco práctica. La de Balaguer es de menor pompa, pero de mucho más alcance, empezando por el amplio programa de viviendas sociales que está sustituyendo a los clásicos «boios». Y no es exagerado decir que a efectos totales no puede haber ni comparación: Balaguer ha hecho por la República Dominicana en estos pocos años más que Trujillo en los treinta de mandato.

En el terreno de la infraestructura económica —al que Trujillo tanto énfasis daba—, me dicen los expertos que el dictador se apoyaba en impuestos altos y arbitrarios, de los que su familia, naturalmente, estaba exenta. Creó la

el cambio de un pueblo

Banca y la moneda nacional, medida necesaria para sacar al país de la colonización económica, pero le sometió a la colonización de él y su familia, que terminaron siendo los dueños reales de la República Dominicana y que podían sacar las divisas que se les antojasen sin restricción alguna (por cierto que corre el rumor, difícil de confirmar, de que uno de los proyectos en que Balaguer está metido es en conseguir que la familia Trujillo vuelva a traer al país ese inmenso capital que sacó fuera, al menos en forma de inversiones, cosa que está consiguiendo, y algunas de las nuevas industrias se han montado así, a base de hombres de paja. No sé si es verdad, pero en todo caso merecería serlo como muestra del carácter del nuevo gobernante del país). Las necesidades reales del pueblo no se tuvieron nunca en cuenta bajo Trujillo, ya que se subordinaron a la estructura que el dictador había impuesto, como en un coto cerrado para sus parientes y leales. El Estado era él en el sentido más amplio de la palabra, y si creó industria fue poniéndola a nombre de alguien de los suyos y otro tanto puede decirse de su fomento del comercio, del desarrollo de la ganadería y agricultura, y de los distintos planes económicos, cuyo alcance social era sólo indirecto, beneficiando principalmente a alguien de la «clique» del dictador. Trujillo ha dejado como única herencia positiva una cierta disciplina pasiva entre las masas —que en su raíz fue miedo— y que hace a la República Dominicana un país de potenciales magníficos ciudadanos en un régimen democrático. Aunque el delito existe, no es en la proporción de otros países americanos e incluso europeos, y la gente muestra una dignidad, un afán de trabajo, una ambiciosa contención que son la base para formar



Don Joaquín Balaguer, Presidente de la República Dominicana.

una nación moderna y que piden a gritos un liderato capaz y flexible que los conduzca a ello.

EL REGIMEN BALAGUER.—No sé si estaré equivocado, pues es juicio de enorme trascendencia, pero me parece que Balaguer ha puesto en marcha su país de forma parecida a la que la liberalización económica del 59 puso en marcha a España hacia el desarrollo industrial: abriendo las puertas a las inversiones extranjeras, fomentando las obras públicas, promoviendo el turismo y abriendo la mano a la emigración de la mano de obra parada hacia países más ricos necesitados de ella. Todo, naturalmente, en la proporción mucho menor que permitían cuatro millones de habitantes. Pero el visitante ve ya desde el primer momento que la República Dominicana es una gigantesca obra y que su crecimiento, según acaba de constatar el secretario del Banco Interamericano de Desarrollo, es el mayor de Hispanoamérica en los últimos años. Viviendas, carreteras, presas, complejos industriales se están inaugurando cada semana y aunque las diferencias sociales siguen siendo enormes, aunque las lagunas en este desarrollo son evidentes, aunque el pago en destrucción de la naturaleza —por fortuna allí tan pujante— es claro, no menos lo es el progreso que se aprecia. De continuar a este ritmo por algunos años, el país habrá sobrepasado la fatídica línea del subdesarrollo, en el supuesto de que otros dos problemas no exploten por su cuenta. Nos referimos al:

1 Político. En este frente se aprecia una relativa tranquilidad, pero ya sabemos que nunca puede estarse seguro. Balaguer ha conseguido neutralizar a los partidos políticos sin eliminarles. La oposición habla pero no vemos que su impacto levante a las masas. El propio Bosch, un día líder de un socialismo más o menos radical, parece haber perdido mordiente. Hay quien me dice que el propio Balaguer está financiando a la oposición. No lo sé, pero parece tenerla a la defensiva con ▶





el desarrollo económico, que palia los problemas políticos. Otra cosa sería que ese desarrollo se detuviese bruscamente, con lo que aquéllos emergerían con fuerza a la superficie. El poder, nos dicen también, lo tiene en último término el Ejército, que es el árbitro de cuanto ocurre, pero Balaguer ha conseguido quitarle de primera línea, manteniendo sus privilegios, y eso le da a él mucha más facilidad de maniobra, y a los militares, una posición mucho más cómoda.

2 El problema demográfico, auténtica bomba de relojería. La República Dominicana ha pasado de 1960 a 1970 de tres a cuatro millones de habitantes y su 3,5 por ciento de coeficiente de natalidad es uno de los mayores del mundo. Eso significa muchas más bocas que alimentar, muchas más plazas escolares que crear, muchos más puestos de trabajo que poner en pie, a un ritmo que se come todos los crecimientos económicos. Hay niños por doquier, niños limpiabotas, niños limpiacoches, niños pedigüeños, niños, niños, niños que a la larga amenazan la estabilidad del país. Pues aunque todavía mantienen una cierta contención, ya no pertenecen a la generación disciplinada de sus padres y de mayores no creemos sean tan dóciles como ellos. Balaguer está empeñado en una carrera contra reloj para industrializar el país antes de que esa oleada de muchachos se le venga encima, pero de seguir así puede perderla, pues no hay quien dé abasto para tal explosión demográfica. Una válvula de escape es la emigración a los Estados Unidos, ilegal en muchísimos casos, pero la última recesión en este país la ha cerrado. Los dominicanos emigran incluso a Puerto Rico, claro que con la esperanza de dar luego el salto a USA, y también a la espera de volver un día a su país,

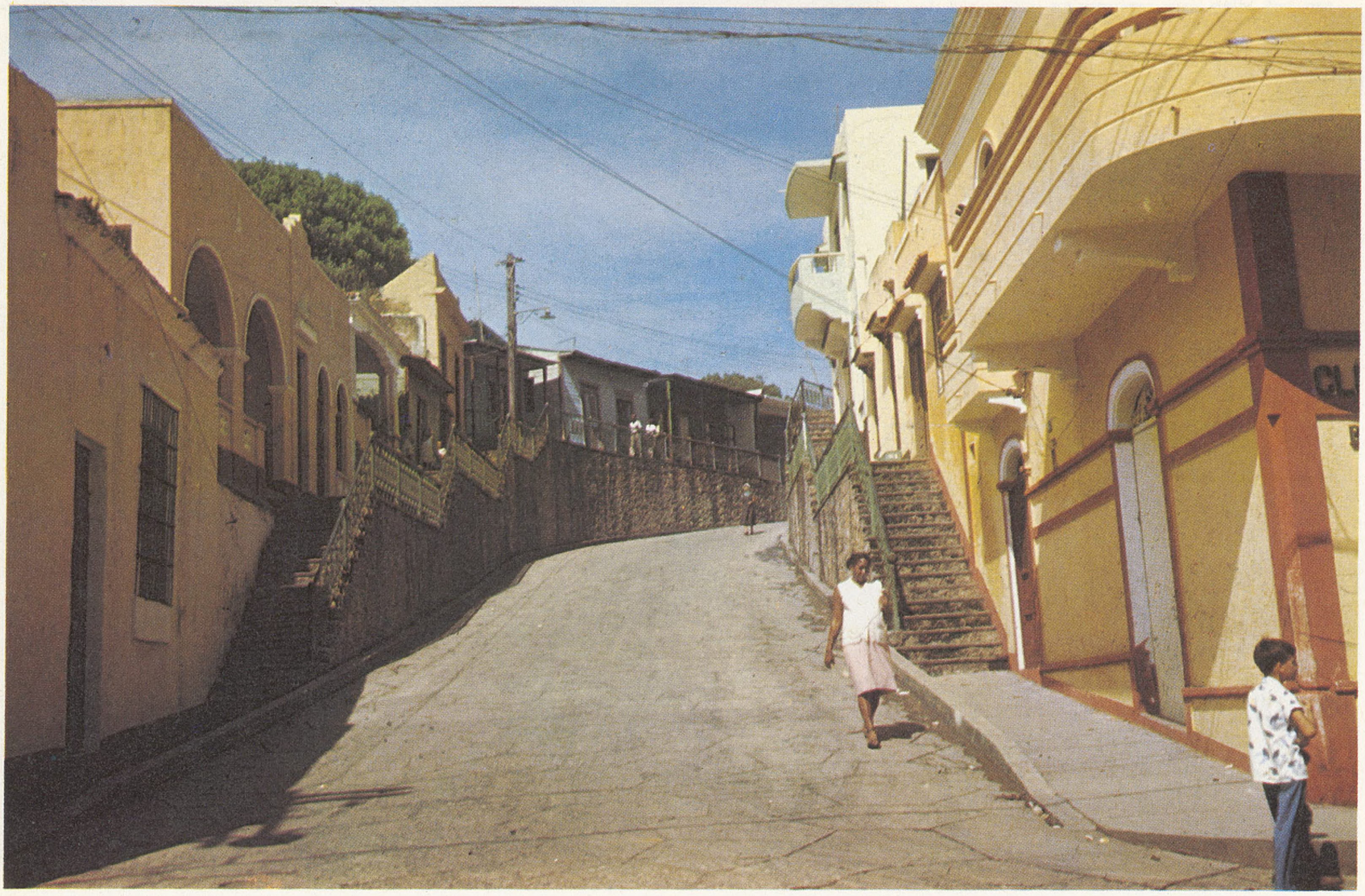








Santo Domingo, una ciudad moderna, alegre, abierta, que no olvida su pasado colonial, representado en la célebre «Casa del Cordón».



como se van los españoles a Francia o a Alemania. Pero esto tampoco basta y sólo una campaña de educación a fondo de hombres y mujeres —que eliminase la pasividad de ellas y el machismo de ellos (el vivir un hombre con varias mujeres y tener hijos de todas ellas no es extraño)— se impone, así como otras medidas de control de la natalidad que recomiendan los organismos internacionales. Claro que la Iglesia sirve de freno así como la ignorancia de esas gentes. Pero algo habrá que hacer, y rápido, para que los avances por un lado no se escapen por el otro.

Las desigualdades, como decía, son patentes, y salta a los ojos lo mucho que queda por hacer en el campo social. Pero como elemento esperanzador, al menos para el que viene de los Estados Unidos, está el que dicha desigualdad no ha conducido a la creación de enclaves discriminados, y así se ven chozas al lado de excelentes chalets. Es decir que riqueza y pobreza andan entremezcladas, lo que si por una parte hace más evidente la necesidad de igualización, por la otra no arroja los peligrosísimos e insolubles tintes raciales, que no hemos visto en esta sociedad. Esto es, las diferencias son principalmente económicas, mientras triunfa por doquier la mezcla de razas. Y eso es mucho cara al futuro.

Los servicios sociales están todavía en mantillas, pese a que vemos nuevas clínicas, y la educación es clasista, pese a que nuevas y modestas escuelas aparecen en los lugares más remotos. Lo que queda por hacer en tal sentido es muchísimo, pero pensamos que no imposible si a los dos problemas antes apuntados se les quita la espoleta.

EL PAIS.—El país es rico, hermoso, y no extraña que los descubridores lo describieran como «tierra maravillosa, con metales, bosques, ríos y aves canoras», tiene además caña de azúcar, café, arroz, frutas y productos hortícolas en sus vegas frondosas, mientras hasta el pico de las montañas está recubierto de vegetación. Entre su riqueza del subsuelo está la bauxita, el ferroníquel, el oro, la plata y el ámbar del que es el primer productor mundial.



«Se están salvando los principales edificios del Santo Domingo antiguo, antes abandonado». En la otra página, una vista de la Casa de España, en la capital de la República Dominicana.

Pero todo ello mal explotado, mal distribuido, mal aprovechado, las técnicas del campo son primitivas, el transporte y la colocación de los productos en el mercado, deficiente, la racionalización casi nula, y así se da la paradoja que en aquel vergel se importen manzanas de California y los plátanos cuesten una fortuna.

Cometiendo lo que consideramos un error, no de ese gobierno, sino prácticamente de todos, se ha acometido el desarrollo a base de la urbanización e industrialización, en vez de poner sus fundamentos más seguros en el campo, en la agricultura, en la ganadería, que es una riqueza mucho más sólida. Pero repetimos, ésta parece ser una consigna hoy en el mundo, y no hay gobierno que la resista.

El turismo es una mina que sólo empieza a explotarse. La costa sur, caribeña, de la República Dominicana, ofrece al norteamericano congelado en invierno todo lo que puede desear. La Norte, más hermosa, algo más fresca, ofrece incluso más pintoresquismo. Falta montar su infraestructura, desde aeropuertos a hoteles, en lo que ya se está, pero queda muchísimo por hacer. En general, da la impresión de que ante el enorme trabajo por delante, Balaguer ha ido a lo más urgente, dejando crecer un tanto en anarquía el resto. Pero que se hacen cosas es indudable y tal vez lo que más emociona al español es el trabajo cuidadoso, cariñoso, con el que se están salvando los principales edificios del Santo Domingo antiguo, colonial, antes aban-

donado, una obra que cuesta muchísimo dinero, pero que sin duda vale la pena, pues no estamos en vano ante la primera ciudad del Nuevo Mundo. Y estas cosas son irremplazables.

LOS ESPAÑOLES.—En ningún lugar de Hispanoamérica hemos visto tan bien acogido al español como en Santo Domingo. Ni en ninguno de sus museos, el tema conquista y colonización ha sido tratado tan discreta, amablemente como en el «Museo del Hombre



Dominicano», un lugar que no vacilamos en recomendar a todo visitante, aunque tenga sólo un par de horas de estancia en la ciudad, pues recoge con admirable precisión la historia de la isla y sus costumbres. Incluso la siempre delicada fase de la independencia está tratada con admirable tacto. Es algo que personalmente nota el español en cuanto trata con los dominicanos.

La Hispaniola o Española tuvo su momento álgido poco después del descubrimiento, cuando se convirtió en trampolín de la conquista del Continente. Allí aparece la primera industria del azúcar, la primera universidad, la primera catedral del Nuevo Mundo. Más tarde, sin embargo, se relega por otras colonias más ricas, más grandes, México, Perú, la misma Cuba, y empieza una «economía de mera subsistencia», con funcionarios de segunda categoría, esperando los sueldos de Madrid o México. Poco después de la independencia sobrevienen los duros veinte años de dominación haitiana, que hundieron al país aún más, y que los dominicanos consiguen finalmente sacudirse y que quién sabe si contribuyeron a que la dominación española no se juzgase tan severamente.

Nos hubiese gustado estudiar más a fondo el capítulo de los agricultores españoles llevados por Trujillo a las fértiles tierras centrales en torno a Constanza, pero el tiempo dio sólo para enterarnos sucintamente de su suerte: sus inicios fueron magníficos, convirtiendo aquellas vegas en auténticos vergeles. Con la caída de la dictadura, sin embargo, su estrella decayó, ya que se les consideró en cierta forma unida a ella, y se repartieron esas tierras entre los locales. Hoy, sin embargo, muchos de ellos continúan allí, pero abonando a los propietarios un arriendo por las tierras, que vuelven a estar en plena producción.

En general, repetimos, hay cariño y respeto hacia los españoles. La colonia es pequeña, pero sólidamente asentada. La mayoría de ellos se dedican al comercio, aunque han progresado formando sociedades e instalando pequeñas fábricas. Forman una clase media acomodada que ha echado raíces, pero no olvida la patria en que nacieron. Algunos dividen sus hijos para el estudio, enviando unos a la universidad dominicana y otros a la española. Proceden en su mayoría de Galicia —La Guardia, especialmente— y Asturias, aunque también hay alguno catalán y castellano. De subrayar es que no se han metido en política, lo que les ha librado de sufrir directamente las convulsiones que experimentó el país. Mientras otras minorías —incluida la árabe— se han presentado a elecciones, participado en campañas, etc., los españoles se han concentrado en su trabajo, siendo ésta la base del respeto que han ganado.

En el campo social, sin embargo, se muestran enormemente activos. Esta pequeña minoría, que no llega a ocho mil en la capital, ha montado uno de los mejores clubs de la misma. La nueva Casa de España es un complejo de instalaciones que impresiona incluso al venido de los Estados Unidos. Había una Vieja Casa en la ciudad antigua, reducido a rincón de nostalgias para unos pocos. De ello se ha saltado por la imaginación y esfuerzo de unos hombres a un lugar social en la avenida más bella de la ciudad, de 28.000 metros cuadrados de superficie, ocho mil de ellos edificados, una piscina, pistas de tenis y campo de baloncesto. En el edificio, de tres plantas ultramodernas, hay bar, restaurante, salas de juegos para jóvenes y adultos, biblioteca, y enorme pista de baile, que ha hecho de La Casa de España uno de los lugares de cita de Santo Domingo, ya que lo más importante es que se han abierto sus puertas a cuantos desean ser socios. Nada de extraño que empiece ya a quedárseles pequeña. Por cierto que a su inauguración asistieron los Duques de Cádiz. Quede para la pequeña o gran historia los nombres que hicieron realidad este ambicioso proyecto: Juan García Mompó, Presidente, Benjamín Muñiz, Avelino Fernández, Cristóbal Serna Manrique, hoy en la Junta Directiva, y otros que sin duda injustamente olvido.

La Casa de España de Santo Domingo representa un lugar de encuentro, un punto de equilibrio entre la colonia española y la comunidad donde ha hecho su vida. La simbiosis, por lo que hemos visto, es perfecta, y se está convirtiendo rápidamente en uno de los centros de gravedad social de la urbe, que evoluciona a pasos agigantados, precisamente hacia donde la Casa se encuentra. Es una realidad, pero también un pedazo de futuro, ya que no se ha quedado reducida a la nostalgia, sino que se deja regar constantemente por el mundo local que la rodea. Nada de extraño tiene que el propio presidente Balaguer asistiera a su inauguración.

Y no resistimos la tentación de repetir una frase que al parecer dijo tras la larga misa cantada que todos aguantaron a pleno sol: «Si todos en este país fuesen como los españoles, no tendría problemas». Claro que se refería a los españoles fuera de España.

EL CENTRO ESPAÑOL DE SANTIAGO. Pero la Casa de España de Santo Domingo no es única. Por pequeña que sea la colonia española en otras ciudades de la República, ha procurado unirse y hasta hay en marcha una Confederación de Casas de España que coordine esfuerzos y voluntades. Una agradable sorpresa dado como somos los españoles de individualistas.

Entre todas estas «Casas» provinciales, destaca la de Santiago de los Caballeros, obra de imaginación y realismo al mismo tiempo, obra también de un hombre, Ramón Polo, que con escasos medios, con una minúscula pero decidida colonia detrás, unos 1.800 son, ha montado uno de los complejos sociales y deportivos más notables de la isla. Polo —hijo del internacional del Celta de tiempos de Zamora— agrupó primera a los españoles de Santiago en un piso de la Calle Mayor, desde donde saltaron, sin tener miedo al vértigo. a unos terrenos valdíos en los alrededores de la urbe. Hoy, aquello es a la vez un jardín y una ciudad deportiva, que incluye canchas de tenis, minigolf, campos de fútbol y de baseball, bolera, piscinas, biblioteca, salas de juego, restaurante, pista de baile y un parque infantil que es un Disneyland en miniatura, donde los padres pueden dejar a sus hijos al cuidado de personas competentes, mientras ellos gozan de otras facilidades. Nada de extraño tiene que el Centro Español se haya convertido en uno de los puntos clave de Santiago, donde acuden no sólo los españoles, sino también los locales y cuantos extranjeros viven allí, para pasar, ya el entero día de fiesta, ya unas horas, cuando el tiempo no da más de sí. Hoy, ese complejo sobrepasa a la ciudad deportiva del Real Madrid y acaban de comprar otro terreno —poniéndose en los 200.000 metros cuadrados— para ampliar con un gran edificio social. «La ciudad está orgullosa de ese Centro Español —nos han dicho todos satisfechos— y lo que es más importante, todos aprovechan de él.»—J. M. C.

DOS ARTICULOS OLVIDADOS DE «AZORIN»

En el mes de Septiembre de 1973 realizamos en Monóvar un examen sistemático de todo lo que contenía en materia de libros y prensa, etc., la Casa-Museo Azorín. *Hojeamos muchísimos periódicos y revistas en busca de artículos del maestro Azorín ya que nos habíamos enterado, y es cosa sabida, de que las* Obras Completas *publicadas por la casa editorial Aguilar están lejos de presentar al eventual lector o estudioso la* suma *de la producción azoriniana.*

Así que nos fue agradable encontrar dos artículos olvidados de José Martínez Ruiz en una revista madrileña que, por su nombre y las informaciones que podemos suponer que da, no habría a priori *de llamar la atención del investigador:* La Revista Vinícola Ilustrada. *Estos dos artículos, titulados «La taberna en la historia» y «En Levante: Noche de tormenta», se publicaron respectivamente el 19 de Agosto de 1899 y el 6 de Enero de 1900.*

Nos proponemos hoy darlos a conocer con la intención de aportar un modesto elemento suplementario a dos trabajos interesantes y capitales para conocer la obra periodística del joven José Martínez Ruiz: el artículo del profesor norteamericano Inman Fox, titulado «Una bibliografía anotada del periodismo de José Martínez Ruiz (Azorín): 1894-1904 y el *libro del profesor español José María Valverde,* Artículos olvidados de José Martínez Ruiz *(1894-1904).*

Por otra parte, no carecen de interés los artículos que hoy publicamos para quienes tienen afición a la producción literaria *del futuro Azorín. En efecto, el primero,* La taberna en la historia, *escrito en 1899, responde plenamente a las preocupaciones literarias del escritor que publicará un año después, en 1900,* El alma castellana (1600-1800); *es evidente que el escritor tuvo que documentarse como lo hizo para escribir cada capítulo de dicha obra y lo señaló al final de cada uno indicando de modo detallado sus* fuentes. *Notamos, pues, en su artículo, el mismo procedimiento de elaboración que para los capítulos de* El alma castellana *y, por lo tanto, no nos parece descabellado suponer que pudo pensar, en 1899, en la posibilidad de incluirlo como capítulo en su libro venidero dándole más «gravedad» ya que lo considera algo «ligero». En cuanto al segundo, «En levante: Noche de tormenta», es interesante notar que si primero José Martínez Ruiz lo publica en dicha revista de Madrid, un año después, en 1901, lo incluye en su obra* El diario de un enfermo *con pocas variantes.*

Dos tentativas literarias, pues, de esencia bastante diferente que no dejan de ser sin embargo preciosos indicios de la escritura incipiente del futuro gran prosista. Manso Christian (Département d'Etudes Ibériques et Ibéro-Américaines. Université de PAU).

LA TABERNA EN LA HISTORIA

El origen de la taberna... *se pierde en la noche de los tiempos.* El poeta Baltasar de Alcázar dice que no sabe si la invención de la taberna es o no moderna, pero asegura que fue invención *delicada.* Dejando pues estas cuestiones, que los eruditos e historiadores han de dilucidar en su día, diremos que si bien la afición al mosto ha sido siempre en España grande y extendida, se bebía mucho menos antaño que en los tiempos presentes. Se sabe, sin embargo, que había una clase de hombres que bebía recio y de lo bueno; y eran los *saludadores.* Por ellos se decía antiguamente: *Bebe más que un saludador.* El motivo que los tales truchimanes daban para justificar sus libaciones, era que, teniendo que soplar mucho para sus ensalmos, habían de allegar fuerzas con el vino. No nos parece errada la disculpilla.

Entre los más famosos vinos españoles del siglo XVII podemos citar los de Esquivias, elogiados por Cervantes, que sin duda tuvo ocasión de saborearlos muchas veces, puesto que de dicho pueblo era su mujer; y los de Yepes y Ocaña, repetidamente mencionados por los poetas dramáticos Tirso de Molina, entre ellos, cuando al nombrar estos dos pueblos en su comedia *La huerta de Juan Fernández,* añade:

dos villas de donde el vino
hace perder el camino;
bodegas nobles de España.

El primer documento *legal* importante en que se habla de las tabernas parece ser que es una Real orden de Felipe IV, dada en 1647, y en que se dice que, «para ocurrir á los daños que se experimentan del excesivo número de taberneros que hay en esta corte», se tenga cuidado en expedir licencias, y que no puedan los taberneros usar de dichas licencias sin acudir a la sala de Alcaldes «para que les señale la cantidad de vino que han de vender cada año». También se dispone, que «haya número cierto y limitado de las tabernas de vino caro», y que «los carros que entraren de la Membrilla y otras partes, para vender por menor, tengan asimismo puestos señalados donde lo hayan de vender». De donde se deduce que además de las tabernas establecidas en los edificios, habría otras ambulantes, digámoslo así, que eran los indicados carros.



Acostumbraban en este tiempo los soldados de *la guarda* tener tabernas, y Carlos III, dispuso en 1699, que no las tuviesen sin proveerse de la correspondiente licencia. En cuanto al servicio de las tabernas, disposición de éstas, etc., no se sabe gran cosa. Pero apuntaremos un detalle cu-

rioso: ya en el siglo XVII sirven mujeres en las tabernas, como hoy en algunos cafés y cervecerías. Francisco Santos habla en su libro *Los gigantones en Madrid*, publicado en 1666, de ciertas «medidoras de tabernas»...

Después de los documentos citados, el más notable es el bando publicado por Carlos IV en 1795. Según él, para establecer una taberna se necesitaba: pedir licencia a la Sala de alcaldes de casa y corte; satisfacer dos reales diarios para el Real Arbitrio; dar la limosna acostumbrada al colegio de San Nicolás de Bari; cumplir con los «demás cargos y contribuciones».

Dispone además dicho bando lo siguiente:

«El vino ha de ser puro, legítimo, y de buena calidad, sin mezcla alguna.»

Se prohibe que las tabernas «tengan pozo ni mangas en que aclarar el vino». Para aclararlo lo harán con tierra de esquirias y huevos.

No se permitirán juegos de naipes, dados, ni otros.

No se pondrán cortinas en las puertas; estarán las puertas enteramente descubiertas.

Se prohíbe que se detengan artesanos en los días y horas de trabajo; nunca mujeres.

Al tabernero que no sea casado se le prohíbe que tenga guisandera o medidora de menos de cuarenta años.

Se prohíbe que entren y salgan los parroquianos por otra puerta que la de la calle.

Se permite poner mesas, bancos y taburetes, «pero se prohíbe todo ruido y alboroto».

Se permite vender cosas de comer fritas; pero se «prohíbe todo mantenimiento cocido o guisado».

No se permite vender vino de los coseCheros de Madrid.

Desde el 1.º de Octubre a fin de Abril se cerrarán las tabernas a las diez de la noche; y desde el 1.º de Mayo a fin de Septiembre a las once.

Tales son las curiosas y extrañas disposiciones del bando del rey don Carlos IV.

De propósito hemos dejado para el final el hablar de otras especialísimas tabernas. Eran éstas las que tenían las comunidades religiosas para vender el vino de sus cosechas, puesto que en aquella época contaban los religiosos con grandes tierras labarantías *(sic)* y viñas. Tenían tabernas en Madrid los conventos de San Basilio, San Jerónimo, Atocha, Santo Tomás, el Rosario, Carmen, Merced, Calzada, Colegio Imperial, Noviciado, Clérigos menores del Espíritu Santo, etc.

En 1781 parecióle mal al Nuncio semejante tráfico y se suprimieron las tabernas religiosas.

Hacemos punto. Sirvan estas ligeras indicaciones de estímulo para que otros más graves ingenios emprendan la portentosa labor de escribir la ***Historia general de*** *las tabernas de España.*—J. M. RUIZ.

En Levante
NOCHE DE TORMENTA

YA lo había dicho al anochecer, mientras cenaban *(sic)* el mayoral; ya lo había dicho sentenciosamente: «Palmeres per baix, señal d'aigüa. Señal de agua; por Occidente asoma el nubarrón, formidable, inmenso, amenazador. Cúbrese la la luna; queda el suelo en sombras temerosas. Y en el aire flota la vaga calma, el reposo profundo de la tormenta que se allega. En la casa duerme la gente; en los bancales entona la menuda fauna el coro inmenso de sus cantos.

Resuena a lo lejos, tras las montañas, un sordo trueno. Las nubes se espesan; ruedan como vellones dilatados y ocultan las lomas próximas, y casi se desgarran en los pinos. Repítense más cerca los truenos; un relámpago ilumina la campiña; caen anchas gotas.

Dentro, remuévese la gente; una puerta se abre, y un labriego inspecciona el cielo.

El fragor de la tormenta arrecia; atropéllanse los relámpagos; retumban los horrísonos truenos en todo el valle, y hacen temblar la casa: unos secos, repentinos, arrancados; otros redoblantes, como inmenso y repercutiente tableteo. Pónense en pie los moradores todos de la hacienda; enciéndense los candiles; se hacen pronósticos para las secas tierras; se espera con impaciencia y temor la crisis del nublado.

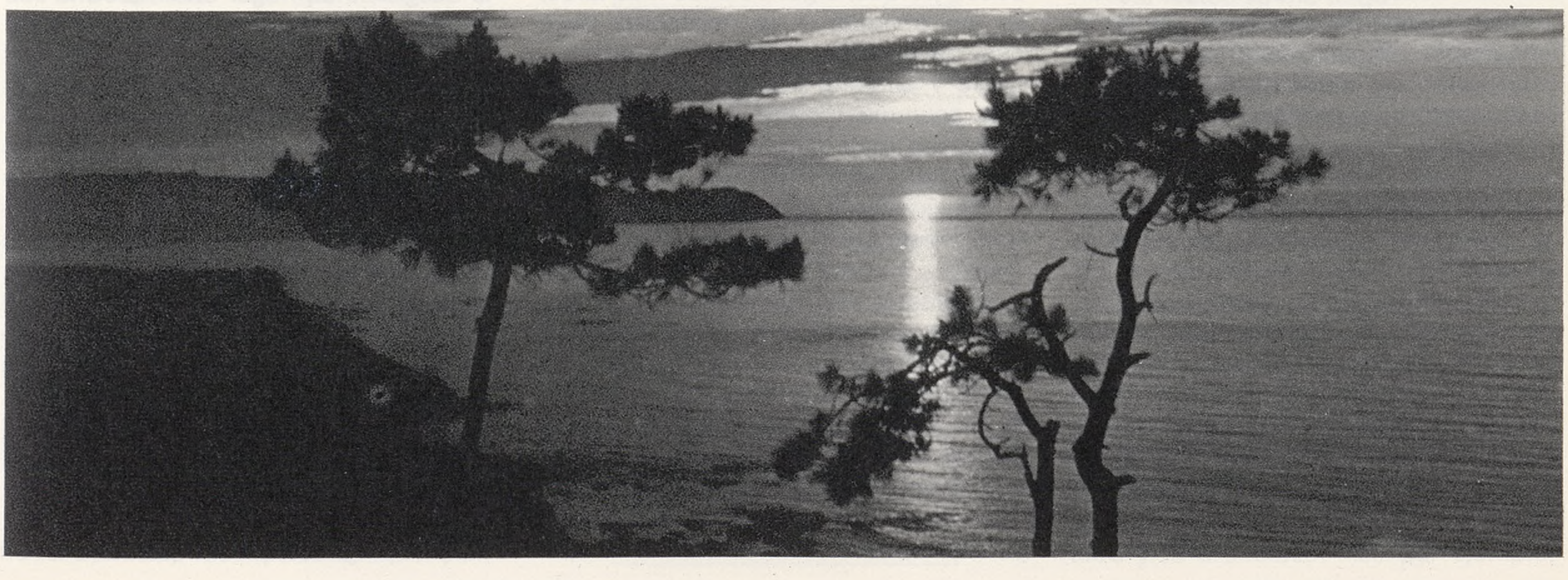
De repente, formidable aluvión de granizo salta en las tejas, destroza la parra de la puerta, combate las maderas de las ventanas... Horrible y feroz pánico se apodera de todos: *¡Mare de Deu, Señó!...* Los viejos contemplan la desolación moviendo la cabeza; los mozos, taciturnos; la casera arroja las trébedes en medio de la calle y clama a todos los santos. Y como por milagro, el tintineo de las tejas cesa; clarea el granizo; desaparece entre el turbión del agua... Serénanse los semblantes; repite convencida la vieja: *¡Mira si es veritat!;* contemplan todos con regocijo el salvador diluvio.

El momento de angustia ha pasado, pero la lluvia arrecia y hay que salir a preparar los *partidores* e inspeccionar las regueras para que la corriente se encamine al aljibe. Y salen *los hombres* con hachones, liados en mantas, vereda arriba. El resplandor tiembla a los embates del viento, salta, se pierde entre los pinos, reaparece más arriba... El agua desciende con impulso poderoso por los barrancos; braman roncamente las ramblas; salta el desbordado mar por los recuestos, socavando los árboles, soterrando las cepas, desmoronando los ribazos.

Los corrales se inundan; encharcan las goteras las cámaras, y en el seco aljibe, colmada la rebalsa, cae el torrente con colosal estrépito.

Poco a poco se apagan los truenos y escasean los relámpagos. Cesa la lluvia. Por Oriente blanquea el cielo...

Campo de Monóvar.—J. MARTINEZ RUIZ.



EL OSTRACISMO INMOVIL DE

julio herrera y reissig

Por
GUIDO CASTILLO

HAY poetas en los que no es la poesía la que está determinada por la vida, sino la vida la que está determinada por la poesía. Esas vidas poéticas —reversos inquietantes de la poesía viva—, han sido siempre muy raras, por su intrínseca anormalidad, pero es, quizá, desde el romanticismo hasta nuestros días, cuando aparecen con mayor frecuencia que en otras épocas. Pueden tener la luminosidad perfecta de los semi-dioses, como la de Goethe, ser fulgurantes, como la de Byron, quemadas por el rayo de la locura, como las de Hölderlin y Nerval, vertiginosas e insociables, como las de Rimbaud y Dylan Thomas, o retraídas y torturadas por un ángel secreto, como las de Novalis, Leopardi y Bécquer.

POETA MALDITO

Julio Herrera y Reissig fue el «poeta maldito» del modernismo, porque, con su obra y con su vida, llevó hasta las últimas consecuencias los principios fundamentales de esa gran corriente renovadora. No se conformó con escribir como un modernista a ultranza: vivió, además, el modernismo, sin desviaciones ni flaquezas. Y quien dice el modernismo, dice el rostro más verdadero —por más cubierto de afeites que estuviese— que mostraba la poesía en aquel entonces. Fue, por eso, si no el más grande, el más puro de sus representantes. En poesía, hay ciertas formas de la pureza que van en detrimento de la grandeza, y a la inversa. El padre y maestro mágico del modernismo, Rubén Darío, es, probablemente, el poeta más grande de la lengua, a partir de Bécquer; y no olvido los nombres de Unamuno, Machado, Jiménez, Huidobro, Vallejo y García Lorca. Frente a la selva sagrada del nicaragüense, la poesía de nuestro uruguayo es un pequeño jardín oculto, donde crecen —y agonizan—, dos o tres variedades de una flor extraña. Sin embargo, el gran Darío se contradijo cien veces y, cuando las circunstancias lo exigían, olvidaba lo que había sostenido y se desviaba del camino que él mismo había trazado para la nueva poesía, como caudillo indiscutido del modernismo. Así, por ejemplo, en las «Palabras liminares» de sus «Prosas profanas» había declarado: «Mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles; ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República no podré saludarle en el idioma en que te cantaría a ti, ¡oh Halagabal!, de cuya corte —oro, seda, mármol—, me acuerdo en sueños...» Una vez más se mostró la verdad de que nadie debe decir de esta agua no he de beber, porque, algunos años más tarde, se vio obligado —la necesidad tiene cara de hereje—, a escribir la interminable y anodina «Oda a Mitre», en la que acumula lugares comunes encomiásticos para glorificar al Presidente de la República Argentina.

He apuntado ese hecho —que en nada disminuye el genio de Rubén Darío—, no para señalar una debilidad ni proyectar una sombra en la trayectoria del gran poeta, sino para destacar, por comparación con el maestro, la intransigencia orgullosa del lejano y desconocido discípulo. Julio Herrera y Reissig pertenecía a una ilustre familia y la rápida ruina de sus padres le permitió depurar y espiritualizar al máximo su aristocrático desdén a todo lo que lo rodeaba, hasta que logró conquistarse el encono unánime de la sociedad en que vivía. Cuando se enteró que otro iba a ser nombrado en el cargo de cónsul que se le había prometido, escribió al Ministro de Relaciones Exteriores de ese momento una carta que terminaba así: «No sé qué me dice el corazón de oscuro negativo como la sentencia infernal de Dante, pero conste, en el peor de los fracasos, que a mí no me han hecho, sino que soy: que es más lo que merezco que lo que he pedido y que siempre daré más de lo que se me ha dado... tal vez algún día se me hiciera justicia y el país fuera digno de Julio Herrera y Reissig. Sin otro motivo, lo saluda hasta la historia.»

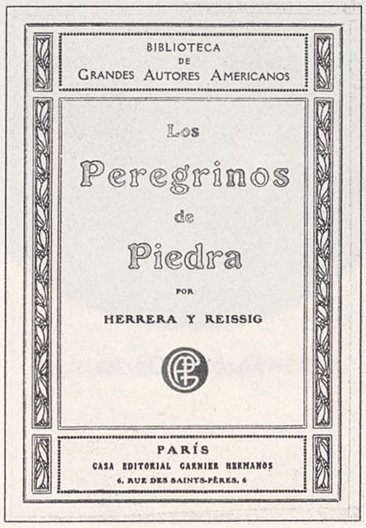
EL INDIGENTE

La verdad es que esa sentencia cruel, dictada con tan insolente arrogancia, se ha cumplido y la historia no conserva el nombre del pobre Ministro que tuvo la desgracia de negar un empleo al solitario, casi indigente, de La Torre de los Panoramas —que así había bautizado a su buhardilla. Sin embargo, preciso es reconocer que, hasta ahora, esa misma historia se ha mostrado demasiado económica en el empleo de sus hojas de laurel para sazonar de gloria la cabeza del poeta. Prueba de ello es que la famosa —y pretenciosa—, antología «Laurel» —conocida familiarmente como «La hortaliza»—, de la editorial Séneca de México, que coronó a tantos mediocres, no incluyó ni un solo poema de Herrera y Reissig. Los malos ejemplos cunden y, algún tiempo más tarde, otra antología dedicada a veinte años de poesía española —en la que se incluían algunos de los peores versos

que se han escrito en cualquier idioma—, desterraba a Juan Ramón Jiménez —heredero, en su primera época, de Herrera y Reissig—, porque, según el antologista, este poeta había dejado de tener «vigencia histórica» (sic). Julio Herrera es un típico invigente, o indigente de la historia, un gran menesteroso de los lujos usuales de la fama común. Además de los innumerables que lo ignoran, muchos son los críticos, profesores y académicos que continúan denigrándolo, escandalizados por una poesía que consideran desarraigada, antojadiza, arrogante y estrafalaria. Justo es, porque el desdén con el rencor se paga, y los que siguen apreciando las cosas y las ideas que el poeta menospreciaba, se sienten todavía heridos por aquel antiguo desprecio que los hace numerarios de una misma grey anónima.



En cierta oportunidad, Julio Herrera salió de su habitual mutismo para dirigirse a los críticos y círculos literarios de Montevideo —que pasaba por ser una de las ciudades más cultas de América—, de la siguiente manera: «Decreto. Abomino la promiscuidad de catálogo. ¡Solo y conmigo mismo! Proclamo la inmunidad de mi persona. Ego sum imperator. Me incomoda que ciertos peluqueros de la crítica me hagan la barba... ¡Dejad en paz a los dioses!» Y firmaba, como un rey, desde el destierro altanero de su desván: «Yo, Julio, Torre de los Panoramas». Esta declaración no pasaría de ser un desplante más o menos ingenioso, y casi al borde de lo ridículo, si no fuera la expresión de una actitud vital que Herrera y Reissig confirmaba con cada uno de los actos de su existencia. Absorto en la nostalgia de un maravilloso país distante —del que se sentía a la vez oriundo y exiliado, sin haberlo conocido nunca—, detestaba, mucho más que Darío, la vida y el tiempo en que le tocó nacer, y veía al Uruguay como una tierra inhóspita y vulgar, sin historia y sin poesía, en la que estaba confinado a causa de un misterioso pecado original.



BIBLIOTECA DE GRANDES AUTORES AMERICANOS

Los Peregrinos de Piedra

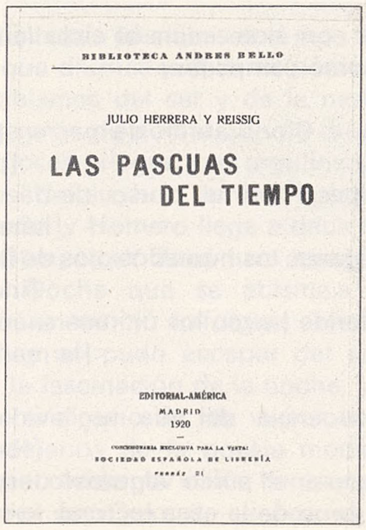
POR

HERRERA Y REISSIG

PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6



BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

JULIO HERRERA Y REISSIG

LAS PASCUAS DEL TIEMPO

EDITORIAL-AMÉRICA

MADRID

1920

DESOLACION ABSURDA

En la obra de Julio Herrera sólo he encontrado dos palabras que podrían hacerlo sospechoso de uruguayo: «camalotes» y «tembladeral». El «camalote» es una planta acuática muy frecuente en los arroyos, bañados y esteros uruguayos, y «tembladeral» significa lo mismo que tremedal y ciénaga, aunque es un vocablo más bello y expresivo que sus sinónimos castizos. Por extraña coincidencia —hay coincidencias que inquietan—, esos dos únicos americanismos se encuentran en un mismo poema, «Desolación absurda», el primero del libro «Los maitines de la noche». Parecería que una palabra hubiese traído la otra. Y bien podría ser, porque los camalotes suelen crecer también en los tembladerales. La primera de ellas figura en la estrofa inicial:

«Noche de tenues suspiros
platónicamente ilesos:
vuelan bandadas de besos
y parejas de suspiros;
ebrios de amor los cefiros
hinchan su leve plumón,
y los sauces en montón
obseden los *camalotes,*
como torvos hugonotes
de una muda emigración.»

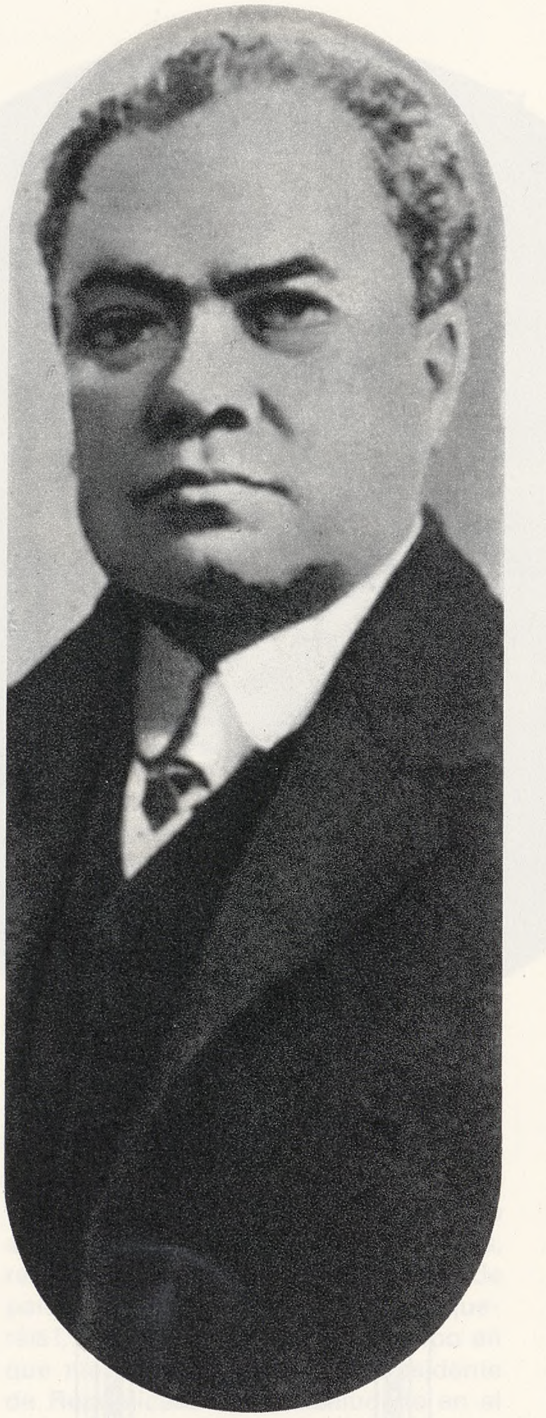
La segunda palabra, «tembladeral», aparece en la cuarta décima:

«El mar, como un gran anciano,
lleno de arrugas y canas,
junto a las playas lejanas
tiene rezongos de anciano.
Hay en acecho una mano
dentro del *tembladeral;*
y la supersustancial
vía láctea se me finge
la osamenta de una Esfinge
dispersada en un erial.»

En Julio Herrera hasta la inocencia es el resultado de la premeditación y la alevosía literarias, y la sencillez un producto de la más compleja elaboración. Ni siquiera la pura naturaleza de su país le interesó jamás y sus poemas más descriptivos no parten de ninguna observación de la realidad, sino de paisajes inventados o soñados a través de las lecturas. Ninguna de esas cualidades es por sí sola negativa, porque, en lo que a la poesía se refiere, ni lo espontáneo ni lo natural tienen «a priori» mayor validez que lo premeditado y lo artificioso. Así, por ejemplo, ▶

una palabra de dolor es más artificial que un gruñido de lo mismo, sin embargo, es difícil sostener que la expresión hablada de los sufrimientos es menos auténtica que la que se manifiesta por medio de sonidos inarticulados. De todas maneras, lo que importa es el resultado objetivo, el poema en sí, y no la actitud mental previa a su existencia ni el proceso psíquico que llevó a su creación.

Para subrayar su divorcio con la naturaleza de su propia tierra, Herrera y Reissig llama «eglogánimas» —églogas del alma—, a los poemas pastoriles que integran los «éxtasis de la montaña», libro que, desde su título, se destierra por entero del Uruguay, donde la altura máxima sobre el nivel del mar alcanza a duras penas los seiscientos metros. Toda la literatura pastoril —a partir de Virgilio, por lo menos—, entraña una evasión de la realidad, y la aparente naturalidad de algunos de los pasajes más famosos de la poesía eglógica no es otra cosa que el colmo del artificio: un artificio que se supera y se devora a sí mismo, porque es tan artificioso que da la ilusión de no serlo, complaciéndose en adoptar la apariencia engañosa de su contrario. A pesar de esto, es frecuente que en la poesía pastoril aparezcan algunas referencias a la naturaleza realmente experimentada por el poeta. La más viva y conmovedora de estas referencias suele ser el río del lugar natal. Es el Mincio mantuano de las «Bucólicas» —«hic viridis tenera praetexit harundine ripas / Mincius...»— y es el Tajo toledano de las églogas de Garcilaso: «Cerca del Tajo, en soledad amena...». Pues bien, Herrera y Reissig, que no se aparta jamás de la pura evasión y que no alude nunca a la naturaleza de su tierra, tampoco es sensible a los ríos, que son los grandes ausentes de sus paisajes. Hay en sus poemas mares, lagos, estanques y fuentes, pero no ríos, o, por lo menos, ninguno memorable. Y ese solitario tembladeral, única alusión a una posible experiencia directa, implica una doble excepción, porque una ciénaga es excepcional en cualquier sitio que se encuentre: una cosa monstruosa, que no debería existir y que, por lo tanto, parece exótica y fuera de lugar en todos los lugares.



Rubén Darío

EL DESPERTAR

La primera «eglogánima» es un ejemplo muy claro de lo que hemos dicho. Se trata de un soneto de ascendencia francesa, que rompe —como todos los que integran «Los éxtasis de la montaña»—, con las normas de la tradición clásica española. Se titula «El despertar» y con él se inicia el ciclo lento de las horas campestres:

«Alisa y Cloris abren de par en par la [puerta
y torpes, con el dorso de la mano [haragana,
restréganse los húmedos ojos de lumbre [incierta,
por donde huyen los últimos sueños de [la mañana...

La inocencia del día se lava en la [fontana,
el arado en el surco vagoroso despierta,
y en torno de la casa rectoral, la sotana
del cura se pasea gravemente en la [huerta...

Todo suspira y ríe. La placidez remota
de la montaña sueña celestiales rutinas.
El esquilón repite siempre su misma nota
de grillo de las cándidas églogas [matutinas.

Y hacia la aurora sesgan agudas [golondrinas
como flechas perdidas de la noche en [derrota.»

Los ojos del poeta no han visto nada de lo que el poema describe y todo ha sido imaginado por su mente. Pero los poetas ven con los ojos cerrados, y Dante puede exclamar, refiriéndose a su visión imaginaria del mundo ultraterreno: «¡Oh Mente que escribiste lo que vi!». «Mente» equivale a inspiración divina, la cual, por supuesto, es la única que hace posible a la poesía.

Si la naturaleza evocada en «Los éxtasis de la montaña» corresponde a una vaga e idealizada campiña europea, entrevista en las páginas de los libros, los paisajes de «Los parques abandonados» son, si se quiere, menos literarios, aunque se manifiesten por medio de una incontenible embriaguez metafórica. Quizá una de las formas más auténticas de la necesidad de evasión en Julio Herrera sea el sentimiento cósmico que anima muchos de sus mejores poemas, en algunos de los cuales el poeta sabe unir mágicamente la grandiosidad astral de la noche inmensa con las cosas más pequeñas, humildes y prosaicas de la tierra. Así, por ejemplo, estos cuartetos admirables de un soneto erótico que, modestamente, se denomina «El sauce», y que empieza con un verso trivial y casi cursi:

«A mitad de mi fausto galanteo,
su paraguas de sedas cautelosas
la noche desplegó, y un lagrimeo
de estrellas hizo hablar todas las cosas.

Erraban las Valkirias vaporosas
de la bruma, y en cósmico mareo
parecía bajar las nebulosas
al cercano redil del pastoreo.»

Antes que Herrera y Reissig naciera, un compatriota suyo, el uruguayo-francés Isidoro Ducasse —más conocido como el Conde de Lautréamont—, que sólo vivió veinticuatro años, dijo que el arte «es el encuentro fortuito de una máquina de coser y de un paraguas sobre una mesa de disección». Más de medio siglo después, esta definición se convirtió en el primer axioma del surrealismo, y, si la hubiera conocido, Julio Herrera la habría adoptado, como norma anti-normativa, porque también él, sin saberlo, era un heredero de Lautréa-

mont y estaba inscrito en la línea del surrealismo en más de un sentido. Su gusto por el absurdo, por las asociaciones más insólitas y por las perspectivas deformantes aparece en versos como éstos:

«En la abstracción de un espejo
instrospectivo me copio
y me reitero en mí propio
como en un cóncavo espejo.
La sierra nubla un perplejo
rictus de tormenta mómica,
y en su gran página atómica
finge el cielo de estupor
el inmenso borrador
de una música astronómica.»

HORAS COSMICAS

Pero el autor de «La torre de las esfinges» no sólo tiene subterráneas coincidencias con el de los «Cantos de Maldoror», las tiene también con otro uruguayo-francés, Jules Laforgue, más longevo que Lautréamont, pues alcanzó a vivir veintisiete años. Si Laforgue está considerado como el máximo representante del decadentismo en lengua francesa, a Herrera y Reissig podría atribuírsele la misma excelencia equívoca en la española. Y lo que Gaëtan Picon dice del primero sería perfectamente aplicable al segundo casi sin variantes: «Es curioso comprobar hasta qué punto la poesía de Laforgue, cuyo tono general es menor, se ve acosada por un sentimiento cósmico. Extraño carnaval metafísico, baile de máscaras que remedan el enfrentamiento pascaliano del hombre con el infinito de las constelaciones. A veces el poeta intenta entablar el diálogo con una noche cósmica, poblada de presencias fraternales... Más a menudo lo fascina la imagen de un cosmos desierto y muerto...»

Repitamos cuatro versos ya citados de «Desolación absurda»:

«y la supersustancial
vía láctea se me finge
la osamenta de una Esfinge
dispersada en un erial.»

La semejanza entre ambos poetas se evidencia en otra estrofa del mismo poema:

«¡Deja que incline mi frente
en tu frente subjetiva,
en la enferma, sensitiva
media luna de tu frente,
que en la copa decadente
de tu pupila profunda
beba el alma vagabunda
que me da ciencias astrales
en las horas espectrales
de mi vida moribunda!»



Juan Ramón Jiménez

Las horas cósmicas son más nocturnas que diurnas y el terror pánico, ante los abismos del ser y de la nada, nos asalta más de noche que de día. Hasta los dioses griegos, tan orgullosos y seguros de su luz, temían a la noche sagrada, y Homero llega a decir del rey del Olimpo: «Y Zeus tuvo miedo de la gran Noche que se abisma.» Como Lautréamont y Laforgue, Herrera y Reissig no pudo escapar del espanto y de la fascinación de la noche, y a ella le debe alguno de los versos más extraordinarios de la poesía modernista. ¿Cómo olvidar la visión fantasmal que aparece en «Color de sueño», el último soneto de la primera serie de «Los parques abandonados»?:

«Anoche vino a mí de terciopelo;
sangraba fuego de su herida abierta;
era su palidez de pobre muerta
y sus náufragos ojos sin consuelo.

Sobre su mustia frente descubierta
languidecía un fúnebre asfodelo.
Y un perro aullaba en la amplitud de [hielo,
al doble cuerno de una luna incierta.»

No he citado los tercetos porque el poeta explica en ellos la visión que lo asaltó en los cuartetos y, al explicarla, la destruye.

Después de «Los parques abandonados», después del mundo abstruso de la «Tertulia lunática», «Las clepsidras» y «El collar de Salambó», Julio Herrera escribe un largo poema, «Berceuse blanca», en el que, sin que ningún síntoma lo anunciara, cambia de tono y se entrega a la pura emoción lírica, cuya fluidez sentimental no se ve perturbada por las epilepsias mentales y verbales que solían sacudir su alma:

«¡Silencio, oh Luz, silencio! ¡Pliega tu [faz, mi Lirio!
No has menester de Venus filtros para [vencerme.
Mi pensamiento vela como un dragón [asirio.
Duerme, no temas nada. ¡Duerme, mi [vida, duerme!

¡Duerme, que cuando duermas sin fin, [bajo la fosa,
mi alma irá en los beatos crepúsculos [a verte,
y con sus dedos frágiles de marfil y de [rosa
desflorará tus ojos sonámbulos de [muerte!»

Al leer la «Berceuse blanca» parecería que Julio Herrera hubiera recuperado la salud. Prueba de ello es que se murió inmediatamente después de escribir el poema, cuando tenía treinta y cinco años. Matusalénica edad, si se la compara con las de sus dos misteriosos coterráneos y predecesores. Y no puedo terminar sin señalar el hecho de que estos tres hijos de la noche, nacidos en Montevideo, están separados casi por el mismo número de años: Lautréamont nació en 1846; Laforgue, catorce años después, en 1860; y quince años más tarde, Julio Herrera y Reissig, en 1875. Son tantas las coincidencias y las simetrías, que nos hacen sospechar la existencia de alguna ley nocturna, por la cual el encuentro de una máquina de coser y de un paraguas sobre una mesa de disección podría no ser fortuito, sino inevitable. — G. C.

REINAS DE ESPAÑA

desde Isabel la Católica hasta Victoria Eugenia de Battenberg

Oro de 22 quilates y plata 1000/1000 en lujoso estuche

Colecciones de 27 Acuñaciones, del tamaño de la onza y media onza española

Las colecciones en oro se pueden adquirir también por piezas sueltas

Anverso | Reverso



ISABEL LA CATOLICA
Reina titular de Castilla, casada con Fernando el Católico, rey de Aragón y compartiendo el trono "ex aequo" con su esposo hasta su muerte. Nació en 1451, murió en 1504



JUANA I "LA LOCA"
Reina titular de Castilla, casada con Felipe, Archiduque de Austria, I de España.
1479 - 1555



ISABEL DE PORTUGAL
Esposa de Carlos I de España, V de Alemania.
1503 - 1539



MARIA MANUELA DE PORTUGAL
Primera esposa de Felipe II.
1526 - 1545



MARIA TUDOR
Segunda esposa de Felipe II.
1516 - 1558



ISABEL DE VALOIS
Tercera esposa de Felipe II.
1545 - 1568



ANA DE AUSTRIA
Cuarta esposa de Felipe II.
1549 - 1580



MARGARITA DE AUSTRIA
Esposa de Felipe III.
1584 - 1611



ISABEL DE BORBON
Primera esposa de Felipe IV.
1602 - 1644



MARIA DE AUSTRIA
Segunda esposa de Felipe IV.
1635 - 1696

Anverso | Reverso



MARIA LUISA DE ORLEANS
Primera esposa de Carlos II.
1662 - 1689



MARIANA DE NEUBURG
Segunda esposa de Carlos II.
1667 - 1740



MARIA LUISA GABRIELA DE SABOYA
Primera esposa de Felipe V.
1688 - 1714



ISABEL DE FARNESIO, NEUBURG Y BAVIERA
Segunda esposa de Felipe V.
1692 - 1766



LUISA ISABEL DE ORLEANS
Esposa de Luis I.
1709 - 1742



MARIA BARBARA DE BRAGANZA
Esposa de Fernando VI.
1711 - 1758



MARIA AMALIA VALBURGA DE SAJONIA
Esposa de Carlos III.
1724 - 1760



MARIA LUISA DE PARMA
Esposa de Carlos IV.
1751 - 1819



MARIA ANTONIA DE BORBON
Primera esposa de Fernando VII.
1784 - 1806



MARIA ISABEL DE BRAGANZA
Segunda esposa de Fernando VII.
1797 - 1818

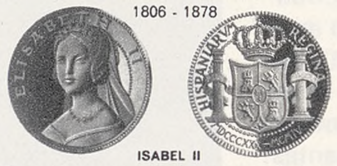
Anverso | Reverso



MARIA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA
Tercera esposa de Fernando VII.
1803 - 1829



MARIA CRISTINA DE BORBON
Cuarta esposa de Fernando VII.
1806 - 1878



ISABEL II
Reina titular, casada con Francisco de Asis, Duque de Cádiz. 1830 - 1904



MARIA VICTORIA DAL POZZO DELLA CISTERNA
Esposa de Amadeo I.
1847 - 1876



MARIA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y DE BORBON
Primera esposa de Alfonso XII.
1860 - 1878



MARIA CRISTINA DE HABSBURGO Y LORENA
Segunda esposa de Alfonso XII.
1858 - 1929



VICTORIA EUGENIA DE BATTENBERG
Esposa de Alfonso XIII.
1887 - 1969

LIMITACION DE LA EMISION PARA TODO EL MUNDO DE LAS COLECCIONES Y DE LAS PIEZAS SUELTAS

EMISION EN ORO DE 22 QUILATES 917/1000

- **Tamaño onza**

- 100 colecciones para todo el mundo, **en oro de 22 quilates**, numeradas y acompañadas por certificado de garantía que lleva el mismo número de la colección correspondiente. Cada acuñación pesa 27 gr. y tiene 38 mm. de diámetro.

AGOTADA

- **Tamaño media onza**

- 500 colecciones para todo el mundo, **en oro de 22 quilates**, numeradas y acompañadas por certificado de garantía que lleva el mismo número de la colección correspondiente. Cada acuñación pesa 13,5 gr. y tiene 27 mm. de diámetro.

EMISION EN PLATA FINA 1000/1000

- **Tamaño onza**

- 500 colecciones para todo el mundo, **en plata fina 1000/1000**, numeradas y acompañadas por certificado de garantía que lleva el mismo número de la colección correspondiente. Cada acuñación tiene 38 mm. de diámetro.

- **Tamaño media onza**

- 1000 colecciones para todo el mundo, **en plata fina 1000/1000**, numeradas y acompañadas por certificado de garantía que lleva el mismo número de la colección correspondiente. Cada acuñación tiene 27 mm. de diámetro.

(las colecciones en plata no se venden por piezas sueltas).

FABRICACION Y DISTRIBUCION A CARGO DE:

Acuñaciones Españolas, S.A.

CORCEGA, 282 - TEL. 228 43 09* (3 LINEAS) - TELEX 52 547 AUREA-BARCELONA-8

LAS VOCES Y EL SILENCIO

CARLOS OQUENDO DE AMAT

POCO más de cuarenta años recubren con sus cenizas el nombre y la presencia de Carlos Oquendo de Amat. Su vida fue como un sueño extinguido en la vigilia de sus contemporáneos; apenas lograron aprehender su figura incierta cruzando una de las épocas más ricas en contenido y experiencias de la poesía peruana. En Oquendo de Amat viven las actitudes de César Vallejo y Eguren, la realidad de un universo develado se hace en él contingencia vital, riesgo y magia, hasta su más indecible e indescifrable significado. La existencia misma de Oquendo de Amat es como un rodar lúdico, la tabla que rueda ciega de inconfesado azar.

La creación poética de Oquendo de Amat se mueve entre esos dos cauces: Vallejo y Eguren, que, como hemos indicado, la trascienden y dinamizan. De Vallejo extraerá la fuerza y la ruptura con el formalismo modernista y de Eguren la magia de la imagen surgida de la reinvención del lenguaje; la palabra rompiéndose en multitud de hallazgos, por la sola mecánica de su propia autonomía.

La obra poética de Oquendo de Amat es breve. Se reduce a sus *Cinco metros de poemas*, 1929. Así tituló su único libro, que tampoco era libro, sino eso, cinco metros de poemas. En su poesía el surrealismo es más un latigazo que su autor sufre en carne propia, que el juego de la búsqueda por el encuentro en sí. La afinidad más próxima en la experiencia poética la podríamos encontrar en su compatriota y contemporáneo Emilio Adolfo Westphalen, ese otro experimentado del símbolo y la palabra.

Pero estas semejanzas se producen solamente en el hecho poético; en lo biográfico los hechos experimentan un cambio rotundo: la vida de Oquendo de Amat es la sorda tragedia de una existencia que sólo concluirá con la muerte. La muerte de este poeta peruano será un cerco de rostros desconocidos y, tal vez, el recuerdo



de su tierra natal, como un alto muro de silenciosas imágenes. Un paisaje mudo traspasado por la distancia inquebrantable del rememorar a solas.

Podríamos decir que Oquendo es poco conocido de los escritores españoles, no obstante haber muerto en España. Esto paradógicamente, le confiere en última instancia una personalidad múltiple y sin fronteras. Su muerte ocurrió el año 1936, un año que es para España una inmensa estela funeraria de muertos anónimos, de seres unidos por el silencio a una tierra que acoge y hermana en la desgracia.

La circunstancia de su desconocimiento entre los españoles no puede ni debe sorprender si pensamos que durante más de cuarenta años Carlos Oquendo de Amat no significó entre sus compatriotas otra cosa que el olvido. El exilio se ensañó en él...

Las primeras referencias que devuelven su nombre son las que de él hiciera en un prólogo el novelista Mario Vargas Llosa. Pero el esfuerzo definitivo por recuperarlo de las sombras podríamos decir que se debe a las generaciones más recientes de la poesía peruana o más genéricamente de las últimas generaciones de escritores. Durante largo tiempo, el escritor peruano Coco Meneces, que ha escrito un libro sobre Oquendo de Amat, trata de recomponer los últimos años del autor de *Cinco metros de poemas*. No fue éste un trabajo fácil. La figura de Oquendo en España es una sombra que aparece y se esfuma. Es en Madrid donde se le ve por última vez. Después su rastro se pierde definitivamente. A los esfuerzos de Meneces se suman los de otros poetas: Arturo Corcuera y Antonio Cilloniz, que van armando un rompecabezas lleno de vaguedades hasta dar con el lugar de su muerte. Esta había ocurrido el año 1936, en plena guerra, en un sanatorio de Navacerrada para tuberculosos. Allí, a los pocos días de llegar, moría Carlos Oquendo de Amat. Su muerte estuvo cercada por el desconocimiento y la soledad.

Hasta este punto reconstruyeron los últimos días de Oquendo las averiguaciones... quedaba por saber el destino último de sus restos mortales. Los que se habían propuesto desentrañar el misterio que rodeaba la muerte de este poeta no descansaron en su empeño hasta dar con un anciano que había sido enfermero en el sanatorio, quien, por los datos que se le aportaron, dijo haberlo conocido. Oquendo de Amat, no había sido enterrado en una fosa común, como se creyó en un principio. Después de un sinnúmero de comprobaciones se halló el túmulo en la parte antigua del cementerio de Navacerrada. Hoy existe en el lugar una piedra que recuerda su nombre, que, poco a poco, nuevamente va volviendo al olvido.—Galvarino PLAZA.



SENTARSE a hablar con Rosa Chacel es casi como tener presente tres cuartos de siglo dedicados al quehacer literario en vivo, y muchos más de trabajo y estudio.

«La literatura es la realidad indiscutible de mi vida, incanjeable.» Mujer profundamente autodidacta —sólo pisó la Escuela de Bellas Artes— hereda directamente de su tiempo un rico caudal: Baroja, Valle-Inclán, Gómez de la Serna, Machado, etc., al par que lo conjugaba con sus primeras lecturas extranjeras: Dostoiewski, Balzac, Joyce.

—*Mis padres tenían un profundo amor por la literatura y nunca se opusieron a esta vocación que en mí iba naciendo. De pequeña, estando enferma, ambos teatralizaban las obras de Zorrilla (que era tío-abuelo mío) para mi regocijo y, sobre todo, me acercaban sin darme cuenta a lo que sería mi trabajo y mi vida.*

Sus ojos, que han visto muchas tierras, siguen siendo inmensamente jóvenes, despiertos.

—*Tras seis años en Roma, aparece mi primera novela: «Estación, ida y vuelta». Estamos en 1930. Los cuatro años siguientes no ven ni una sola línea mía y difícilmente podría explicar por qué. Será en 1936 cuando dé a la imprenta mi único volumen de poemas: «A la orilla de un pozo». ¿Que por qué no he escrito más? Pues porque mi formación se había hecho en la poesía clásica y esto me alejaba de la poesía joven de mi momento.*

En el prólogo a su novela *Teresa* (1941) dice textualmente: «Mi generación encontraba una carga negativa: la aversión a la literatura del siglo XIX. El rechazo, el divorcio que existía entre aquel mundo y el nuestro era un abismo de desprecio y burla.»

—*Unamuno, Baroja, Valle-Inclán y Gómez de la Serna, con ser unos maestros, teníamos que ir por ellos de paso, sobre todo por los tres primeros. En 1922 aparece la traducción española del «Retrato del artista adolescente». Esta admirable obra de Joyce marcó en mí una decisión clara para la narración.*

Como es sabido, Rosa se exilia a causa de nuestra desgraciada guerra civil. («No me ocupé nunca de política, pero siempre me consideré al lado de los republicanos. Sabía que peligraba mi vida y por eso decidí marcharme»). El exilio rompe toda posibilidad de acercamiento entre escritores de una misma área, destroza los grupos —así *Revista de Occidente* donde fue colaboradora— para forzar un fenómeno individual de producción artística. Luego de París y Atenas, estancias cortas, Rosa alternaría su vida entre Buenos Aires y Río de Janeiro. Poco a poco irán apareciendo: *Memorias de Leticia Valle; Sobre el piélago; La sinrazón; Ofrenda a una virgen loca; Icada, Nevda, Diada; Saturnal.* Hoy por hoy espera con ilusión la salida de



ROSA CHACEL

EL CONSTANTE REDESCUBRIMIENTO

Por
JORGE A. MARFIL

su último libro, *Barrio de maravillas.*

«BARRIO DE MARAVILLAS»

—Se germinó en 1908 o 1911. En este barrio viví tres años y mi fidelidad a aquel lugar hacía que lo prolongase hasta donde alcanzara mi fantasía. No es una autobiografía en su sentido estricto. Al afrontar este relato, trayendo a la memoria aquella etapa que era la despedida de mi infancia, veía tiempo y lugar como un cuadro en el que el movimiento y la extensión duraban —traduciendo el término bergsoniano— y emitían un tono que yo, desde mis casi treinta años, contemplaba y consideraba compasivamente. Se estructura en Roma, en el veintitantos, y para evocar aquellos años me obligué a rehacer aquel universo en toda su inocencia (Rosa llama inocencia, de forma espléndida, al «vivir absolutamente desprevenido»).

Muchos años en Hispanoamérica le llevan a conocer a todos sus escritores cuando aún en España eran desconocidos.

EL JOVEN CORTAZAR

—Admiro a Güiraldes y a Borges. De los jóvenes (Rosa llama «joven» a un sexagenario) creo que la avanzadilla está en Cortázar que es, en consecuencia, quien más me interesa. (Le traigo a la memoria el nombre de Girondo y me confirma, lastimosamente, que sigue siendo poco conocido.)

Rosa escribe para sus amigos, para ella y «porque me da la gana». Su juventud presente está llena de trabajo: traducciones y lecturas a un ritmo que daría envidia a cualquiera.

Fiel amiga de sus amigos, su charla y su sonrisa son un aluvión de afecto que sabe mezclar con un profundo conocimiento del quehacer literario («Con vosotros los jóvenes soy una crítica terrible»). En la actualidad, su nombre se va situando en ese importantísimo lugar que le corresponde. Mi última pregunta va destinada a saber los pasos por los que ha ido discurriendo su redescubrimiento.

—Volví en 1962 por primera vez. Fue entonces cuando se publicó la segunda edición de mi novela Teresa. *No hubo comentarios. Dos años después recibo carta de Ana María Moix quien me había conocido por medio de ese gran amigo y descubridor en España que ha sido Pedro Gimferrer. En 1971, y por una estancia de dos meses, conozco a Félix Grande, quien hace publicar* La Confesión. *Al par, y en Barcelona, salen a la calle* Icada, Nevda, Diada *y* Saturnal.

Recuerdo, de pequeño, que cuando leía las listas de famosos huidos a causa de la guerra, siempre encontraba el nombre de Rosa Chacel. Hoy está ya, afortunadamente, entre nosotros.— ■

Los Libertadores en



SI el Retiro es el Parque más augusto y lírico de Madrid, el del Oeste, el que le sigue en extensión e importancia, es el Parque mejor preparado para ser escenario de las comedias sentimentales y de las doloras del alma. Lo fundó en 1901 don Alberto Aguilera, aquel alcalde ilustre de Madrid que se distinguió por su bondadoso carácter, su obesidad poltrona, su barba apostólica ortodoxa y su valencianismo propicio a contemplar panoramas luminosos en torno suyo. Lo fundó durante el primer período de su mandato en la alcaldía de la Villa y Corte y lo terminó, en 1906, durante su segundo mandato. Inolvidable obra la de don Alberto. El Parque del Oeste, que se reclina suavemente sobre el norte del entonces «finibus terrae» de la capital, tiene una geografía comprometida con una geometría sacada de quicio. Juega a los altos y a los bajos; a los senderos serpentinos y a los paseos combos o gambos; a los regatos pastoriles casi neoclásicos, con meandros y cascadillas artificiales; a los grupos alfiles de chopos y álamos; a los ramos prietos de adelfos y magnolios; a las laderas limpias y escurridizas de césped recién pintado por el arco iris de las mangas de riego.

PENSATIVAS SOLEDADES

Entre las frondas de La Moncloa, la Ciudad Universitaria y el Paseo de Rosales nació con una extensión de ochenta y cuatro hectáreas (en 1967 se le sumaron 51.000 metros cuadrados, bajo la Montaña del Príncipe Pío —que hoy presume, porque puede, y con razón, de su fantasmagórico y varias veces milenario templo egipcio de Debod— y que son la Rosaleda más extraordinaria y mejor armonizada en colores y aromas que existe en el mundo que me es conocido y que, todo hay que decirlo, no resulta demasiado grande pedazo del mapamundi). Ocupa, y sigue ocupando, los terrenos altozanos y derrumbados sin escándalo que fueron del Arroyo de San Bernardo, más famoso por las anfractuosidades que por los fluidos caudales de agua ferruginosa.

El Parque del Oeste es lo que se dice un Parque *señor*, que colecciona balcones descubiertos y secretos miradores para contemplar desde ellos los crepúsculos vespertinos más hermosos y variados y hasta inverosímiles, especialmente pintados por Dios para Madrid y que supo entender y copiar como nadie el genio de don Diego Velázquez. En el Parque del Oeste el amarillo otoñal desorienta al oro, y el verde primaveral empalidece la esmeralda.

El Parque del Oeste se ha especializado en los contraluces y en las penumbras de la magia, en las soledades pensativas y en los silencios sonoros; y se muestra francamente amable con los idilios románticos sin excesivo sobeteo y con limpios besos de los que encalidecían con fervor las rimas de Bécquer; y se resigna bondadosamente

el Parque del Oeste

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

con los juegos bobitos de los niños paliduchos y con desgana de merienda.

Entre los años 1906 y 1936, el Parque del Oeste, aparte su monumental y exquisita arquitectura vegetal, tuvo tres monumentos de alguna importancia y una docena de bustos, sobre modestos plintos, colocados al margen de sus caminos. El más importante de los monumentos fue el dedicado (con dedicación nacional) «a los soldados y marinos muertos en las campañas de Cuba y Filipinas». Su altura era superior a la de los pisos más elevados de la Puerta del Sol y estaba rematado por una figura alegórica —entreverada de ángel y musa—. Sobre una plataforma circular, un templete con entrada a una cripta; entre las columnas del templete, leones de mayor tamaño que los que prestigian la entrada de las Cortes Españolas, sosteniendo con sus garras escudos con los nombres de *Caney*, *Baler* y otros lugares donde se desarrollaron las batallas más importantes de aquellas guerras; sobre las columnas, de ocho metros de altura y setenta centímetros de diámetro, un entablamento octogonal de cuatro lados grandes y cuatro menores, y en éstos, con dorada grafía, nombres entrañables para los españoles: general Santocildes, general Liniers, general Enna, general Vara del Rey, coronel Rotger, coronel Baquero, teniente coronel Martínez Morentín, Villamil, Eloy Gonzalo... Coronando el entablamento un enorme globo terráqueo de quince metros de circunferencia que parece una cúpula... En el centro del templete, un grupo que medía tres metros y medio de altura y que componían la figura de una matrona: España, sosteniendo en sus brazos (con algo de la Piedad de Gregorio Hernández) a su amado hijo: un soldado muerto... sin nombre y sin gloria que llevar a su anonimato.

Este grandioso monumento se alzaba en el esquinazo, casi al noroeste, de los dos principales paseos bajos del Parque, allí confluentes, como Duero hondo y Pisuerga ancho, buscando las más prietas alamedas y choperas. Este simbólico grupo escultórico, dedicado a «Juan Soldado» y a «Juan Marinero», fue obra del arquitecto Belmás y del escultor Pola; obra, por supuesto, gratuita y a mucha honra de los artistas.

Otro monumento, mucho más grandioso, se levantó a gran distancia de aquél y ya en la parte alta del Parque, hacia la Ciudad Universitaria. Estuvo dedicado al insigne doctor y filántropo don Federico Rubio y Galí, y era obra del escultor Miguel Blay. Un semicírculo marmóreo cierra el monumento. En el centro de éste, sobre una alta peana, sentado en un gran sillón, en cuyos brazos descansan los del célebre fundador del más importante Instituto de Cirugía de la España de entonces. Una como toga cubre las rodillas de don Federico, ya anciano, con unas largas barbas como las del Moisés de Miguel Angel. Ante él, un grupo de bronce simbolizaba a la Humanidad y a las generaciones sucesivas representadas por una joven y bella mujer, que abraza a un niño y ofrece un ramo de flores al vagamente distraído, o ensimismado, glorioso representante de la medicina española.

FUENTE Y FAMA

Pero antes de que alguien pudiera reprocharme el olvido, diré que a la entrada del Parque, bajado el ancho paseo, desde el de Rosales, a mano izquierda, durante la segunda República Española, obra excelentísima del escultor segoviano Emiliano Barral, se inauguró un sencillo monumento al líder socialista don Pablo Iglesias, muerto años antes, y considerado como el «patriarca» del socialismo español.

Y un notición más: en la misma entrada del Parque, como dándole el franqueo más netamente madrileño, durante años, centrando una grande plazoleta, estuvo la archifamosa *Fuente de la Fama*, obra del magnífico artista madrileño dieciochesco Pedro de Ribera; fuente que antes estuvo en la Plazuela de Antón Martín, más tarde, dicho está, en este lugar. Providencialmente esta admirable obra de arte fue desmontada y trasladada a la hoy Plaza de Pedro de Ribera. Fue, sí, como una providencial huida... del muy próximo desmoche y pulverización que triturarían el Parque del Oeste las brutales explosiones de nuestra guerra de Liberación. Porque triturado, pulverizado, arrasado quedó el Parque, los tres monumentos a que me he referido y... los varios bustos, sobre modestos plintos, que eran retratos de jefes y oficiales muertos en Africa, durante las guerras frecuentes desarrolladas en los territorios de nuestro Protectorado en Marruecos. Sencillos homenajes a sencillos héroes.

Quiero, ahora, sentar la afirmación de que al gran monumento a los soldados y marinos españoles muertos en las guerras de Cuba y Filipinas, las últimas y muy amadas hijas que se emanciparon a España por desdicha (con sangre y estérilmente, con malos modos y recuerdos irritados, con agravios y reconcomios mutuos) fue, en este bello y romántico Parque del Oeste, como *el anuncio sensacional* de que en él, muchos años después, renacería el amor materno y filial, cuyos testimonios más decisivos serían la erección en este Parque del Oeste, precisamente Oriente de nuestra América (de sangre, de habla, de cultura, de religión) de los monumentos dedicados a los libertadores de aquellas tierras.

Terminada nuestra guerra (1936-1939), una habilísima operación, muy larga, muy lenta, muy meticulosa, muy artística operación de cirugía estética, devolvió —¿y... acrecentó?— al Parque del Oeste todas ▶

La estatua ecuestre de Simón Bolívar, en el Parque del Oeste de Madrid.



el Parque del Oeste



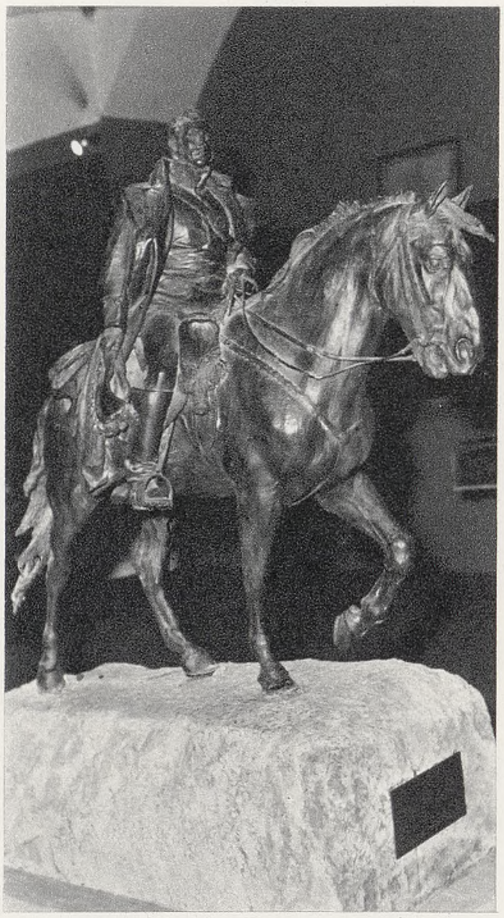
sus hermosuras: plazoletas, paseos y senderos; choperas, alamedas, fresnedas, pinares, platabandas de magnolios y adelfos; arroyo zigzagueante y tropezándose de cascadilla en cascadilla; pequeños monumentos: a Concepción Arenal, al Maestro, la gran cabezota del Goya de Juan Cristóbal, que estuvo, como en un plato la de Juan Bautista, sobre el plato peana entre las dos ermitas de San Antonio, la de joyería y la de bisutería, pero gemelas de líneas y de bovedillas... Sí, sí, cierto, y sin haber perdido sus maravillosos balcones descubiertos y sus secretos miradores a los crepúsculos los que la guerra no pudo siquiera agrisar, ennegrecer, convirtiéndolos así de aptos para Velázquez en aptos para el Greco... Es decir: el incomparable telón de fondo —jamás se pintó otro más sugestivo y sugerente para las almas dolientes— del que Madrid se siente, con plena justicia, tan orgulloso, como dueño de una joya, arrancada a los juegos mágicos del iris, que no puede repetirse.

ROSARIO DE NOMBRES

Por amor, sólo por el amor exigido por la sangre, España y sus hijas emancipadas de América, se reencontraron y se alianzaron, ya para siempre sin legítimas ni otros derechos que recibir o disputar, a los muy pocos años andados del presente siglo. Y la Madre empezó por hacer rosario de nombres inolvidables en sus parques y en su urbano callejero de lujo. Pero faltaba *ese detalle* esencial en la reconciliación que exigía de la Madre una más amplia generosidad: el perdón de aquellas criaturas —admirables para sus liberadas patrias— que habían contribuido, a sangre y fuego, a la efectividad de las emancipaciones filiales. Todos cuantos me leen habrán adivinado que aludo a los libertadores de

las tierras hispanoamericanas. Sí, para la Madre Patria lo más difícil *de digerir* (y perdóneseme esta vulgar expresión, en gracia de su realismo) era el perdón incondicional de aquellas criaturas (de su sangre, de su habla, de sus apellidos, de su cultura, y hasta, algunas, de sus propias guerras contra la invasión napoleónica, jefes y oficiales de sus ejércitos, con jura de sus banderas y de sus leyes castrenses, nuevas aunadoras, siempre por el amor de la sangre por causas de amor jurado ante los altares españoles), que, en momentos críticos para ella, fundadora excelsa de mundos, había tenido que repudiar con energía, como se repudia al seductor que hace la felicidad y la libertad de la seducida hija; criaturas llamadas, para la gloriosa eternidad, Simón Bolívar, José de San Martín, José Artigas, Bernardo O'Higgins, Antonio José de Sucre, José Martí, Agustín Itúrbide, Francisco de Miranda, Miguel Hidalgo, el filipino José Protesio Rizal y tantos otros... A pasar y digerir este trago amargo, justo es recordar que han ayudado a la Madre España sus propias hijas emancipadas, con gestos de solicitud amorosa difícilmente mejorables...

Primero, Argentina, después Venezuela, más tarde Uruguay... Cada una de estas hijas dueñas ya de sus propios destinos, pero *precisamente por esta causa* sin presión, ni designios ajenos al amor, para su espontáneo obrar, han ido consiguiendo que España no sólo se enorgulleciera de ellos (que tal enorgullecimiento ya le era sello marcado a fuego en el alma, aun sin llevar este orgullo a los labios por prurito del otro amor: del propio) sino que aceptara de bonísima gana exhibir abiertamente su reconocimiento a la gloria de los libertadores. Y para misión tan maravillosa, ¿a quién iba a encomendar España su realización mejor que a su propia capital, tantos siglos demostrando su nobleza y su magia para serlo, en el mismo centro de la milenaria «piel de toro»? Y Madrid, sencillo y alegre, elegante y campechano, ofreció uno de sus mejores y más bellos y más señores de sus escenarios: el Parque del Oeste, para que entre sus frondas y sus caminos y sus colecciones de luces y piedras preciosas, se levantaran, al aire y orgullo de su inolvidable ejemplaridad, las estatuas de los libertadores..., regaladas a la Madre Patria por cada una de sus hijas de América.



Sobre estas líneas, el general San Martín, obra del escultor Mariano Benlliure. En la página anterior, el monumento a José Artigas, situado en el Parque del Oeste.

DESFILE ECUESTRE

La primera en enviar su precioso regalo fue la Argentina, la cual, en 1960, ofreció a Madrid la réplica de la estatua ecuestre de José de San Martín que se levanta en la Plaza de San Martín, de la ciudad de Buenos Aires, obra de un artista francés: M. Daumas. Estatua muy bella: San Martín sobre un caballo esbeltísimo en arriesgada corveta, aprendida del helénico Pegaso. El general viste uniforme, cubierto por el bicornio romántico, enfundada la espada, la mano diestra señalándo... ¿por qué no a la España que ya le había glorificado como héroe de sus ejércitos? En el frente de la alta peana, una sencilla placa, parca en palabras: «La Patria al general don José de San Martín en el sesquicentenario de mayo»... En la placa lateral derecha, una muy movida escena representativa de *La carga del escuadrón Borbón en Bailén*, en la cual, a las órdenes del glorioso general Castaños, San Martín se cubrió de gloria netamente, épicamente española. La placa es obra del escultor español Agustín de la Herrán Matorras, descendiente de un hermano de la madre del libertador argentino. En la placa de la izquierda, también en bronce, obra del escultor argentino Luis Perlotti, otra movidísima escena: *El paso de los Andes* por el general y su ejército, San Martín a lomos de una mula, rememorando el mismo gigantesco, titánico episodio de nuestros conquistadores del siglo XVI... Este monumento fue inaugurado a las once de la mañana del día 25 de mayo de 1961, en su ideal emplazamiento: entre las lanzas vegetales y poéticas de olmos y álamos, frente al Arco de la Victoria... El seductor ejemplo de la Argentina lo repitió, nueve años después, Venezuela, regalando a Madrid la bella estatua ecuestre de Simón Bolívar, obra del escultor español Laíz Campos. En ella se representa al Libertador a caballo reposado, embutido en su uniforme de general de los ejércitos libertadores; con su mano derecha saluda en gesto de insuperable nobleza; con su mano izquierda tensa las bridas de su cordel. Al frente del pedestal, la siguiente inscripción: «Simón Bolívar, Libertador de Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador, Perú, Bolivia»... En torno al Caudillo, los nombres de las batallas decisivas: Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín, y Ayacucho... El monumento recordatorio quedó inaugurado el 28 de octubre de 1970, con idénticos entusiasmo popular y ceremonia oficial con que lo fue el de San Martín. Como nota curiosa añadiré que su emplazamiento es el mismo, empinado y bien entornado de altos álamos y de cambiantes luces velazqueñas, que tuvo, antes de 1936, el grandioso monumento dedicado a los soldados y marinos españoles muertos durante las guerras de Cuba y Filipinas, liquidación trágica de nuestras tierras de Ultramar...

Y apenas ayer, terminando el año 1975, en el mismo Parque del Oeste, próximo al monumento ecuestre del general San Martín, donado por la República del Uruguay, se inauguró el monumento a José Gervasio Artigas, obra bella y sencilla del escultor Juan Luis Blanes. Este libertador, nacido el 19 de junio de 1764, fue hijo de Martín José, «el criollo», hijo a su vez del aragonés Juan Antonio Artigas y de la uruguaya Ignacia Xaviera Carrasco... Este libertador está representado a pie, en traje de guerrillero campesino; en su mano derecha, el sombrero, su mano izquierda caída naturalmente; sobre su hombro zurdo, la capa doblada... Y me permito sugerir que su figura, que su rostro noble, que su atuendo campesino, que su actitud campechana, recuerda algo a la del famosísimo alcalde de Móstoles, quien, sin merma de su naturalidad y de su sencillez, no tuvo empacho a erigirse en uno de los libertadores españoles que lucharon contra Napoleón, precisamente en 1808, cuando los libertadores americanos iniciaron su gesta...

Ya tenemos, pues, en el Parque del Oeste, los retratos recordatorios de tres de los más egregios libertadores de la América Española. Y yo pregunto: ¿por qué no han de unirse a estos retratos —en bronce o en mármol, obras del arte de amor— los de los restantes libertadores: el inefable y enternecedor Rizal; el poeta grande y grande hombre de bien, amador permanente de España, José Martí; el fiero y austero Itúrbide; el humanísimo y gran mariscal de Ayacucho, Antonio José Sucre; y cuantos libertadores emanciparon sus tierras sin odio para España y hasta con un permanente fervor y con una permanente nostalgia de ella? Todos ellos sean bienvenidos a este Madrid, crisol de las Españas, que se honrará con señalarlos como a sus propios hijos más gloriosos, de cualesquiera de sus épocas... Y yo lanzo una nueva pregunta: ¿por qué este hermoso Parque del Oeste no ha de convertirse en «Parque de los Libertadores» de sangre hispana?—F. C. S. R.

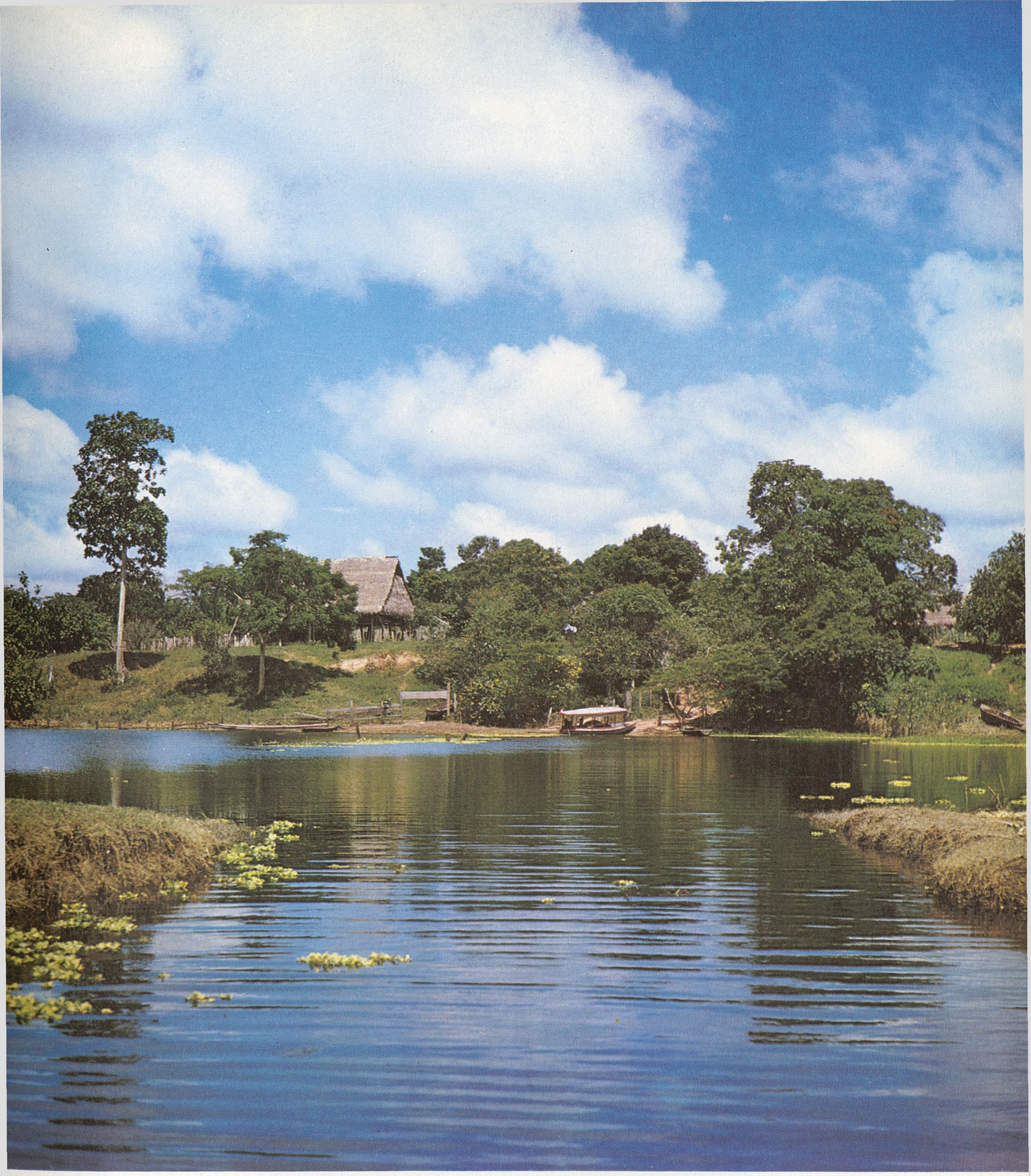


el amazonas
INMENSO CAUDAL DE VIDA
CRONICA DE UNA AVENTURA

LA aventura de Eldorado arrastró —como a tantos otros—, a un Gonzalo Pizarro, entonces afanado en la búsqueda del llamado «País de la Canela»; pero fue uno de sus oscuros capitanes, Francisco de Orellana, quien, desobedeciendo órdenes, y no siguiendo más dictámenes que los de su corazón, ni más inclinaciones que las naturales, recorre el Amazonas y llega —tras penalidades sin cuento, y sin avistar la más leve partícula de oro—, a la desembocadura, al destino final de este gran manantial de agua: el océano Atlántico.

Era ésta la tercera de las expediciones que se introducía en las selvas de Oriente. En 1538, Gonzalo Díaz de Pineda, también capitán, lo intenta por primera vez; llegaría sólo al volcán Sumaco. Al año siguiente, una nueva tentativa profundiza hasta la región de Baños. Pero es sólo con el tercero de los expedicionarios, Gonzalo Pizarro, bien equipado, y mejor dispuesto (tanto que está seguro que llevará la empresa hasta sus últimas consecuencias), cuando la flecha da en la diana, si bien el brillo, el lustre de la operación, es para un Orellana que tiene tanto de visión histórica como tenaz es su espíritu.

Llegados al río Coca, vieron los expedicionarios la imposibilidad de continuar por tierra, y así construyen una embarcación capaz para



sesenta personas que Pizarro pone —en lo que será su último acto de gobierno—, al mando de Orellana. Este, cada vez más entusiasmado con la idea, sigue el curso del Coca y llega al Napo; nada le detiene. Luego, como el regreso es difícil, y la corriente fuerte..., decide seguir, hasta que el sabor del agua deja de ser dulce para convertirse en salada. Pero antes (imponderables del viaje), han de quedar en la ribera —que no cuneta—, expuestos a toda clase de ultrajes y peligros, los «descontentos» que son los que siguen —al pie de la letra—, las instrucciones de Pizarro.

Por su lado, una vez que Orellana ha hecho del Amazonas «cosa» suya, en lo único que —ya— no piensa, tripulación incluida, es en volver para decirle a Pizarro que la aventura ha sido un éxito. Descontada, pues, la idea de remontar el río (trabajo que supondría más de un año, y entrañaría problemáticas consecuencias), reclama Orellana para España aquellas tierras y aquellas aguas y un nuevo galardón va a adornar el escudo de la Corona española: se ha descubierto —y navegado—, el río más largo del mundo.

Pizarro (don Gonzalo), cansado de esperar, emprende por fin la búsqueda de Orellana. Después se entera de que su capitán ha ido a dar la nueva a España. Pero no es la única fatal noticia que recibe en



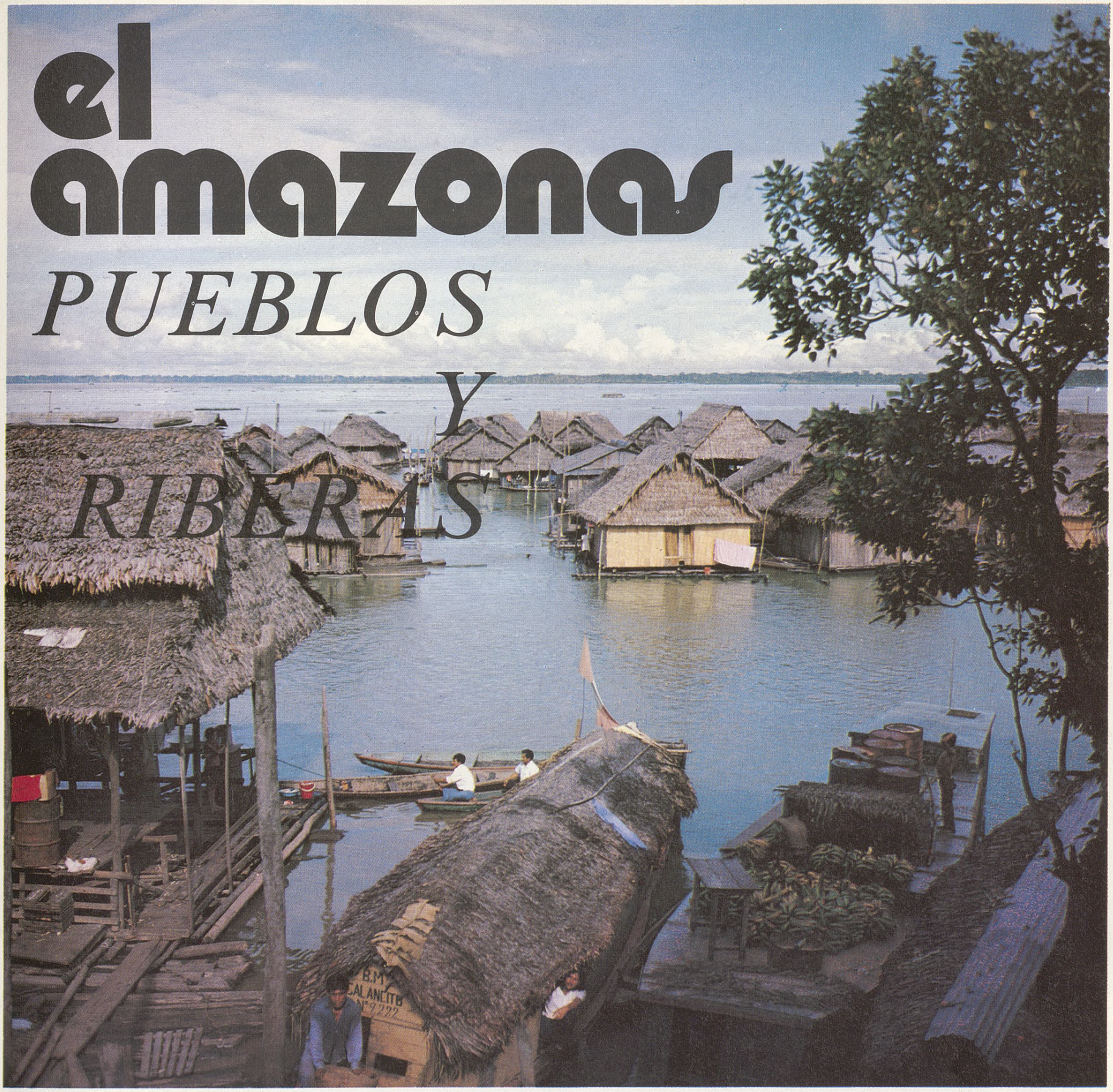




el camino: su hermano Francisco ha sido asesinado, Juan Pizarro ha muerto en una batalla, y el «retrato de familia» se completa con un Hernando Pizarro que queda prisionero en España... Sin embargo, no todos los sinos son trágicos; ni todos tienen la misma «mala suerte». Porque dos ciudades, una en Ecuador, y otra en Perú, llevan el nombre de Orellana; y bustos, o monumentos suyos, hay en Limoncocha (Ecuador), y en la confluencia del Napo con el Amazonas... Y luego, las historias y los fastos que Orellana, una vez en su patria, deja a su paso; porque Orellana cuenta y no para...; ha visto —y ha luchado—, con tribus de mujeres en pugna que está dentro de los más ortodoxos cánones de las leyendas griegas. Y como obras son amores, los 6.280 kilómetros de Amazonas, pasan pronto a la actualidad mundial; poco a poco va valorándose el esfuerzo; un esfuerzo que inmortaliza a sus autores.— ■

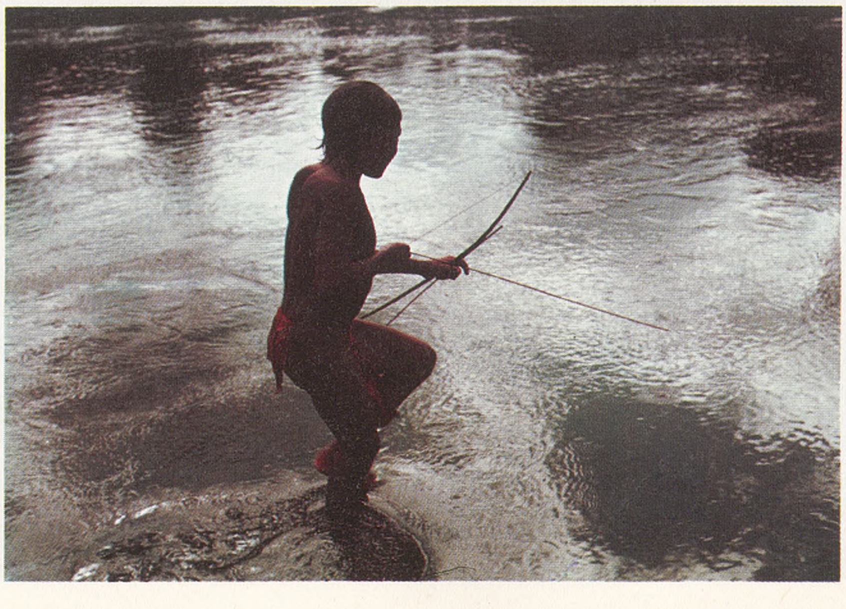
Las márgenes del Amazonas son capaces de finas tonalidades donde no falta la nota exótica (arriba), del tucán en su rama. Abajo, y a la izquierda, sobre el poblado, la serenidad de un día que se acaba. A la derecha, el principal vehículo de locomoción de estos parajes, la canoa.

el amazonas
PUEBLOS Y RIBERAS

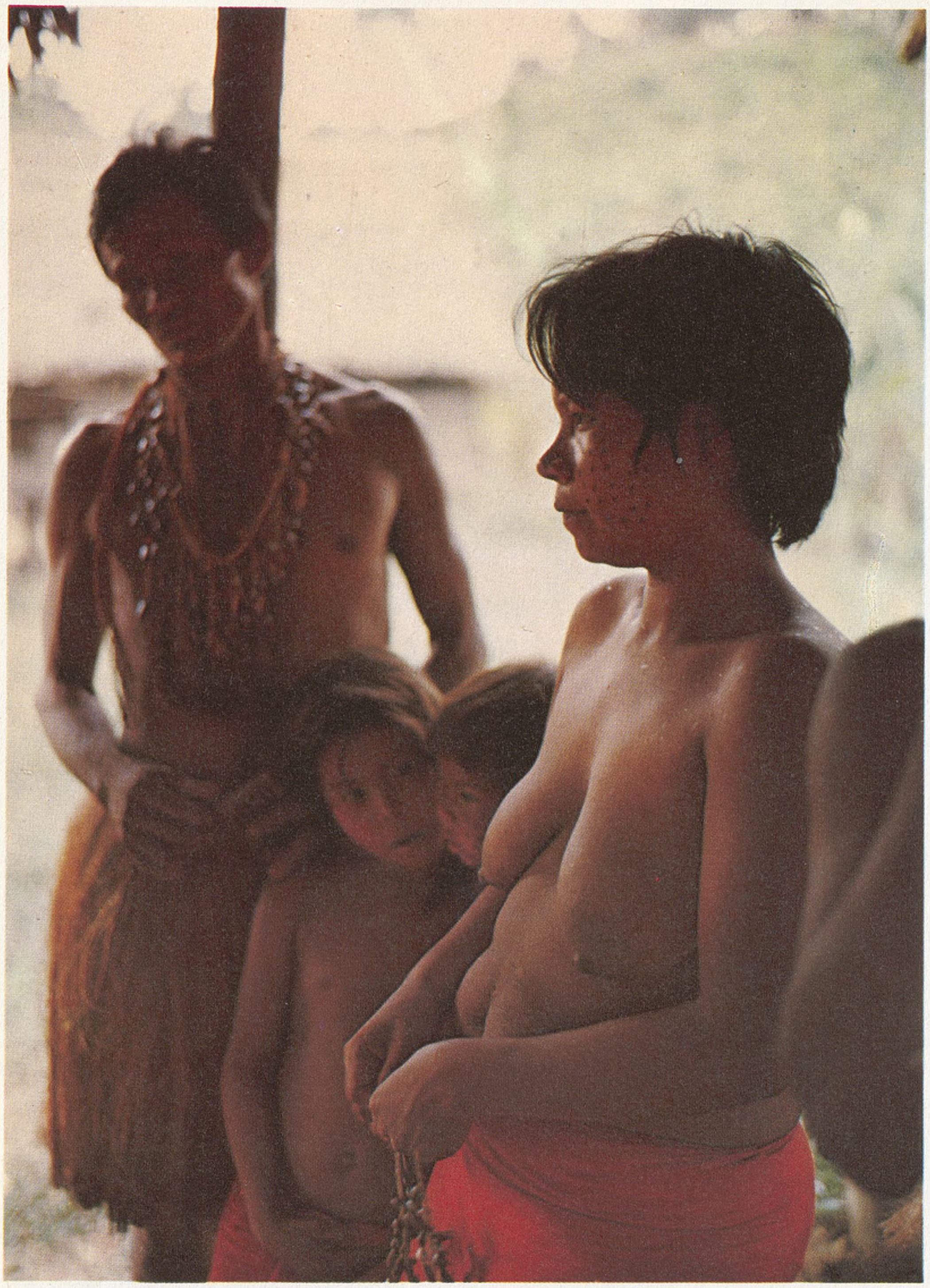


Calles de agua, pesca con arco: dos modos de entender la vida.

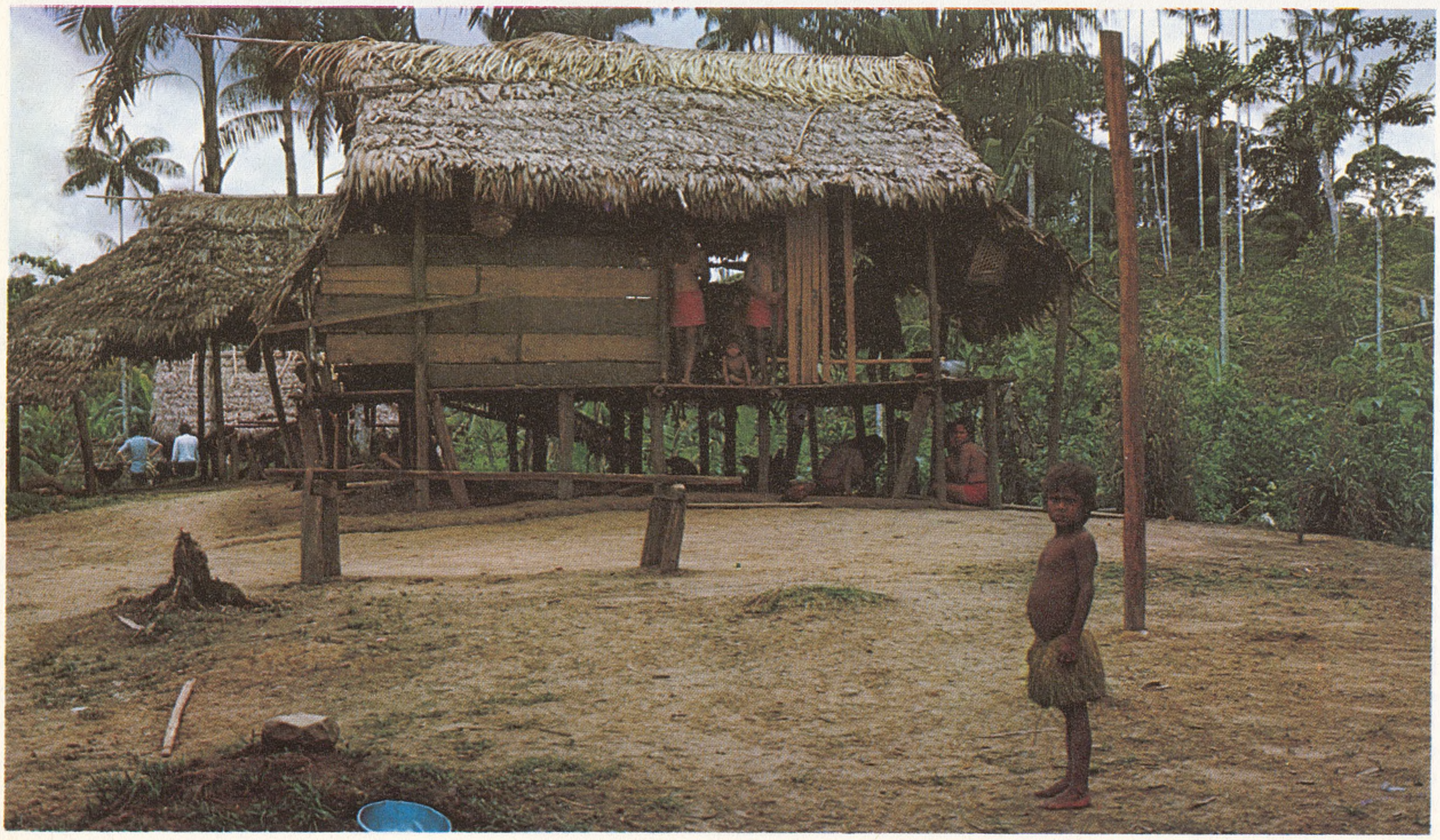
HOY, más de 500 grupos indígenas viven en el río Amazonas, la larga «lengua de agua», que atraviesa nueve países americanos. No obstante la fuerza que en nuestra época tiene la tecnología y su influjo, las costumbres de estos grupos étnicos no han cambiado, o lo han hecho muy poco. El mundo, en otras latitudes, se puede «caer»; pueden reventar toneladas de tierras, abrasadas por la potencia de muchos megatones, que nada, o muy poco, conmoverá la placidez natural de estos habitantes del Amazonas. Pescando, cazando y cultivando las parcelas que a ellos sólo pertenecen, las diferentes tribus que pueblan este río, el más caudaloso del mundo, llevan una existencia entre secular e «innovadora»; entre perenne y evolucionadora, en una escala de cambio sólo como la Naturaleza y las costumbres ancestrales de estos pobladores pueden ofrecer.



Los indios yaguas viven cerca de la frontera que separa el Perú del Brasil. Están rodeados por todas partes de selva amazónica. Viven, duermen y aman en chozas de yerba. La jornada, para los indios yaguas, empieza con la salida del sol. La mujer, directamente hacía la cocina, prepara el fuego, mientras las niñas cogen madera seca y vigilan a los miembros más pequeños de la familia. Luego, y una vez todo preparado para la comida, los plátanos y el trigo constituirán el principal ingrediente alimentario. A todo esto, los hombres y los niños permanecen dormidos; sólo con el olor —estimulante olor que de la cocina procede—, despertarán; y primero los hombres, y las mujeres después, ingerirán la parte que ▶



Las familias, formando una unidad en torno a la vivienda.

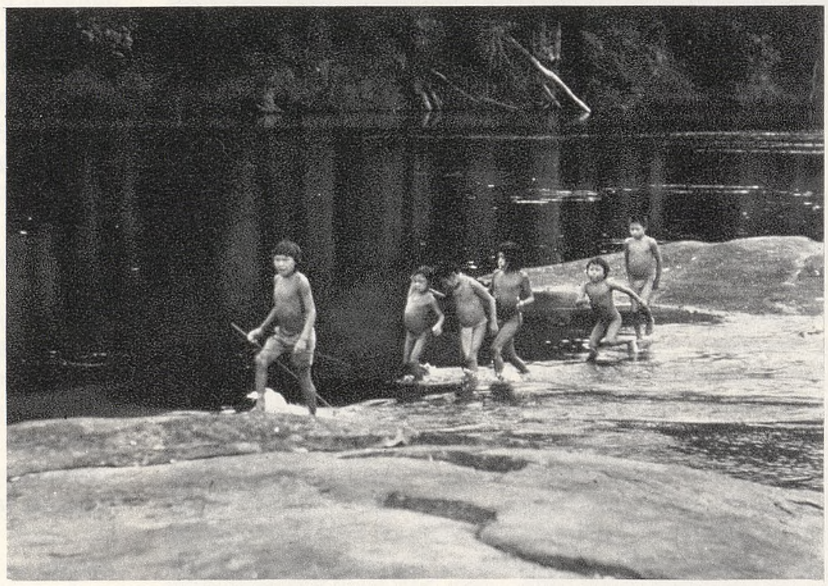




les corresponde. Después de haber comido, la vitalidad, la virilidad de los miembros activos de la tribu entra en danza: se prepara, ya, un largo día en el que la caza será el principal de los atractivos.

A dos millas de la ciudad de Leticia se encuentra el poblado indio de los tukunas, célebre por los preparativos en torno al ritual que acompaña a las ceremonias nupciales. Ataviados todos con ropa de fiesta se pintan la cara y el tocado se acompaña con esplendorasas plumas. Y los que bailan pueden ver, en un apartado, la choza pintada con dibujos de animales sobrenaturales, que fue la casa de la novia durante los meses preliminares a la ceremonia. Tres días y cuatro noches después tiene lugar en el poblado la dramática escena que protagonizan los «hombres-mono», disfrazados con máscaras de madera, y las mujeres de la tribu. Los hombres-mono tratan de liberar a la novia y las mujeres lo impiden. La escena entonces cobra un dinamismo sorprendente y se acompaña de gritos y de retumbar de tambores. Sale la novia, al fin, de la choza, con la ayuda de los hombres-mono, y, acompañada del resto de la tribu, se dirigen a la orilla del Amazonas y la introducen en el agua como símbolo de purificación. La joven Tukuna es, desde ahora, «mayor de edad», y puede vivir junto a su propio esposo.

Uno de los pueblos más importantes de las márgenes del Amazonas es el de los Trios, a orillas del Papanahoni. En esta región, centenares de indios conviven con misioneros holandeses en una camaradería que se hace cada vez más estrecha. La influencia de estos misioneros sobre los indios se evidencia hasta el extremo de que los cantos que entonan los aborígenes están marcados por profundas reminiscencias que tienen su origen en diferentes himnos de procedencia holandesa. Los misioneros construyen chozas para los indios y todo el poblado se llena de actividad porque los Trios, al contrario de muchas tribus amazónicas, son depositarios de una rica cultura cuya servidumbre y grandeza les obliga a múltiples rituales y labores domésticas.—■

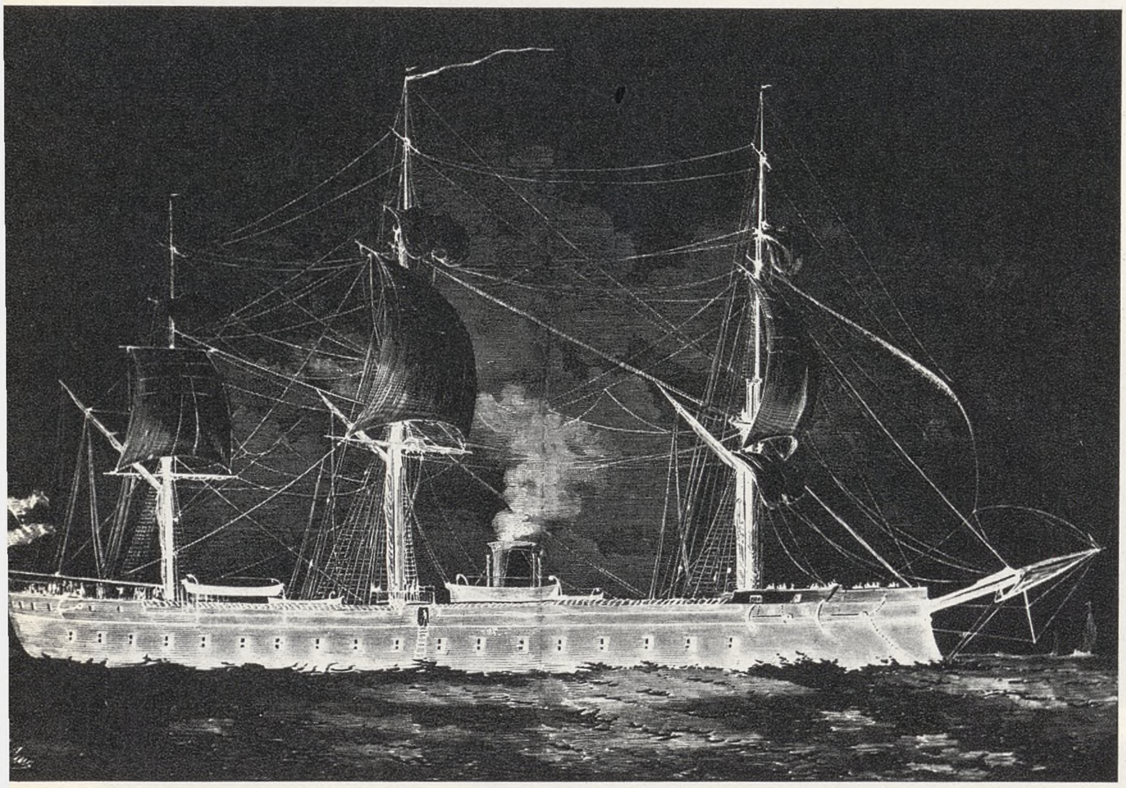


La mujer es el «hada buena» del clan: prepara la comida y vela por los suyos; mientras los niños disfrutan del beneficio de la Naturaleza.

VIAJEROS ROMANTICOS en América

Por JESUS FERNANDEZ SANTOS

PARÁ



ESTE viajero de hoy, de nuestro siglo XIX, ha llegado a la ciudad de Santa Maria de Belem do Pará, en Brasil, en uno de los escasos barcos de regular calado que tocan el puerto por una sola noche. Una vez el equipaje en tierra, en las dependencias que sirven a la vez de aduana y oficina, de mercería y tienda de licores, decide conocer, aunque sólo sea por unas horas, la ciudad, en un paseo improvisado, rechazando a duras penas la compañía de interesados guías. Camina al azar, en busca del perfil de la ciudad, de sus desconocidos moradores y éstos pronto le vienen al encuentro. A un lado y otro, desde la hilera de pequeños soportales le llaman, le solicitan, se lamentan, viéndole pasar de largo. Son mujeres en su mayoría. Algunas lanzan miradas furtivas de procaz bienvenida, otras examinan al recién llegado con fingido desdén. Son negras en su mayoría de perfil romo, con las greñas sobre la frente, que se acercan, intentando llamar su atención a codazos.

Hay también mulatas con una flor en la sien y ademanes más dulces y armoniosos. En las calles cada vez más estrechas, a medida que se aleja del puerto, gruesas matronas de paso alegre le saludan, le llaman «Minho branco», mi blanco, rompiendo en un estrépito de risas, a medida que van quedando a sus espaldas.

El perfil de Pará se le aparece al viajero como un cajón de sastre repleto de razas, idiomas, sones. Cualquier matiz de piel, los atuendos más varios, se mezclan y confunden en formas y colores. Suavizado por la penumbra de los soportales, su parpadeo ya hubiera herido los ojos del viajero poco acostumbrado, llegado desde la orilla opuesta del Atlántico, pero a pleno sol de las doce del día, el vivo torbellino gira en torno a él turbándole como el haz luminoso de un relámpago. El mediodía, para el viajero, vestido a la europea se convierte poco a poco en un tormento.

De buena gana se aflojaría la corbata, tal vez se desprendiera de levita y sombrero e incluso de los zapatos que le martirizan. No ve en torno ni un café, ni un restaurante donde resguardarse de la luz implacable que viene de lo alto, del suelo que parece hervir, de la atmósfera agobiante; únicamente, alguna que otra tienda cuyo interior deja escapar un penetrante olor a bacalao, cuero, ron, sebo y queso, todo mezclado, digerido se diría. Al fin, al volver una esquina imprevista, el sufrido europeo, viene a encontrar ante sus ojos, como un oasis fresco y seguro, la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, en la que se refugia para orar y a la vez en busca de alivio, de un amparo a la sombra.

Entre sus volutas complicadas del más puro barroco portugués, el templo hospitalario le ofrece una fresca soledad en la que reposar con una temperatura tan agradable que, poco a poco, relaja sus músculos, hace los párpados pesados y borra el mundo en torno durante cierto tiempo. Cuando despierta, con fuerzas renovadas y el sol más bajo ya, de nuevo su afán curioso le empuja, calle adelante, hasta alcanzar los arrabales de la villa. En ellos, el decorado cambia, los calzados concluyen, ya no hay público en torno a los porches de las tiendas e incluso las viviendas se hacen raras, se esparcen a lo ancho del paisaje dividido por vallas y cercas.

El viajero camina ahora entre suaves pastos, por senderos que rodean pequeñas lomas para perderse en la espesura o morir a la entrada de alegres villas surgidas como un nido a la sombra de cocoteros y mangos. Al final de uno de estos caminos, apenas entrevistos, trazados apenas, una música lejana viene a llamar su atención. Es su sonido a la vez agridulce y melancólico y nace de una villa blanca y cuadrada, rodeada de naranjos, con los postigos pintados de gris.

Todas las ventanas aparecen cerradas salvo la que deja escapar la melodía, rota en las cuerdas bajas, metálica en las altas como un eco demasiado vibrante.

El viajero se asoma con cuidado y alcanza a ver en la penumbra dos manos de mujer que pasean sobre el teclado, intentando arrancar de él una vieja canción francesa: «Fleuve du Tage, je fuis tes bordes heureux...».

Queda escuchando y a poco la música cesa. En el recuadro luminoso aparece el perfil a contraluz de una muchacha.

—¿Busca usted a alguien, señor?

—No —replica el viajero confuso al verse sorprendido—, escuchaba solamente.

Mas a la muchacha no parece molestarle el intruso. Ni siquiera se retira de la ventana.

—¿Es la primera vez que viene a Pará?

—Así es.

—No ha escogido la mejor estación. Hace mucho calor ahora. ¿Conoce Nazaret? Está a una media legua de aquí, al otro lado de la ciudad. Debería acercarse, aunque no conociendo el camino, corre usted riesgo de perderse.

—Le aseguro que he cruzado no sólo Pará, sino media América.

—Tiene usted mucha suerte —suspira la muchacha—. Yo nunca he ido más allá del río.

Y cuando el viajero se alza aún más para intentar descubrir su rostro, otra sombra, de más edad, sin duda, surge a su vez en la penumbra y cierra de golpe las contraventanas.

Mala suerte, piensa el viajero, y respetando la voluntad de la desconocida, encamina sus pasos hacia Nazaret, antes de volver donde le espera su equipaje. Los árboles crecidos libremente ahora, forman a más de treinta pies del suelo, una bóveda espesa que apenas deja pasar la última luz del sol camino del crepúsculo. Alegres viviendas de colores rutilantes como las calles de Pará, asoman entre los apretados bosques.

En los pilares de los soportales, hay tendidas hamacas de algodón que las mujeres de Nazaret tejen a medias con sus criadas negras en el fondo de los patios, en interiores tibios de misterio y amor como un harén escondido en la selva.

Luego, otra vez en el puerto, todo encanto se borra. De nuevo rostros que piden, voces que se lamentan o cantan, indios negros, pugnando por cargar el equipaje, por buscar una fonda respetable.

—Me tomo la libertad, señor, de recomendarle a una «minha comay», una comadre mía, que alquila habitaciones a capitanes de barco. Es aquí cerca en la calle de Alfama.

Al fin el viajero descansa, reposa. Ligero de ropa, tendido sobre el lecho, procura cerrar los ojos, olvidar los muros de la modesta habitación encalada hace ya mucho tiempo. De lejos llega el rumor del mar, el aliento inconfundible de algún barco dispuesto a alzar amarras, entre el consabido coro de voces que despide, obedece, ordena.

Cuando el rumor se apaga, el viajero escucha aún atento largo rato, pero la música que espera no acaba de llegar, el piano a lo lejos debe haber enmudecido. Mala suerte, repite; al día siguiente, cuando siga en el brick a Buenos Aires, el piano y la sombra en la ventana serán para él, todo Nazaret y Pará, más que sus calles apretadas y sus senderos que nacen o se pierden ahora, de noche ya, en la oscura amenaza de la selva.— ■



En las calles cada vez más estrechas, a medida que se aleja del puerto, gruesas matronas de paso alegre le saludan, le llaman «Minho branco», mi blanco, rompiendo en un estrépito de risas, a medida que van quedando a sus espaldas.



LOS PRECURSORES DEL BOOM

LA realidad es incoherente, arbitraria. El destino encamina a los hombres hacia la destrucción o el amor sin que intervenga en ello la lógica, como si se tratara de pasajeros en un tren conducido por un loco. Lo fantástico ha dejado de ser un elemento suprarreal para convertirse, casi, en la realidad misma. Lo terrible y lo grotesco se funden en una sola materia, como arena en la arena. Lo insólito, ahora, es simplemente lo habitual. A partir de esta cosmovisión se tiene el denominador común de la obra de Adolfo Bioy Casares.



Su destino personal como creador fue un poco raro, acaso comparable al de alguno de sus personajes. Que yo sepa, la única vez que los diarios de Buenos Aires se ocuparon unánimemente de él fue, no hace mucho, para comunicar su muerte. Tal vez la sombra de Borges, en la constancia de la amistad, contribuyó involuntariamente a opacarlo; tal vez tuvo talento para pasar, en la medida de lo posible, desapercibido.

La novela, el cuento y el ensayo son los distintos géneros que practicó con igual destreza. Junto con Borges, además de publicar algunas antologías, inventó dos personajes disparatados: el comisario Isidro Parodi, que desde su calabozo —«amor de cuartito», comentaría una señora distinguida— resuelve los más intrincados «puzzles» policiales; y el siempre amable y candoroso Bustos Domecq, crítico de arte, entre otros oficios.

MACEDONIO, CANCELA Y ATILIO DABOVE

Era el continuador (uno de los continuadores) de una generación de hombres extraños —Macedonio Fernández, Arturo Cancela, Atilio Dabove—, que dejaron una obra escasa; aunque, en el caso particular de Macedonio, una larga estela de anécdotas. Estos tres precursores tienen un sitio más seguro en la leyenda que en la historia de la literatura.

El fino sentido del humor de Bioy, pienso, está prefigurado en Arturo Cancela (especialmente el del relato «El destino es chambón»); aunque tenía, como Macedonio Fernández, un reflexivo desencanto del mundo frecuentemente enmascarado en la carcajada. Lo onírico, lo extraño que se advierte en el único libro de Dabove (*Ser polvo,* publicado póstumamente por sus amigos), creo que Bioy Casares lo desarrolló y perfeccionó hasta elevarlo a nivel de magnífica narrativa.

En rigor, fue testigo de una realidad argentina distorsionada como una cara frente a un espejo deformante. El absurdo que desde hace tantos años pareciera regir el destino del país, aunque contribuyó seriamente a imponer un estado de pesimismo y caos que luego tendría plenos poderes, también es cierto que condicionó el surgimiento de la que, considerada en conjunto, puede considerarse literatura fantástica más importante del siglo XX.

Desde Roberto Arlt, continuando por Borges, Marechal, Cortázar, Mújica, Láinez y el propio Bioy, cada creador comprendió (o intuyó) que la realidad nacional no podía expresarse sino a través de la alucinación y la pesadilla, puesto que no se podía describir linealmente (a la manera de la Cristianía de Knut Hamsun) una ciudad babilónica como Buenos Aires, donde coexisten diversos mundos y planos de humanidad, donde las cosas más importantes ocurren en los sótanos o en todo caso en la impunidad de la tiniebla, desde los asesinatos a las conspiraciones de todo tipo.

Por el tono mesiánico, grave, angustioso, Roberto Arlt y Ernesto Sábato tienen coincidencias dentro de este «grupo de los siete», de igual modo que Marechal y Bioy Casares son los únicos que en forma más o menos explícita entrevén una solución: Marechal creía en la incorruptible salud moral del pueblo, destinado a crear a la larga un país venturoso; Adolfo Bioy, contra el horror y la corrupción, consideraba como único valor perdurable de la

ADOLFO BIOY CASARES

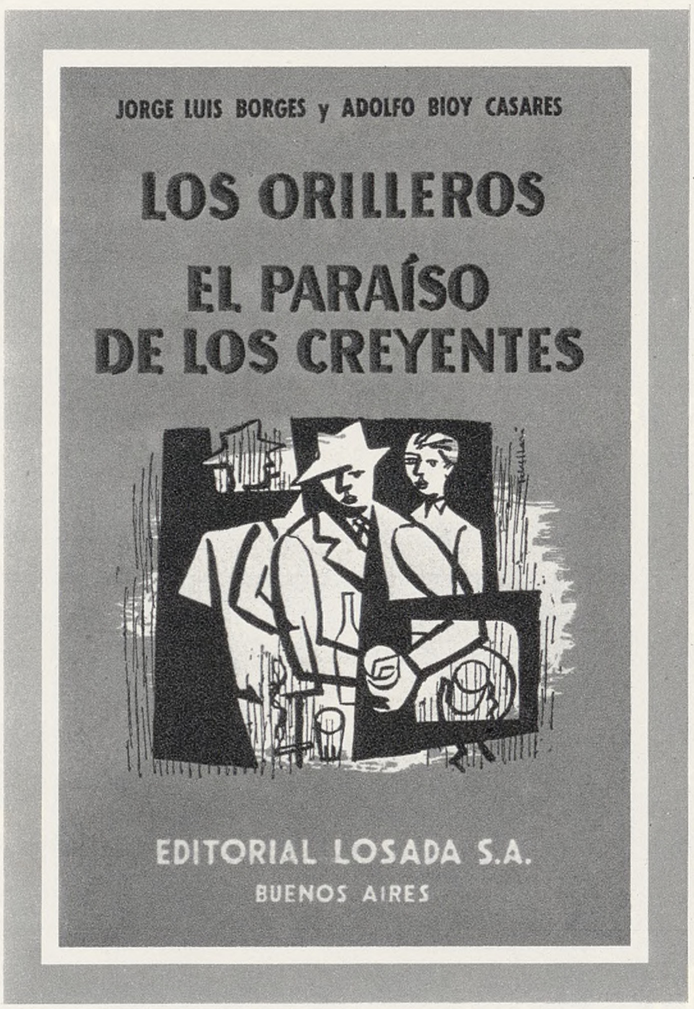
COMPROMISO DE URGENCIA

condición humana su capacidad de amor, lo que se ve claramente en una novela excepcional: *Diario de la guerra del cerdo.*

En ese relato, que podrá parecer exclusivamente fantástico a quien no conozca la realidad argentina, una pandilla de muchachos, en el curso de una semana, sale por la noche a matar ancianos. Isidro Vidal y sus viejos amigos del café padecerán el terror de la persecución; alguno, morirá. El propio hijo del protagonista (cincuentón, maestro jubilado), miembro de la pandilla juvenil, será finalmente asesinado por sus compinches por no contribuir a la liquidación de su padre. Vidal, entretanto, conoce a una muchacha que lo ama; las diferencias de edades no impedirán que se enamoren.

Hijos contra padres, jóvenes contra viejos: acaso sea una parábola de las devastaciones que trae el tiempo y del único acero que puede resistir su óxido: el amor.

(En otro orden de cosas, me parece que no se puede afirmar que esa banda de enloquecidos sea totalmente imaginaria: aparte del caso Manson en Estados Unidos, en estos últimos años, en Argentina, surgió la moda de robar niños. Si no existió, hay que reconocer que la posibilidad de la existencia de grupos de esas características, en la Argentina de hoy, es algo desgraciadamente posible. En última instancia, una sociedad así tiene que producir paralelamente una violencia nihilista y escritores de temas fantásticos.)



ARTESANO DEL
CUENTO FANTASTICO

La obra de Bioy Casares es lo suficientemente vasta (y lo suficientemente poco analizada) para que yo intente, en un trabajito corto, una interpretación total sin correr el peligro de que me salga nada más que un catálogo.

La falta de antecedentes, por una parte, mis limitadas posibilidades, por otra, me persuaden a quedarme con un solo pájaro y desechar los cien volando.

Considero que Bioy —junto con Borges, junto con Dino Buzatti, junto con algún Cortázar— es uno de los más consumados artesanos del cuento contemporáneo en su fase de género fantástico.

En *Historias fantásticas* (Emecé Editores, Buenos Aires, 1972), que reúne la producción cuentística del autor hasta esa fecha, catorce relatos dan la imagen de un narrador con un dominio de la forma que puede calificarse de virtuosismo; con una visión del mundo total, generalmente sugerida a través de la extraña actuación de los personajes más que por alusión directa de quien escribe.

Tal vez el primer párrafo de «El perjurio de la nieve» pueda dar una idea de la personal opinión de Bioy sobre su entorno inmediato:

«La realidad (como las grandes ciudades) se ha extendido y se ha ramificado en los últimos años. Esto ha influido en el tiempo: el pasado se aleja con inexorable rapidez. De la angosta calle Corrientes perduró más alguna de sus casas que su memoria; la segunda guerra mundial se confunde con la primera y hasta "las treinta caras bonitas" del Porteño están dignificadas por nuestra amnesia; el entusiasmo por el ajedrez, que levantó efímeros quioscos en tantas esquinas de Buenos Aires, donde la población competía con lejanos maestros por televisión (presunta), se ha olvidado tan perfectamente como el crimen de la calle Bustamante, con el Campana, el Melena y el Silletero, la Afirmación de los civiles, los entreveros y las "milongas" en las carpas de Adela, el señor Baigorri, que fabricaba tormentas en Villa Luro, y la Semana Trágica.»

TIEMPO Y PASADO

Esto coincide con la opinión de Sábato en orden a que, para un argentino, ▶

el tiempo transcurre más vertiginosamente que para un europeo, ya que todo —arquitectura, costumbres— cambia con tal velocidad que no deja casi tiempo para la nostalgia; en tanto que en Europa, sostenido por monumentos de piedra, el pasado es más invariable.

El pasado, para Bioy Casares, es un solo bloque (la televisión, artefacto de los años 50, está arrumbado en el mismo baúl de la memoria que la Semana Trágica, de alrededor de los 30). Por otra parte, «el señor que fabricaba tormentas» muestra que el pasado era un criadero de hechos y personajes insólitos, a medio filo entre lo real y lo imaginario.

El desenfado verbal, la soltura con que se cuentan estas *Historias fantásticas,* el permanente contrapunto entre el lenguaje coloquial, callejero, y el de más elevado orden estético, en el plano meramente formal —y no solamente en ése— recuerda a Julio Cortázar, en particular el de *Bestiario*. Hay también un permanente contrapunto entre lugares y personajes de una realidad en muchos casos vulgar y lugares y personajes de otros mundos, como se ve en el relaso titulado «La trama celeste». (Este juego dialéctico de contrastes será llevado también por Borges a una elevada jerarquía en «El Aleph»).

Lo que diferencia la narrativa de Bioy de la de Borges y Cortázar es el estrato social de la mayoría de sus personajes: en estos cuentos son burgueses o medio pelos cuando no esnobistas ridiculizados con una prosa a la sordina muy del gusto de su retórico



Bustos Domecq. Si en Borges y Cortázar los protagonistas pueden venir de la intelectualidad de clase media o de los barrios bajos, en Bioy Casares está siempre presente «un toque de distinción» que da preferencia —muchas veces con fines irónicos— a integrantes de la aristocracia.

Personalmente opino que nadie retrató y caricaturizó mejor a la burguesía argentina con su drama, su ingenuidad, su escaso sentido de lo real.

En el volumen referido hay piezas como «La sierva ajena», «Moscas y arañas», «Un león en el bosque de Palermo» o «La pasajera de primera clase» de una intensidad dramática (en especial las dos primeras) y de un clima tan oscuramente denso que por su horror son equiparables a «El almohadón de plumas» o «La gallina degollada» de Horacio Quiroga.

El cuento, como la poesía, gana en eficacia en la medida que esté dado por síntesis. Es raro encontrar maestros del género (James Purdy, Bradbury, Buzatti) que sobrepasen las diez páginas en la ejecución de una anécdota. El caso de Bioy (como el de Salinger) es inverso.

A la manera de los viejos caballeros austríacos que pasaban horas frente a la mesa del banquete, Adolfo Bioy Casares gustaba demorarse en la degustación de las situaciones y las palabras con una especie de gula creadora.

Ahora que no está el hombre, sonó la hora de que esté presente su obra.— Luis DE PAOLA.

HOTEL IFA MADRID

* * * * *

En la zona residencial más agradable y tranquila de Madrid

A corta distancia del centro comercial y, sin embargo, alejado del ruido y contaminación



- SUS MAGNIFICAS HABITACIONES Y SUITES
- SUS SALAS PARA REUNIONES Y BANQUETES
- SU BAR «EL FARO»

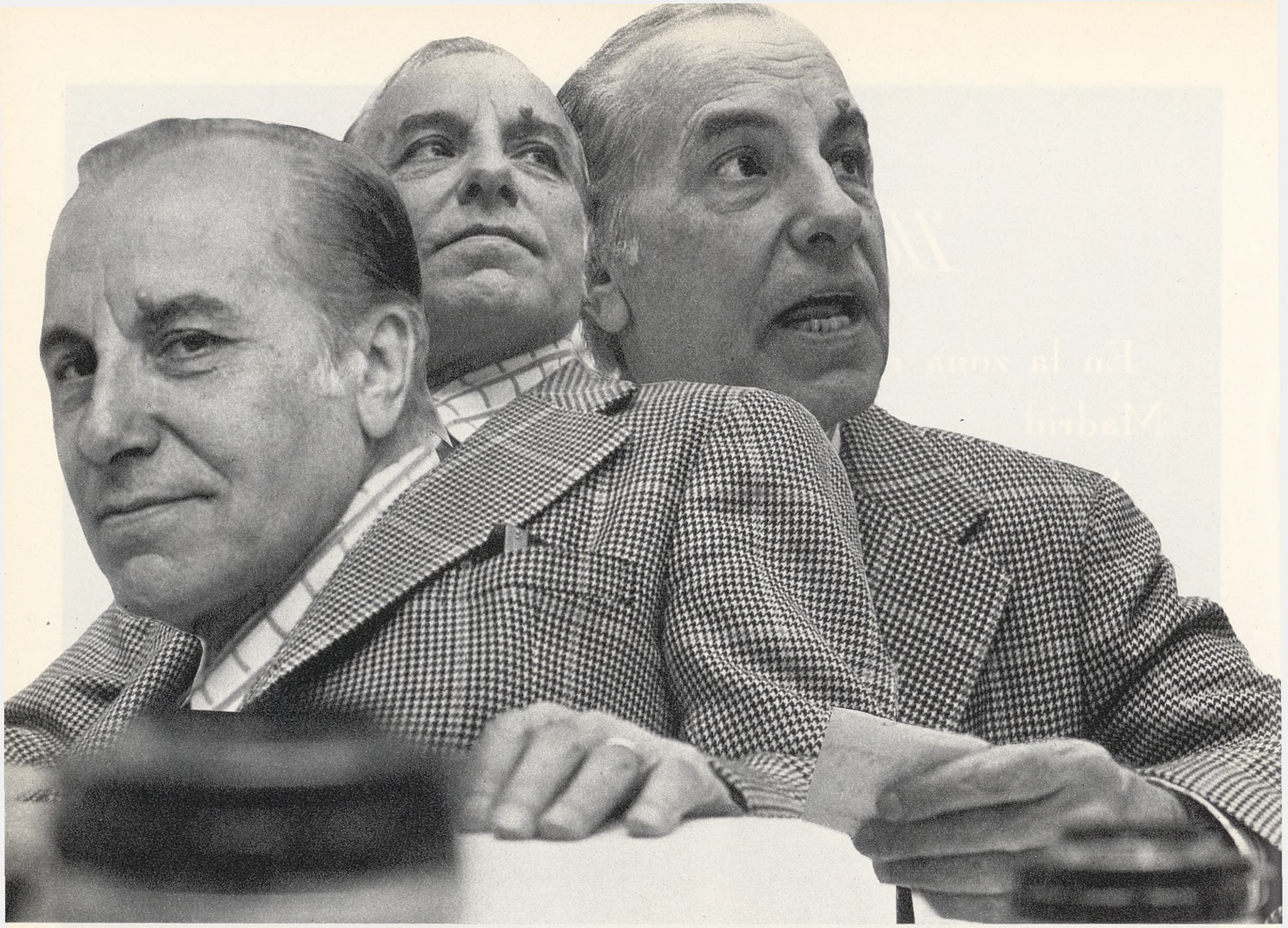
Y EN VERANO...

- SU PISCINA EN UN AMBIENTE DE GRATA ELEGANCIA Y TRANQUILIDAD



Y las mejores especialidades de la cocina española e internacional

Avda. del Valle, 13, Madrid - 3 - Teléf. 459 38 00



EL «BOOM» QUE HIZO «PLAFF»

Por
E. MORALES CANO

AY «boom», que te fuiste para no volver... Tanto «boom» y ahora resulta que no existe. Desde Vargas Llosa a Blanco Amor, pasando por el incontable friso de escritores —con o sin carisma «boom»— que en el mundo son y han sido, se insiste, últimamente, reiterada, machaconamente, en una misma idea: el «boom» ha muerto. Viva el «boom».

Pero, ¿es esto cierto? ¿Puede, casi de la noche a la mañana, desaparecer del mapa literario un movimiento de tan amplias características, raíces y fundamentos, sólo porque la «oportunidad» del «boom» está a la baja? ¿Pueden los teóricos de este movimiento (o los que parecían serlo) dar un carpetazo semejante a las conciencias de los que creíamos que el «boom» era (todavía), un pájaro de vida alada y palpitante?... Parece que sí, a juzgar por lo que opinan algunos.

MENOS «BOOM»

—Mire —nos dice Blanco Amor—, en la Argentina ya nadie habla del «boom»; además, quieren olvidarse. No quieren saber nada.

—Ya. Entonces, ¿qué opina usted de este movimiento?

—En primer lugar, que lo hicieron los editores argentinos, sobre todo Antonio López Llausás, catalán de origen. Este hombre, de 86 años, muy agudo, de pícara mirada y que ha creado y dirigido durante mucho tiempo la Editorial Sudamericana, inició el fenómeno del que hablamos, allá por los años 60 o 61, cuando era una necesidad indispensable para los editores argentinos, ya que se había agotado la posibilidad de editar —con éxito—, algo que no fuera traducido.

—¿Qué significaba «traducir»?

—Traducir significaba pagar en dólares, procedimiento muy oneroso para los editores. Entonces pensaron en la posibilidad de crear «algo», dentro de la propia literatura hispanoamericana, y de repercusión inmediata. López Llausás se puso en contacto con los que llevaban la revista «Primera Plana», entonces de mucha influencia, e iniciaron una campaña en torno a algunos libros, de autores ya publicados. Se hizo una nueva edición de Cortázar; se publicaron cosas menores de García Márquez, y se desarrolló un gran esfuerzo alrededor del libro «La ciudad y los perros», de Vargas Llosa... y todo el mundo aceptó —así, de entrada—, que Vargas Llosa era un genio literario, o poco menos. Esta campaña, que centró su puntería, analítica y apologética, en dos o tres escritores (los «usufructuarios» del «boom»), se olvidó, deliberadamente, de todo otro escritor.

JOSE BLANCO AMOR: «Nos han olvidado»

—¿Por qué?

—Primero, por razones económicas; segundo, por la necesidad de imponer una nueva corriente literaria en Hispanoamérica. Y tercero, porque sí.

LOS «OLVIDADOS»

—¿Y qué se hizo con los «olvidados», por ejemplo Borges?

—De Borges no hubo más remedio que hablar, porque ahí estaba; Borges pesaba y figuraba, con su sola presencia y con su ceguera, con su literatura, sus adjetivos y sus conferencias, y era toda una presencia viva.

—Y usted, Blanco Amor, ¿en qué medida ha contribuido al fenómeno del «boom»?

—Yo publiqué la obra «Todos los muros eran grises», en la que aparece un Buenos Aires, durante los años 30, donde se desenvuelve un emigrante, naturalmente español, que lucha contra una realidad social que se le impone. Los críticos han dicho que es una novela existencialista; probablemente lo sea. Pero con «Antes que el tiempo muera», contribuí a acentuar más la disgregación de la familia y el enfrentamiento de las generaciones. En esta obra, una muchacha se rebela contra su padre, que para ella representa el pasado. Es decir, en eso, yo he contribuido a plantear problemas que después pasaron a manos de los del «boom», sin que ellos me tuvieran en cuenta, tal vez por razones de estrategia. Pero no sólo no se me tuvo a mí presente; no se tuvo presente a nadie...

MUERTE SIN GLORIA

—¿Quién mató al «boom»?

—Ha muerto hace bastante tiempo; y el epílogo de muerte (sin gloria) se lo dio García Márquez con «El otoño del patriarca», obra publicada con mucho alarde publicitario, y de la que hay verdaderas pilas en las librerías argentinas, sugerentemente ofrecidas al público, pero que nadie compra. El público pasa de largo, porque considera que es una repetición machacona, «aburridora», de «Cien años de soledad»... En realidad, el «boom» ya había muerto antes, porque «El libro de Manuel», de Cortázar, no se vendió en absoluto; o sólo lo hizo en pequeñas cantidades, y eso, por el arrastre que tiene su nombre, bien ganado en muchos sentidos. Y lo mismo pasa con los últimos libros de Vargas Llosa, que no se venden tampoco; al menos en Argentina, que es el centro y el lugar donde nació el movimiento que juzgamos.

—¿En qué orígenes hunde el «boom» sus raíces? ¿Tuvo un significado social?

—Quiso representar la literatura hispanoamericana de nuestra época..., pero no la representó. En Perú hay, por ejemplo, dos autores mucho más importantes: Arguedas y Manuel Scorza, que, en su novela «Redoble por Rancas», presenta una América que no se encuentra en ninguno de los autores del «boom»; porque ellos no conocen a la clase trabajadora; son intelectuales o profesores aislados del contorno que quieren describir, y no están identificados con el mundo del dolor y de la necesidad que pretenden expresar. Ellos quisieron hacer una revolución; pero la revolución no se hace sólo con palabras: se hace con testimonios verídicos y reales.

—Entonces, el «boom» quiso y no pudo.

—Quiso y no pudo.

—¿Qué quiso?

—Quiso hacer una revolución desde el punto de vista político, adhiriéndose al castrismo, por ejemplo, en forma visible y un poco espectacular. Castro los recibió, como suelen recibir los políticos astutos e inteligentes a los intelectuales: siempre con desconfianza. El político sabe que del intelectual hay que desconfiar, porque es analítico y crítico, y porque no tiene la disciplina del adherido al partido.

—¿Y con qué no pudo el «boom»?

—No pudo con casi nada. Está olvidado, como digo, y ahora se venden los autores que ellos ignoraron y que la crítica ignoró deliberadamente. Porque el montaje fue tan gigantesco, que, hablar de un libro cuyo autor no fuera alguno de los cuatro, carecía de sentido. Entonces, cualquier rareza de estos muchachos, cualquier travesura, cualquier toma de posición, o no toma de posición, se comentaba y se magnificaba... Los demás escritores no existíamos. Yo publiqué un libro en ese momento, y lo único que dijeron de mí fue: «José Blanco Amor; 50 años; divorciado; una hija...» No se entraba a fondo en lo que era el libro.

LAS CONSECUENCIAS

—Lo que sí queda, Blanco Amor, son las consecuencias del «boom». ¿Cuáles son?

—Un desaliento absoluto entre los jóvenes que empiezan a escribir. Los que empiezan siguen —como es natural—, a los que han tenido éxito. La revolución en el aspecto técnico del «boom» la había hecho el señor Joyce en 1922, y otros autores más que hicieron del idioma, del lenguaje, del tiempo y del monólogo interior, verdaderos alardes; verdaderas obras maestras. Los del «boom» venían a descubrirnos algo así como las cuentas que dicen que les llevaban los conquistadores españoles a los indios...; ellos nos vendían también cuentas de vidrio, en vez de oro o una piedra preciosa desconocida.

—Entonces, ¿qué inventó el «boom»?

—Inventó la forma de que cuatro autores, de un semianonimato, de una lucha constante y desigual (como es la lucha literaria), pasaran a un primer plano. En el mundo no se hablaba de otra cosa; y hace poco, un profesor californiano me decía: «Estamos esperando a Cela, porque vamos a hablar del "boom"»... Esto es sorprendente. ¡No hay otro asunto del que hablar! Y esto ocurre cuando, los que inventaron el «boom», se avergüenzan hoy de él, y nada quieren saber de este movimiento... se quieren alejar.—■

LA SEÑORA DE LOPEZ MICHELSEN EN LA EXPOSICION DE ARTE COLOMBIANO

Invitada por Sus Altezas Reales los Duques de Cádiz, llegó a Madrid, para inaugurar la exposición de arte colombiano, de la que informamos en las páginas 58 y 59, doña Cecilia Caballero de López Michelsen, esposa del Presidente de Colombia. Posteriormen-





te, y entre los actos que han tenido lugar con motivo de la mencionada exposición, que lleva por título «El arte colombiano a través de los siglos», destaca la conferencia pronunciada por el embajador de Colombia en Madrid, don Belisario Betancur, y las palabras que en tal ocasión dirigió a los presentes, durante el acto inaugural, el presidente del Instituto de Cultura Hispánica, don Alfonso de Borbón, en el sentido de hacer hincapié en el patrimonio común que une a los pueblos hispánicos. Dada la importancia de la exposición, Colombia ha querido destacar, para el momento de la inauguración, a la primera dama del país, doña Cecilia Caballero de López Michelsen, que aparece en una de las fotografías, a su llegada a Madrid. En la otra fotografía, la Reina doña Sofía, acompañada por la señora de López Michelsen, señora de Arias Navarro, esposa del presidente del Gobierno, señor Robles Piquer, ministro de Educación y Ciencia, y el Comisario de Exposiciones del Instituto de Cultura Hispánica, señor González Robles, entre otras personalidades.

OLGA OROZCO PASA POR MADRID

Hay viajeros que quieren pasar en silencio por las ciudades que aman, y se conducen de tal manera que, en efecto, consiguen ir y venir como entre sombras, callados, silenciosos. Pasado mucho tiempo, alguien se entera un día —en unas memorias, en una autobriografía, en un poema— que tal viajero estuvo aquí, de paso, en silencio, viviéndolo todo y aprehendiéndolo todo.



Puede que esto ocurra, algún día, con Olga Orozco. Ha estado en Madrid, y, por supuesto, en la casa general hispanoamericana abierta en Madrid, que es el Instituto de Cultura Hispánica.

Personalidad intensamente hispanoamericana —como la de Gabriela Mistral— Olga Orozco impresiona profundamente por su imagen, por su voz, por el sosiego tremendo de su manera de observar el mundo en derredor. Ha estado en Madrid la autora de *Los juegos peligrosos,* uno de los libros capitales de la poesía hispanoamericana de este tiempo, y casi nadie advirtió la ocasión que se le presentaba de contemplar y oír de viva voz a alguien que tiene la fuerza de la palabra.

GERARDO DIEGO EN LA TERTULIA LITERARIA HISPANOAMERICANA

Fiel a la poesía, eternamente fiel a la poesía y a los poetas, Gerardo Diego, uno de los maestros vivos de la generación de 1927, dice siempre su palabra también viva cuando se le convoca para el verso. Se le ve a Gerardo Diego la claridad del corazón en la



forma en que da su presencia de hombre cortés y cumplido a todo homenaje, evocación, recuerdo, para una obra o para un autor. En la Tertulia Literaria Hispanoamericana, la obra incesante de Rafael Montesinos, Gerardo Diego es uno de los testimonios mayores del amor sentido en España por la poesía escrita en tierras americanas. Quienes recuerdan a Gerardo Diego iluminando las primeras tertulias, aquellas de Bárbara de Braganza, cuando Cote Lamus y Fernández Spencer, y Dulce María Loynar y Ernesto Mejía Sánchez se asombran de ver al Gerardo de siempre, ni más viejo ni más joven, entrar a la Tertulia del Instituto, y sentarse como un oyente más, el oyente de ayer y de mañana, al pie de la poesía. Ahora ha intervenido el maestro leyendo sus propios poemas en una sesión multitudinaria de la Tertulia.

DUELO EN LAS LETRAS PUERTORRIQUEÑAS

Dos fallecimientos han ensombrecido recientemente las letras de Puerto Rico: don Samuel R. Quiñones, ensayista, político, profesor, y Evaristo Rivera Chevremont, el poeta. Ambos autores eran muy conocidos en España y en la América Hispana. Coincidían además estos dos puertorriqueños de primerísima clase, en ser conocedores profundos y amadores de las letras españolas de todos los tiempos. Samuel R. Quiñones, presidente de la Academia Puertorriqueña de la Lengua, que en la fotografía aparece dirigiendo la palabra al público durante un acto inaugural, situó a la perfección toda una filosofía de la vida y de la cultura en Puerto Rico cuando escribió: «La guerra hispanoamericana nos dejó de espaldas a un pasado que creíamos perder y frente a un futuro que dudábamos ganar. Nuestro pueblo se sintió de súbito arrancado de sus cimientos, desarraigado de su heredad intelectual, y así se abre la tercera época de nuestra



historia literaria en desigual forcejeo con influencias descaracterizadoras de nuestro auténtico perfil histórico. Esta es la etapa de la inquietud colectiva a la procura de una certidumbre, del ansia de salvarnos de la disolución total mediante el aprovechamiento de los valores de subsistencia que alientan en las potencialidades del pasado.»

De Evaristo Rivera Chevremont podemos decir que ahí está su obra de poeta, recogida en gran parte en la edición que le hiciera el Instituto de Cultura Hispánica en su colección «La encina y el mar» bajo el título de *Antología poética y la llama pensativa.* Su obra nos lo dibuja como uno de los principales poetas del alma hispanoamericana.

AGREGADOS MILITARES AMERICANOS EN CADIZ

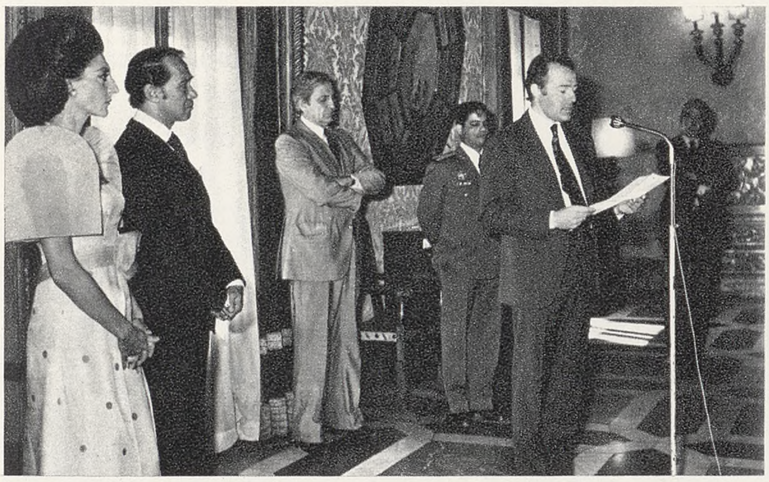
Los agregados militares, navales y aéreos de los países americanos acreditados en España, invitados por la



Armada Española para conocer la Zona Marítima del Estrecho, así como sus lugares típicos, históricos y monumentales, han hecho un alto en el camino para visitar las Bodegas de González Byas, antes de proseguir con su completo programa de actividades. Tras un almuerzo de camaradería, los visitantes, a quienes acompañaban sus respectivas esposas, siguieron viaje hasta Jerez. Presidió la comisión receptora, el almirante español don Felipe Pita da Veiga.

SEMANA FILIPINA

Organizada por los estudiantes filipinos en España se celebró en el Instituto la tradicional Semana Filipina.



Abrió el acto el día inaugural el presidente, S.A.R. don Alfonso de Borbón, quien aparece dirigiéndose a los asistentes en presencia de los embajadores de Filipinas, señores de Stilianopoulos, y del director del Instituto, señor Tena Ybarra.

HUGO MONTES ENTRE NOSOTROS

Hugo Montes, el poeta, ensayista y académico chileno, ha vuelto a Madrid. En una conferencia que tuvo lugar en el Instituto de Cultura Hispánica se refirió a aspectos muy elocuentes de la personalidad de Pablo Neruda, del que leyó unas cartas inéditas, de cuando el Nobel chileno representaba el cargo de cónsul en el Extremo Oriente. La conferencia, que se desarrolló bajo el título de «Hacia una imagen nueva de Pablo Neruda», iluminó matices y limó asperezas nerudianas, a través de la siempre penetrante y fácil palabra de Hugo Montes, que viene a España con dos nuevos libros, editados en Chile, para encontrarse con otros dos, aparecidos en Madrid. Son los primeros, *Poemas* (1973), y *Poemas de amor* (1974). Los libros de Hugo Montes que acaban de aparecen



en España son *El Machu Pichu en la poesía* (Ediciones Cultura Hispánica), y *Ensayos estilísticos* (Gredos). Se trata de una noble manera de enfrentar el problema del comentario de textos, y recorrer el vértigo sutil del proceso poético, hasta el desglose de los grandes maestros de la literatura hispana.

FRANKFURT: HISPANOAMERICA EN LA FERIA DEL LIBRO

Los problemas de intercambio literario entre los países de habla alemana, hispanoamérica y Brasil, serán objeto de debate en el Coloquio Hispanoamericano 1976, próximo a celebrarse en Frankfurt, y dentro de la Feria Internacional del Libro. El Departamento Hispanoamericano del Instituto Nacional de Relaciones Exteriores de Stuttgart, dirigido por el hispanista y escritor alemán Günter Lorenz, prepara en la actualidad los temas que, del 12 al 15 de septiembre, convocará a cincuenta personalidades del mundo de la crítica, la filología y la creación literaria.

El Coloquio, que será un encuentro para elaborar, analizar y desarrollar los métodos más efectivos para la información mutua de los acontecimientos literarios, contará también con diversos representantes de Ministerios de Cultura, y observadores de la O.E.A. y de la U.N.E.S.C.O. Este año, la Feria Internacional del Libro tiene por lema «América Hispana, Tema Central», y se programan una serie de actos, a fin de hacer comprensible al público en general tanto los trasfondos históricos como los sociales y espirituales de la literatura hispanoamericana, en el mayor acontecimiento realizado jamás respecto a América Hispana, en un país germanohablante.

LOS FONDOS DOCUMENTALES AMERICANOS

BIBLIOTECA DEL PALACIO REAL

Por JORGE LUJAN MUÑOZ

RECONOCIDA es por casi todos los historiadores de la América española la importancia que tiene para la investigación la consulta de los archivos españoles. Son numerosos los casos en que es imposible completar un estudio sin tener que acudir a uno o más archivos de España.

La importancia y necesidad de esa consulta varía de un caso a otro. Así como hay temas que sólo pueden trabajarse en los archivos locales de cada país hispanoamericano, hay otros que, por el contrario, debe de hacerse su estudio en los archivos españoles. Por otro lado, hay países de Hispanoamérica que tienen sus fondos documentales (aunque sea parcialmente) más o menos completos y bastante bien organizados; hay otros, en cambio, en que los archivos son muy deficientes (especialmente a nivel municipal y religioso) o bien se han perdido por fenómenos naturales o, más corrientemente, por la acción humana; entonces, los archivos españoles adquieren un valor adicional y su consulta se hace imprescindible, ya que constituyen la única posibilidad de reconstruir el pasado.

Sin lugar a dudas, el centro español que reúne mayor número de documentos americanos es el Archivo General de Indias de Sevilla. A él confluyen investigadores de todas partes del mundo a estudiar los más diversos temas del pasado colonial hispanoamericano. Empero, aunque es el más importante dista mucho de ser el único repositorio español con abundantes fondos americanos, cosa que a veces se olvida. Por supuesto, es explicable que por su riqueza la mayoría de los esfuerzos de los historiadores americanistas se concentran en él.

Otros archivos españoles con importantes fondos documentales americanos, especialmente del siglo XVIII en adelante, son el Archivo General de Simancas (Valladolid) y el Archivo Histórico Nacional (Madrid); ambos cada vez más consultados.

Por supuesto, existen en España muchos más archivos con documentos indianos (públicos y privados, nacionales y provinciales, seglares y religiosos), de diversa calidad y cantidad. A veces se trata de unos pocos documentos que más o menos accidentalmente han ido a parar ahí; otras son colecciones o grupos documentales preparados por una persona, ya sean de carácter general o sobre un país o región en particular.

Uno de los centros con fondos americanos también conocidos y consultados es la Biblioteca del Palacio Real o Palacio de Oriente de Madrid, citada más simplemente como «Biblioteca de Palacio». Dicha biblioteca se encuentra en la planta baja, esquina noroeste del patio principal de Palacio. Sus salones atesoran magníficas piezas. Tiene varias secciones. La de impresos está compuesta por 250.000 volúmenes, de los cuales 260 son incunables, entre los cuales destaca el famoso Durandus *Rationale Divinorum officiorum,* impreso en 1459; entre los libros raros del siglo XVI está el *Amadís de Gaula* de Jorge Coci (1521). Hay también joyas de la impresión de todas las épocas. Son departamentos de esta sección los de «Revistas y Periódicos» y «Mapas».

Está también la sección de Bellas Artes que comprende colecciones de grabados y dibujos. Sobresalen los grabados de Durero, los de Ribera, varios de Hugo de Carpi, etc., y un ejemplar de los *Caprichos* de Goya, primera tirada. Hay varios tomos de dibujos de los grandes maestros europeos, el conjunto de planos de El Escorial y muchas otras piezas de valor. En cuanto a música merecen destacarse el *Cancionero de Palacio* y *Fiestas Reales,* así como impresos de música, entre los que hay que citar *De Musica libri septem* (1592) del ciego Francisco de Salinas. Existe también una valiosa colección de medallas.

La sección que a nosotros más nos interesa ahora es la de Manuscritos, compuesta por unos 3.000 volúmenes. Entre los más ricos son de citar el *Libro de Horas de Isabel la Católica,* el *Libro de la Montería,* de Alfonso XI, la *Historia Real* de Fidursi (copia hecha en 1485), etc.

La cantidad de manuscritos referentes a América y Filipinas es relativamente grande, pero sobre todo llama la atención su gran calidad e importancia. El grueso de estos fondos proviene de la antigua Secretaría de Gracia y Justicia de Indias, de donde llegaron por Real Orden de 20 de febrero de 1807. En virtud de esa misma orden llegó también la colección de don Manuel Josef de Ayala —nacido en Panamá— y la del estudioso don Juan Bautista Muñoz (que hoy se encuentra en la Real Academia de la Historia [Madrid], a donde pasaron sus 107 volúmenes en el año 1817).

El fondo documental americano más numeroso de la Biblioteca de Palacio es, sin lugar a dudas, el recopilado por el ilustre jurista y estudioso don Manuel Josef de Ayala. Sin ninguna exageración puede ser calificado de extraordinario. Está formado por las siguientes colecciones: la *Recopilación de las Leyes de Indias* (compuesta por catorce tomos que contienen la recopilación y su estado presente (1787-1790), adiciones y un índice de autores que tratan el tema); el *Cedulario Indico* (compuesto

de 81 tomos, el primero de impresos y los demás con manuscritos), cuyo índice lo constituye el *Diccionario de Gobierno* y *Legislación de Indias* (compuesto de 26 tomos ordenados alfabéticamente haciendo referencia en cada materia a los tomos y folios del *Cedulario*) y, por último, sus *Comentarios a la Recopilación de las Leyes de Indias* (escritos en 19 volúmenes, en tomos duplicados y triplicados de la tercera edición de la *Recopilación* impresa en Madrid en 1774 en 4 tomos); los co-



mentarios, muy extensos, se encuentran manuscritos en los amplios márgenes del impreso y en hojas intercaladas. Está, además, la monumental e importante colección llamada familiarmente *Miscelánea de Ayala,* formada nada menos que por 87 tomos de documentos manuscritos, todos copias referentes casi en su totalidad a cuestiones de Indias. Consta cada tomo de unos 300 a 500 folios de 295 × 205 mm., escritos en bella caligrafía española, magníficamente encuadernados en becerro jaspeado, con lomera de tejuelos y cortes dorados. Están numerados del I al LXXXIII, más otro de índices, que llegan sólo hasta el LXVIII. Falta el tomo IX, y están duplicados los tomos XXVIII, XXIX y XXXI. Contiene la *Miscelánea* documentos sobre los más diversos temas (incluye algunos mapas y planos), de todas las regiones americanas y Filipinas, algunos de verdadero gran valor, que tienen en extensión desde unas pocas hojas hasta muchísimas.

Las antiguas colecciones reales debieron aportar también su riqueza. Ese es quizá el caso de algunas obras que no tienen indicación de procedencia. Ejemplo digno de citarse es las *Cartas de Marear* o *Atlas* de Juan Riezzo, hermosa colección de 17 cartas de marear del siglo XVI (1580-1588), manuscritas en pergamino, iluminadas con oro y colores, adornadas con orlas, banderas, embarcaciones, etc. Para una muestra basta ver la que se reproduce ilustrando este artículo. También de este origen ha de ser la *Historia vniversal de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, con autógrafos del autor, que incluye setenta páginas con dibujos en tinta negra y colores representando dioses, ceremonias, calendarios, y otros temas indígenas; así como la *Historia de la Nueva España* (1585) de Alonso de Zorita o Zurita.

De propiedad real proceden, asimismo, los originales de obras dedicadas expresamente por los autores a diversos monarcas. Entre éstas cabe citar: *Leyes y Ordenanças rreales de las Indias* recopiladas por el mismo Zorita (1574), dedicada a Felipe II; la *Noticia general de las Provincias del Perú, Tierra Firme y Chile* de Francisco López de Caravantes (1630-1632), dedicada a Felipe IV, y, la *Recordación Florida: Discurso historial, natural, material, militar y político de el Reyno de Goathemala* (1690), dedicada a Carlos II (manuscrito en el que se basó don Justo Zaragoza para su edición del siglo pasado, 1882-1883), y que es sólo la primera parte de la obra.

La obra de López de Caravantes (en cuatro tomos), contiene, cada tomo, una portada dibujada de gran valor y belleza. La del primer tomo, que aquí reproducimos, es de pergamino y miniada, con cartelas barrocas, dentro de marco arquitectónico una miniatura ▶

representando un indio y una india ésta montada en una llama; al reverso tiene una extensa nota, también dentro de cartela, referente a lo representado. Pertenecen a esta obra un mapa de Potosí dibujado a pluma, y dos mapas firmados por Lucas de Quirós, uno, una carta geográfica de la América del Sur (1618) y otro del Callao (1631), ambos bellamente iluminados.

Está también en la Biblioteca de Palacio una serie de manuscritos sobre lenguas americanas, precioso fondo filológico reunido por don José Celestino Mutis en cumplimiento de Real Orden de 13 de noviembre de 1787. Se trata de gramáticas, vocabularios, doctrinas cristianas, etc. Las lenguas americanas representadas son: achagua, andaqui, caribe, ceona, guama, guaraní, mosca, motilona, otomaca, periagoto e yloco; un vocabulario de varias lenguas de la Nueva España (mexicana, otomí, maztagua, totonaca y huasteca) y otro de la Provincia de Páez. (De este tema hay un catálogo publicado que describe los manuscritos: Manuel Remón Zarco del Valle y Espinosa y Juan G. López-Valdemoro Quesada, *Lenguas de América. Catálogo bibliográfico de XXI Mss. existentes en la Real Biblioteca*. Madrid: Imprenta Clásica, 1914).

Otro fondo documental valioso es el referente al que fue Obispo de Puebla, don Juan de Palafox y Mendoza, de varias procedencias. Un grupo provino del Archivo General de Simancas, de donde llegó en 1785, compuesto por 22 tomos, y otros dos de procedencia no determinada, uno de los cuales se refiere al intento de beatificación de Palafox.

También se encuentra en la Biblioteca el manuscrito original (en tres tomos) de la famosa *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional* del doctor don Josef María Beristain de Souza. (El tomo IV, que comprende los anónimos y las adiciones de don Félix Ozores y otras adiciones posteriores, se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid).

Asimismo, cabe citar dos copias (cada una de tres tomos) una con dedicatoria firmada por el autor, del *Bulario Indico* recopilado por Baltasar Tobar entre 1690-1695.

Y para cerrar esta breve cita de las más importantes piezas referentes a América y Filipinas de la Biblioteca de Palacio, mencionemos la colección de 27 estampas, dibujadas en negro a la aguada, que representan los relieves y edificios del sitio arqueológico maya de Palenque (México). Son copias de 1789, sacadas de las originales hechas en 1787 por don Antonio del Río, capitán de Artillería del Reino de Guatemala, que efectuó la famosa expedición a la «población antigua nuebamente descubierta en las inmediaciones del pueblo de la Provincia de Ciudad Real de Chiapa, una de las del Reyno de Guatemala en la América septentrional».

La anterior no es sino una muestra de lo que consideramos más significativo de los casi 600 volúmenes de que se compone el fondo de documentos de América y Filipinas de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid. Como se ve, la calidad es extraordinaria; su estudio y consulta cuidadoso deparará, sin duda, gratas sorpresas a los investigadores americanistas que a ella dirijan sus pasos.

Para poder realizar consultas en la Biblioteca hay que solicitar previamente permiso por escrito a la Gerencia del Patrimonio Nacional, respaldado el solicitante por su misión diplomática en Madrid o por un profesor o académico español. El horario es de 10:00 a 13:30 todos los días laborables, incluso sábados. En la pequeña sala de lectura se trabaja gratamente en un ambiente recogido y tranquilo.

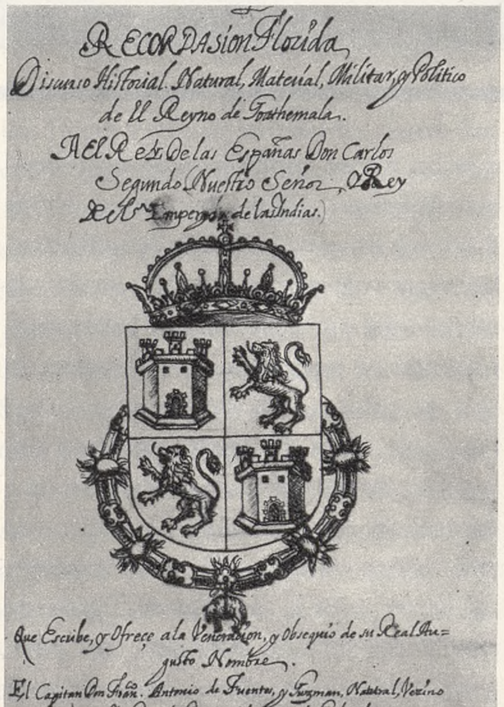
Para una orientación general sobre los fondos de la Biblioteca puede consultarse *Noticia de algunas bibliotecas de Reyes de España,* tomo 20, Catálogo de la Biblioteca (Madrid: 1910), y, «Palacio Real. Biblioteca», en *Bibliotecas de Madrid,* artículo por Matilde López Serrano (Madrid: 1953). Para el investigador americanista es obligatoria la consulta previa y constante del excelente catálogo preparado por don Jesús Domínguez Bordona: *Manuscritos de América,* Catálogo de la Biblioteca de Palacio, tomo IX (Madrid: 1935). De estas obras se ha tomado la información para este artículo.

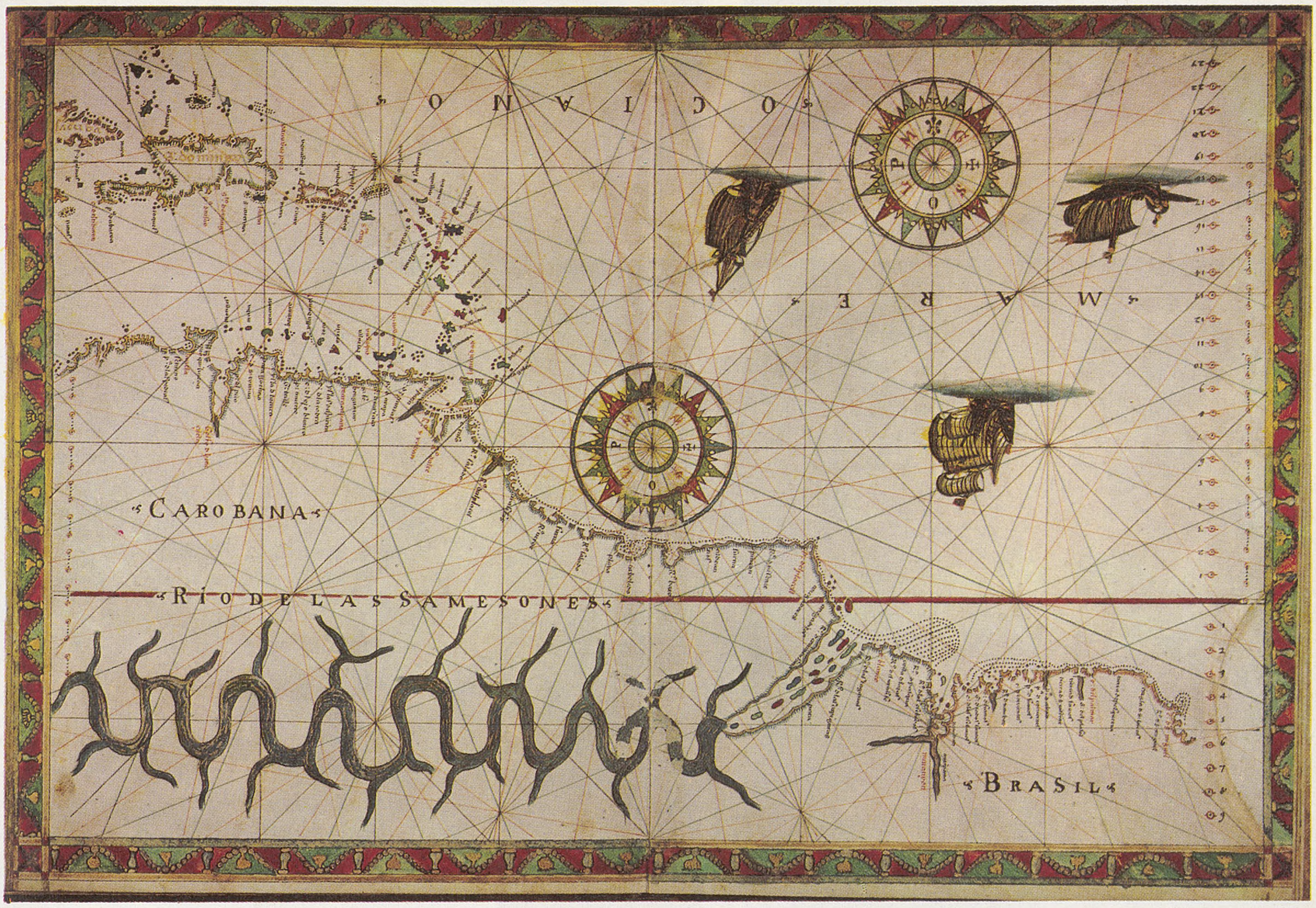
Ojalá nuestro modesto esfuerzo divulgativo provoque el interés de algunos historiadores de Hispanoamérica, logrando así que más estudiosos acudan a este extraordinario núcleo de documentos sobre el pasado de Hispanoamérica. Si es así nos daremos por altamente satisfechos.—■

Fig. 9.



Entre los documentos indianos más importantes de este conocido archivo destacan (sobre estas líneas), la colección de estampas de Palenque; abajo, una ilustración de la obra «Recordación Florida», de Fuentes y Guzmán. (Fotografías cedidas y autorizadas por el Patrimonio Nacional.)



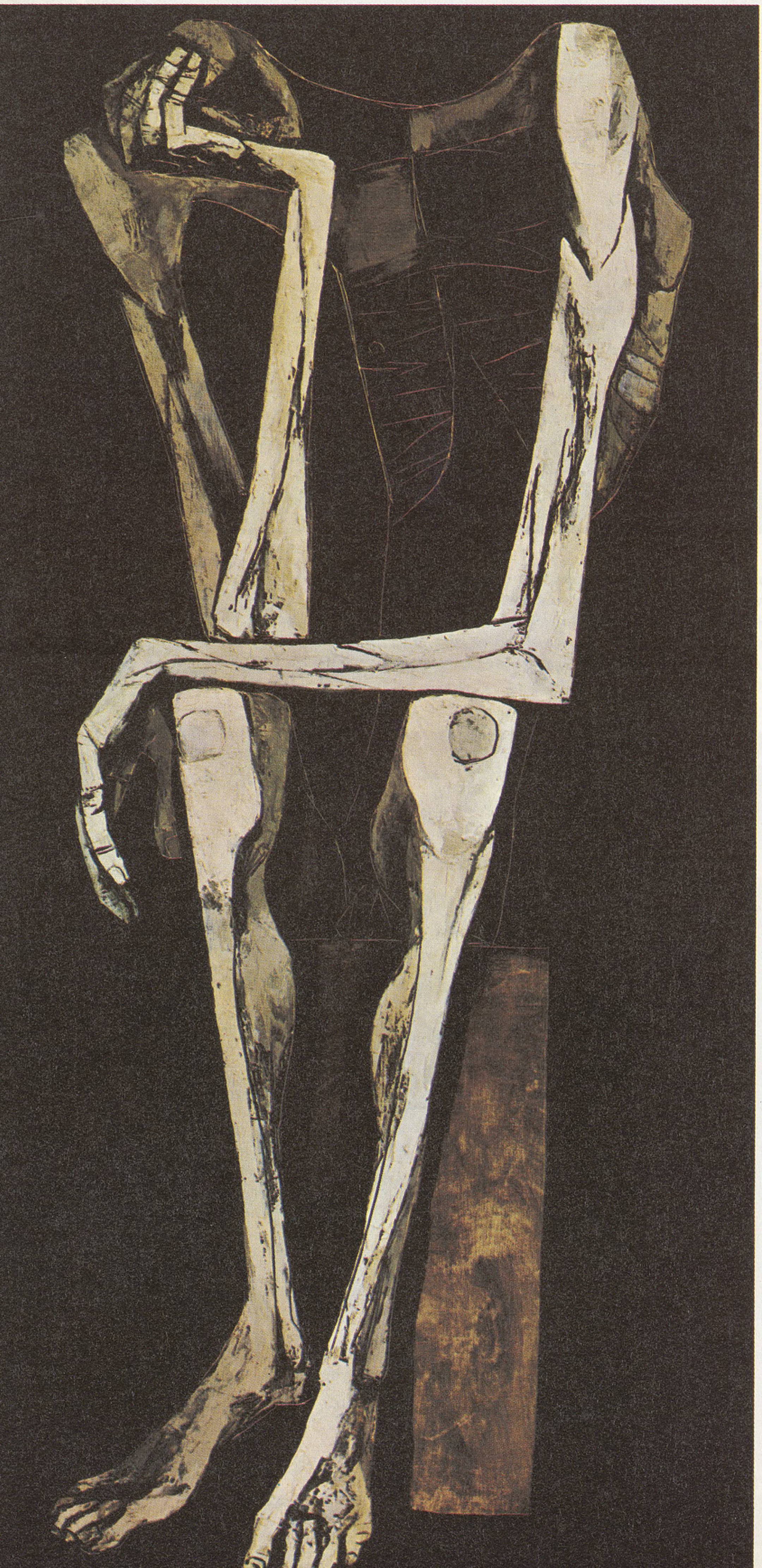


Como muestra significativa de los casi 600 volúmenes de que se compone el impresionante fondo documental de la biblioteca de Palacio, valga (arriba), una de las reproducciones contenidas en las «Cartas de Marear», de Juan Riezzo. Abajo, a la izquierda, ilustración referente al libro «Noticia general de las Provincias del Perú, Tierra Firme y Chile»; a la derecha, motivos sobre la «Historia Universal de las cosas de Nueva España», de Fray Benardino de Sahagún. (Fotografías cedidas y autorizadas por el Patrimonio Nacional.)





GUAYASAMIN



Los nombres de Orozco, Rivera,
Portinari, Tamayo y Guayasamín
forman la estructura andina
del continente. Son altos y
abundantes, crispados y ferruginosos.
Caen a veces como desprendimientos
o se mantienen naturalmente elevados,
unidos territorialmente por
la tierra y por la sangre:
por la profundidad indígena.

Guayasamín, entre los unos y los otros,
emprendió en su obra el
Juicio Final que le pedíamos
a los solitarios del Renacimiento.
Pocos pintores de nuestra América tan
poderosos como este ecuatoriano
intransferible: tiene el toque de la
fuerza; es un anfitrión de raíces:
da cita a la tempestad, a la violencia,
a la inexactitud. Y todo ello,
a vista y paciencia de nuestros ojos,
se transforma en luz.

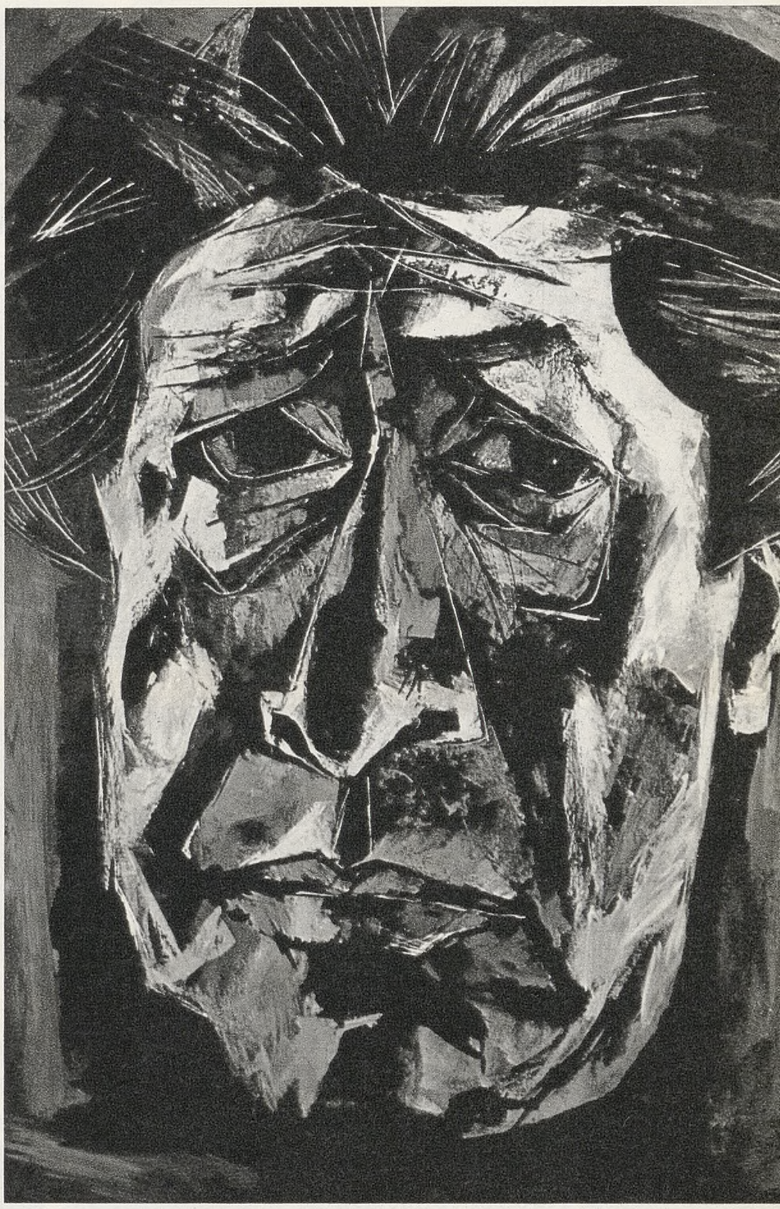
Suponemos que el realismo ha muerto.
Y hemos celebrado el funeral
porque no lo mataron los quiméricos,
los irrealistas, sino los propios
realistas que lo realizaron,
extinguiéndolo hasta presentarnos un
realismo sin carne y sin hueso:
la imitación de la verdad.

Guayasamín es uno de los últimos
cruzados del imaginismo: su corazón
es nutricio y figurativo:
está lleno de criaturas,
de dolores terrestres, de personas
agobiadas, de torturas y signos.
Es un creador del hombre más
espacioso: de las figuraciones
de la vida: de la imaginación histórica.
Yo le tengo en mi santoral de santos
militares, aguerridos,
jugándose siempre el todo por el
todo en la pintura. Las modas pasan
sobre su cabeza como nubecillas.
Nunca le aterrorizaron.

Presento, y es mucho honor para mí,
a este pintor germinativo y esencial,
seguro de que su universo
puede sortenerse aunque nos amenace
como un derrumbe cósmico.
Pensemos antes de entrar en su
pintura porque no nos será fácil volver.

PABLO NERUDA *(Isla Negra 1969)*



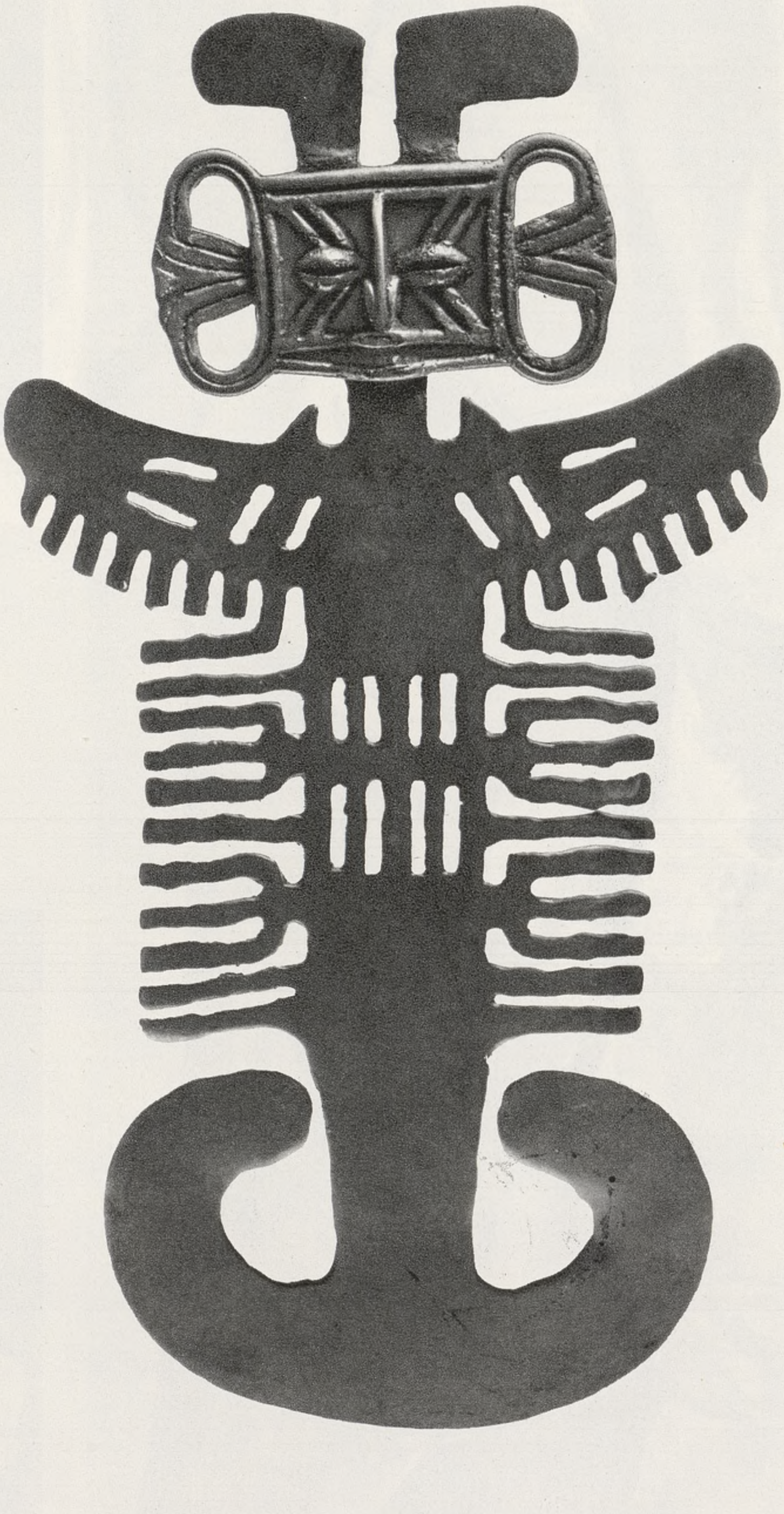


En Guayasamín asoma la conciencia
de una América lúcida,
que reza, implora, medita y contempla
en una atmósfera de ternura
los rasgos distintivos de su ser.
América tiene en la mano, en los pinceles,
en los trazos enérgicos y colores fuertes,
sentidos, de Guayasamín,
uno de sus mejores exponentes.



ARTE COLOMBIANO EN MADRID

CON la presencia de Su Majestad la Reina de España, Doña Sofía, a quien acompañaban la esposa del Presidente de Colombia, doña Cecilia Caballero de López Michelsen, y doña Luz del Valle de Arias, esposa del presidente del Gobierno, quedó inaugurada en el palacio Velázquez, del Retiro, la exposición «El arte colombiano a través de los siglos». Para don Luis González Robles, comisario de Exposiciones del Instituto de Cultura Hispánica «la exposición (que viene a Europa por primera vez), es una manifestación importantísima de las culturas precolombinas, del período hispánico, y una pequeña muestra del arte contemporáneo, que incluye nombres como Botero, Hernández, Negret y otros». El período precolombino consta de 600 piezas de cerámica y orfebrería, de las culturas Tayrona, Ranchería, San Agustín (el núcleo originario), Quimbaya, etcétera. El período hispánico contiene piezas ornamentales, platería, madera tallada y policromada, y se completa con obras de estilo popular y mestizo del siglo XVII y XVIII, para desembocar en la obra del Virreinato, el período republicano, y el arte contemporáneo. El montaje, que está basado en la más completa sencillez, realza la belleza y fuerza plástica de los objetos. La exposición estará abierta durante un mes o mes y medio, y se la quiere llevar a Barcelona, antes de su regreso definitivo a Colombia.—■













La cerámica y la orfebrería de las culturas precolombinas es una muestra más de la riqueza en arte y saber de esta exposición.

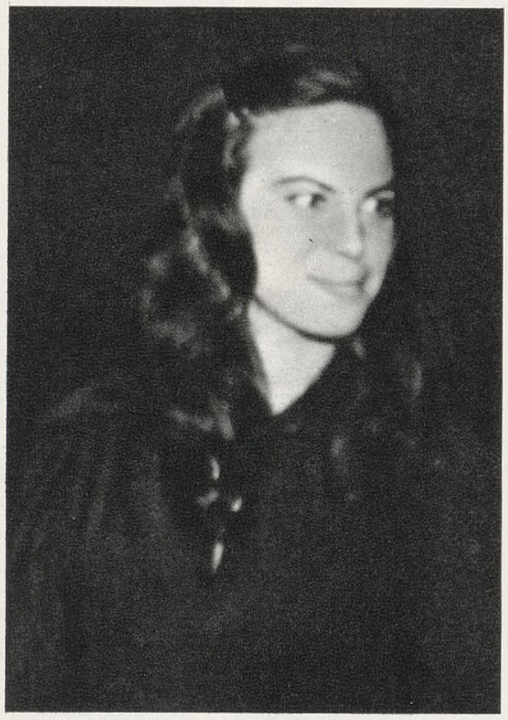
PREMIO PANERO: «POLVO QUE UNE»

Polvo que une (1) ostenta el Premio Leopoldo Panero 1974. El galardón, muy justificadamente codiciado, lo concede, en nombre del Instituto de Cultura Hispánica, un jurado prestigioso. Es una recompensa para poesía; y, es obvio, destinada a poetas. A veces constituye una revelación para los lectores y siempre una consagración.

Es *Polvo que une* obra de una mujer joven, una poetisa de veintitrés años y de nacionalidad argentina. Sólo había publicado antes un libro, *Amanecer cerca* y, según noticias, tiene escrito un ensayo sobre Sylvia Plath. Con indudable penetración alguien ha señalado ese título, *Amanecer cerca*, como premonitorio. Hoy, para María Julia de Ruschi Crespo ya ha amanecido.

No arrastra el amanecer de los poetas clamores, pero sí luminosidad que atrae la atención de los amantes de la poesía. Y la poesía puede ser amada por esa minoría inmensa que deseaba, y para la que componía, Juan Ramón Jiménez.

Esta poetisa y universitaria de veintitrés años no ha conquistado el galardón con un libro ligero y alegre. Sus versos tienen en



María Julia de Ruschi.

todo momento un acento profundo, grave, dramático, unas veces resignado y otros desgarrado y como en rebeldía. En suma, ese acento es elegíaco. Cumple recogerse, como así se hace en una solapa del libro, alguna frase del comentario de Rojas Herazo: «Es el encendido resumen de una experiencia amorosa que madura la muerte». Elegíaco y agónico. Un libro, en cierto modo, abismal.

A juicio nuestro, este libro, como otros de grandes poetas del pasado y del presente, y en una muy determinada orientación, es un libro que transmite el dramático viento que lo cruza; como un viento que bate los árboles y los derriba en torno de quien canta su verdad desesperada, la suya, en absoluta soledad.

Ha periclitado el tiempo de la imagen para la poesía de María Julia de Ruschi Crespo. Con vivencias intensamente reales fabrica sus símbolos, o mejor dicho, el símbolo que es expresión del poema.

No trata la poetisa de presentar descripciones convincentes al poner en juego sus aparentemente desarticuladas realidades. La realidad y el sueño se contrapesan y se equilibran y de ahí nace un mensaje —permítasenos la palabra— que cala hondo, conmueve, estremece, a quien se adentra en lo que María Julia de Ruschi Crespo va diciendo.

SOMBRA
en mi dolor
suicidado

todo sangra
luz
en las pupilas pardas
de la luz
todo dividido
en el cuerpo dividido
todo...

Es un tanto lúgubre la presentación que de sí hace la autora, una presentación poética, por supuesto, muy hermosa y como dictada por un sueño suministrado por el inconsciente que es, en definitiva, la inspiración que singulariza y eleva la creación artística:

SE QUE A NADA puedo pertenecer, que sólo me poseo a mí misma. Miro mi muerte con una mirada que se abisma en sí, estoy condenada a crear nada. Miro la muerte dentro de sí —yo misma—, sé que muero sola. Conozco esa angustia en su integridad, pues lo total es un límite. Y conozco más: he sido desarraigada por la alegría desesperada del amor, y su misterioso abandono de los límites.

Dos párrafos más, de extensiones semejantes y otro más breve, completan la confesión que nos va a introducir en ese mundo del amor y la muerte por el que navega esta muy hermosa obra galardonada con el Premio Panero 1974.—M. P. F.

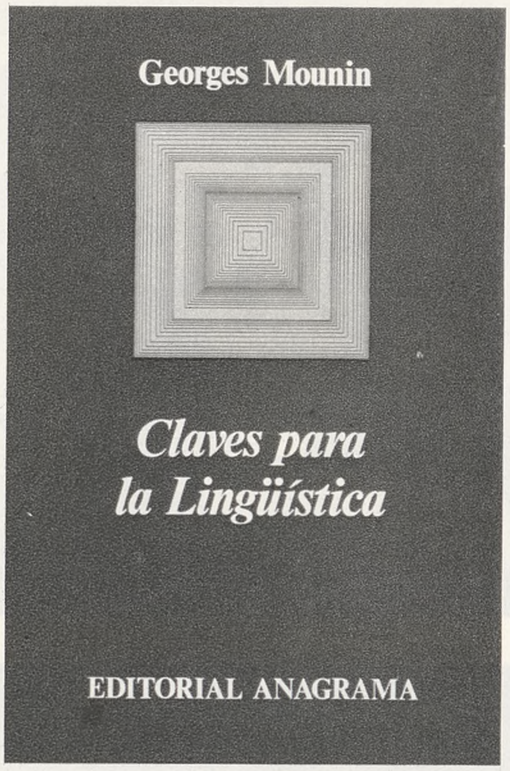
(1) Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.

CLAVES PARA LA LINGÜISTICA

Para adentrarse en el campo de la lingüística, una de las ciencias más complejas al tiempo que más actuales, nada mejor que el libro de Georges Mounin, *Claves para la lingüística* (1). Es un trabajo esclarecedor para asomarse a la problemática actual de las ciencias del lenguaje, pudiéndose considerar como una auténtica guía para el lector interesado en estos temas. El libro va analizando una serie de temas, desde los más genéricos —la historia— hasta los más específicos, como serían, por ejemplo, la fonología, la sintaxis estructural, la semántica.

El conocido autor desarrolla su aproximación desde una perspectiva crítica, orientando, en la primera parte, hacia aquellos libros que hay que leer, como los *Elementos de lingüística general*, de Martinet, del que dice: «Presentado en forma clara, sin complicaciones terminológicas inútiles, pero de formulación densa, es un libro de trabajo que no está hecho para ser leído (aún menos para ser ojeado de pasada), ni siquiera consultado, sino para ser practicado. Realizado por uno de los grandes lingüistas actuales, es un verdadero manual, completo, progresivo, orgánico, elemental, pero que propone la iniciación a un alto nivel, en el que los conocimientos adquiridos deben ser no movilizados por la memoria, sino aplicados por la reflexión».

Páginas de una gran riqueza y profundidad son las finales, en las que describe una pieza clave en el edificio lingüístico: las connotaciones que, según Martinet —que acabamos de citar— «son todo lo que en el empleo de una palabra no pertenece a la experiencia de todos los usuarios de esa lengua». Y Mounin añade: «En efecto,



aprendemos las palabras en situaciones completamente diferentes unas de otras. Algunas, en la escuela; muchas en casa, en la calle; otras en los libros; otras incluso en los bosques.» Después de pasar al análisis de algunos ejemplos concretos, concluye el autor, en el capítulo relativo a la estilística, con estas palabras: «En la encrucijada en la que comprendemos por qué probablemente cierto poema nos asalta, nos posee y nos emociona de una determinada manera, concurrirán causas lingüísticas formales, pero también causas psicológicas, psicoanalíticas, históricas, sociológicas, literarias, etc. Y es todo el conjunto el que dará cuenta de eso, aún tan misterioso, que es la función poética: por qué algunos mensajes producen en nosotros efectos inconmensurables con relación a los de todas las demás especies de mensajes que recibimos cotidianamente.»

Por último, sólo diremos que *Claves para la Lingüística*, de Georges Mounin, es un libro muy valioso para entrar en una ciencia que impregna hoy todo el pensamiento contemporáneo.—J. del A.

(1) Claves para la Lingüística, de Georges Mounin. Editorial Anagrama. Barcelona, 139 páginas.

TIEMPO INTIMO

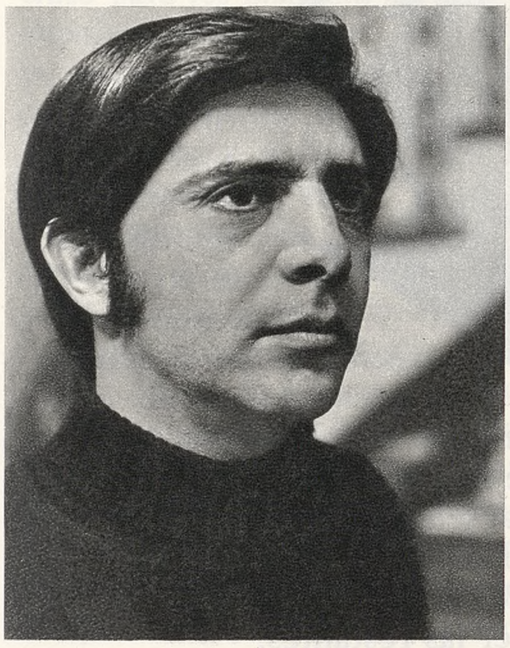
Para un poeta, heredar un idioma decantado implica tanta responsabilidad como heredar un trust económico: o el caudal aumenta, o viene la quiebra. La poesía andaluza, esa rosa trabajada por los siglos, alcanzó en éste una perfección de mecanismo de relojería: Manuel Machado, García Lorca, Rafael Alberti (entre muchos otros), compusieron verdaderas sinfonías verbales.

Manuel Ríos Ruiz, que acaba de publicar *Tiempo íntimo* (antología: 1963-1974), tiene conciencia de ello desde su primer libro. Esta herencia, esta responsabilidad, será «La carga»: «Soy andaluz. Miradme por la frente / este juego de luna con arena.» Tener antecesores que van desde los exquisitos árabes de los divanes a un joyero de la palabra como Juan Ramón Jiménez, es tan acomplejante como ser hijo de un hombre genial: no puede permitirse el lujo de ser mediocre. Ríos Ruiz, entonces, empezará buscando «su alegría y su persona» (su primer libro se titula *La búsqueda*), tratando no de renegar de una preciosa

herencia idiomática, sino de enriquecerla tocando una tecla distinta: su intransferible visión del mundo. Lo primero que sabe un creador es que lo que se desfonda desde adentro con palabras, es algo tan irrepetible como sus huellas digitales; el arte es un problema de sinceridad.

En obras posteriores, el universo poético de Ríos Ruiz se ensancha; junto con el crecimiento de la experiencia y el afinamiento del espíritu, viene el del estilo. *Tarde de toros* (pp. 45-46), por la manera de estar encarada, es una composición que, al revés de las de Alberti o Lorca, va más a lo subjetivo que al ritual épico, más a la anécdota de entrecasa que a los clarines de la galería: «Sé que esta tarde, Rafael de Paula, amigo, volverás a ponerte altamente / de pie como un lázaro gitano y, los machos, apretados, te dirán de tus piernas / la existencia; que besarás tu áureo medallón de marquesa enamorada / y bajarás la vista lentamente hasta tu sombra.» Se enfoca el tema desde otro ángulo: desde la corrida vista por el torero: «Pensarás que la suerte —diosa esquiva— puede estar difusa a tus ojos, / que una tempestad emerge de la arena...»

Amores con la tierra (1969), tercer volumen del autor, es ya la muestra de un poeta



Manuel Ríos Ruiz.

seguro de su oficio, con estilo y temática propios. Desfila por sus páginas (al igual que en el anterior, *Dolor del sur*) no la clásica Andalucía de finas torres y guitarras de tormento, sino la de las calles familiares, la del desamparo, la del sol de la aldea. Dos facetas de la poesía de Ríos Ruiz le dan una identidad inconfundible: por una parte, la de equilibrar el canto con el cuento, al ir narrando sucesos y personajes; por otra, la de disponer de un arsenal inacabable de palabras, de un idioma exhuberante. «Ofrenda y súplica al mar» (p. 72) y «Honores a la guitarra» (p. 75), poemas pertenecientes a esta colección, son memorables.

En *El oboe* (1970) «a dos mil años de la era / de Virgilio y maravillado de existir», el autor ejecuta un verso eufónico con un ajuste no conseguido antes, y redescubre la vieja veta latina del poema bucólico de largo aliento, adaptándolo a su tiempo y su entorno. Es éste, quizá, el intento más ambicioso de esta antología precoz (Ríos nació en Jerez en 1934).

Los arriates, de 1972, es el libro de las flores, en el que la armonía de las palabras ha llegado a una orquestación barroca. La «pura, encendida rosa», que por haber sido tanto y tan bien cantada a través del tiempo parecía un tema prohibido, resurge como un imperativo: «Adorad sus luces, el pan que significan, / con el regazo de amor en la mirada, ahora y por ahora, / antes de que su efímera y grande maravilla vire / y pierda, entre la tarde, rumor y nombradía, registro / de sorpresa, salud de viva lira, lozanía, continente, / esplendor y donaire, comunión con el patio, amén».

La paz de los escándalos (1974) contiene, me parece, el germen de lo que será la futura obra de Ríos: hay una introspección metafísica con mucho de autobiográfico, un primer intento hondo de descubrir las grietas y los resplandores subterráneos del corazón.—L. de P.

LA GUERRA HISPANO-CUBANO-AMERICANA

En 1898 afirmaba el periódico socialista inglés «Justice»: «Las guerras modernas se han convertido, en un par de generaciones, en guerras de comercio». Tal interpretación se vio refrendada posteriormente por otros órganos de la prensa americana. Esta consideración cuadra perfectamente con la actuación que sostuvo el gobierno estadounidense respecto a la guerra de Cuba, a partir de la cual su política imperialista no ha dejado de crecer. De la admirable actuación del Ejército de Liberación Cubano, la actitud española y la estrategia yanqui para entrar en el litigio, trata la presente obra, rigurosa en todos los sentidos, del autor norteamericano Philip S. Foner (1).

De forma diáfana encontramos hacia 1878 estas tres actitudes:

El pueblo cubano rebelde (los «mambises»), conocedores de la pauperización creciente, con un dominio absoluto de la táctica de lucha de guerrillas, más el importante dato (1880) de la abolición de la esclavitud, ya no tendría más misión que la lucha a muerte de forma imparable.

El gobierno estadounidense va descubriendo paulatinamente cuáles son sus auténticos intereses; estas palabras son suficientemente elocuentes: «Esa rica isla —escribía Blaine— aunque esté en manos de España, es una parte del sistema comercial americano». También, «... se me hace la boca agua cuando pienso en Cuba como un Estado más de nuestra familia». (F. R. Coudert, figura prominente de Wall Street).

Finalmente, el Gobierno español, que pasó por varias fases: desde la confianza en el aplastamiento de la rebelión (llegó a mandar a sus famosos generales Martínez Campos y Weyler), hasta una pretendida alianza con los propios cubanos frente al peligro yanqui, una vez los gobiernos europeos le habían dado la espalda.

En 1895 y con el «grito de Baire» se desencadenaba el asalto final. José Martí y los «mambises» habían sacado experiencias de la anterior contienda.

Se inicia el ataque conjunto y desde el primer momento los españoles van perdiendo terreno. Nunca se valoró el ejército insurgente; los yanquis pretendieron siempre cargar en sus espaldas toda la gloria de la batalla, mientras que a los mambises se les ordenaba cavar zanjas o poner alambradas.

Con la llegada de los marines y su moderno armamento, el ímpetu del ejército de Cuba se redobló; frente a ellos, los batallones hispanos están cada vez más desmoralizados, la fiebre amarilla, por otra parte, se ceba en sus filas. Así nos encontramos con que el 17 de julio se rinde la ciudad de Santiago, hecha con todo el protocolo de las artes bélicas. Para tal acto, glorioso y esperado tanto tiempo, no fue invitado ningún jefe cubano. Los americanos asumieron sus funciones. La guerra hispano-cubano-norteamericana había durado exactamente tres meses y veintidós días.

Una vez consumada la derrota española,



empezaba la guerra sin armas, la de los tratados, enmiendas, etc. Foner hace especial hincapié en señalar las dos actitudes en liza: el gobierno de Mc Kinley, que no iba a dejar libre a un país que le interesaba comercialmente («Americanicemos Cuba», era la consigna), para lo cual puso en práctica todo su aparato diplomático. Enfrente, el pueblo de Cuba ansioso de independencia, aunque potencialmente minimizado, con la consideración de personas incapaces para regirse por sí mismas. Esto llevó a la imposición de la tristemente célebre «Administración Wood»; con ella, se dijo, «Cuba, en tres años, está más pobre que en ningún otro momento desde hace ochenta».

La situación llega a ser tan clara y la concienciación tan grande, que el pueblo cubano no tarda en organizarse: comienzan las huelgas y se fundan dos importantes grupos políticos: el Partido Socialista Cubano y la Liga General de Trabajadores Cubanos, lo cual denotaba el nacimiento a las ideas socialistas que se estaba dando.

Había que buscar alguna solución para enmascarar la opresión y, en principio, no pareció mala la de montar unas elecciones para votar sí o no a la anexión de Cuba por los Estados Unidos. Mientras Mc Kinley era reelegido presidente, se impusieron unas lamentables condiciones para ejercitar el sufragio. La derrota fue total pero el control sobre la isla no iba a perderse. Se recurre entonces a la «Enmienda Platt», aprobada por la Convención Cubana con un voto de diferencia. De lo que esto suponía comentaba *El Mundo* de La Habana: «... La independencia y la nacionalidad cubanas se han convertido en súbditos de los Estados Unidos...». Más tajante fue el *Courrier Journal*: «... Los cubanos están entrando por el aro. Nosotros también lo haríamos si estuviésemos rodeados de bayonetas y máusers...»

Los efectos de la Enmienda fueron amplios y así la independencia cubana pudo dejarse de llamar como tal. En 1902 finaliza la ocupación militar americana, una vez asegurada la económica y tras ser elegido el primer presidente de la nueva República, Estrada Palma, que con su nueva actitud, no iba a incomodar al gobierno yanqui. El *Post* de La Habana saludaba con alegría este suceso, pero no dejaba de señalar que el nuevo gobierno se inauguraba maniatado, y en la esfera de influencia de los Estados Unidos.—J. A. M.

---

(1) Philip S. Foner: «La guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano». Tomo 1.°, pág. 355. Akal Editor, Madrid.

Si desea visitar Europa, no alquile un coche. Compre

"FIATBILIDAD"



La "Fiatbilidad" es un nuevo sistema de compra de coches realizado por FIAT HISPANIA, pensado para facilitarle a Vd. las cosas.

Para empezar, en menos de 48 horas le entregamos su nuevo coche (Fiat o Lancia) sin más trámites. Listo para rodar.

En el momento de la venta podemos establecer con Vd. un precio de recompra, que le permite devolvernos el coche, si lo desea, al regreso de su viaje.

De esta forma, por el precio de un alquiler, Vd. dispone de un coche nuevo, recién salido de fábrica.

Un coche con doble garantía. La del propio coche y la de la extensa red de asistencia técnica Fiat y Lancia.

Estas son algunas de las ventajas de la "Fiatbilidad".

Si quiere conocer las restantes, póngase en contacto con cualquiera de nuestros concesionarios.

FIAT HISPANIA, S.A.

MADRID

FIAT HISPANIA, S.A.
(FIAT-LANCIA)
Pº de la Habana, 74
Tel.: 2598200

AUTO-QUER
(FIAT)
Alcalá, 73
Tel.: 2760704

MAVILSA
(FIAT-LANCIA)
Calvo Sotelo, 16
Tel.: 2764600

GARAJE GUERRA
(FIAT)
Goya, 99
Tel.: 2257467

SECORSA
(FIAT)
Avda. Generalísimo, 51
Tel.: 2704880

BARCELONA

FIAT HISPANIA, S.A.
(FIAT-LANCIA)
Gran Vía de Carlos III, 62
Tel.: 3212800

PALMA DE MALLORCA

DARDER, S.A.
(FIAT-LANCIA)
Roselló y Cazador, 44
Tel.: 252240

VALENCIA

BASSET, S.L.
(FIAT-LANCIA)
San Vicente, 79-81
Tel.: 214581

VIGO (PONTEVEDRA)

SALFER Y CIA., S.L.
(FIAT-LANCIA)
Pontevedra, 4 y 6
Tel.: 222901

ALICANTE

MOVILPER, S.L.
(FIAT-LANCIA)
Avda. de Orihuela, 166
Tel.: 227045

MALAGA

E.A.S.A
(FIAT-LANCIA)
Ctra. Cádiz, 242
Tel.: 315350

EN EL ESPEJO DE LA PSICOLOGIA

EL HOMBRE Y SU CUERPO

Por
JAVIER DEL AMO

EL hombre de hoy vive disociado de su cuerpo. No ocurre eso sólo en las psicosis en las que bucea R. D. Laing en su libro «El yo dividido», sino también en el hombre normal, aquel «hombre medio» del que se dice que está sometido al *stress*, las prisas, las tensiones contemporáneas... El cuerpo no traga la urbe que es hoy impensable incluso para los más imaginativos novelistas, no soporta la locura colectiva del tráfico rodado y de la macro-soledad, siente una tristeza infinita ante la exactitud de la computadora, la alimentación «standar», los antibióticos de amplio espectro. Siente su cuerpo un nudo en la garganta incluso cuando puede respirar —en el desolador día festivo en el campo circundante— el polvo de las eras allá en el campo liso y yermo. Porque ese campo liso y yermo, ese páramo para todos igual, es la versión austera de una naturaleza nutricia con la que el individuo rompió hace decenios.



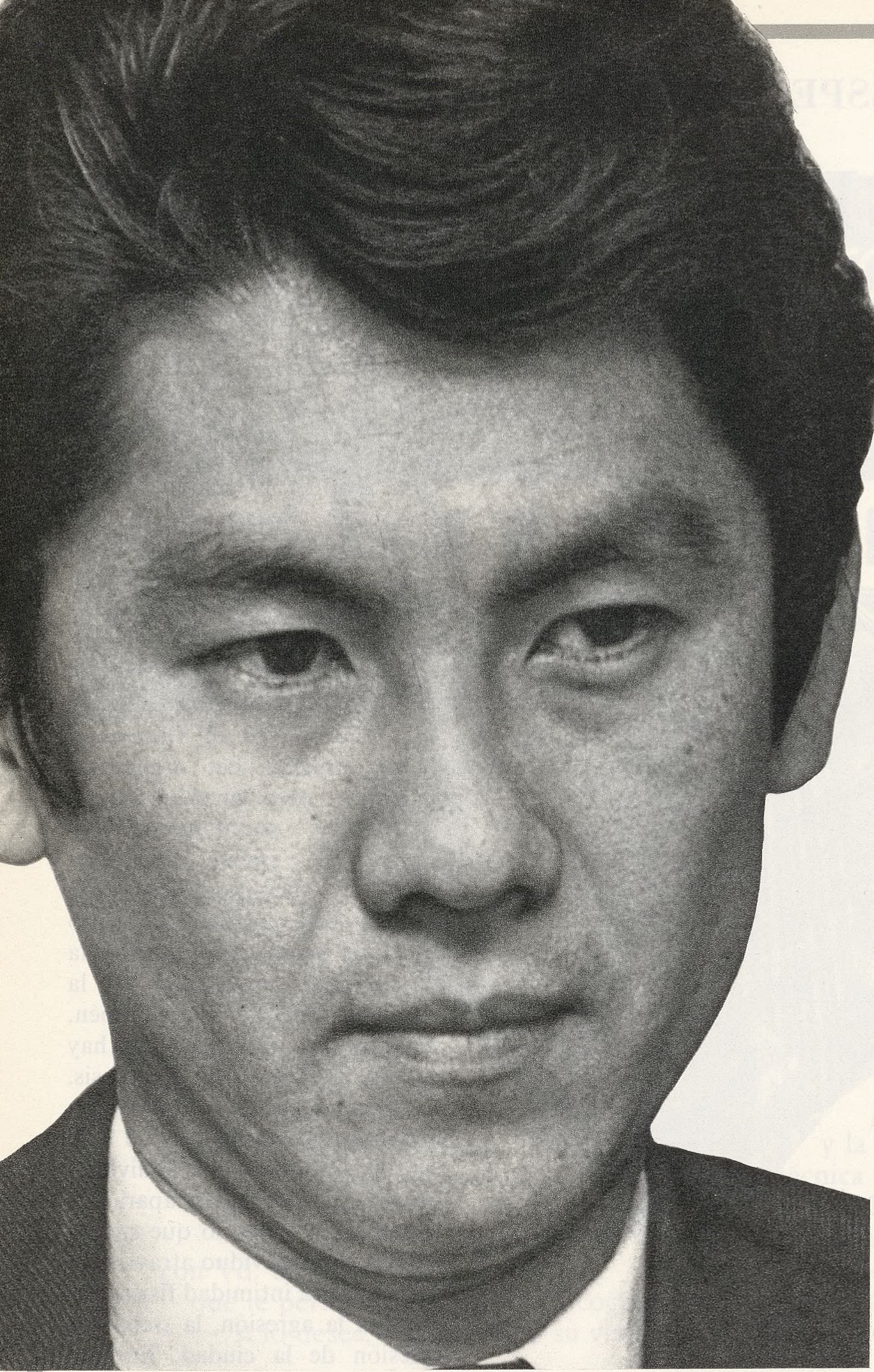
Este hombre divorciado de su cuerpo tiene dos yos: el yo mental, que es el yo que el mundo en que vive le ha fabricado (un falso yo que ha —irremediablemente— de asumir) y otro yo; éste yo es el auténtico, llamémosle «yo profundo», «yo vital» y que no tiene más remedio que pactar con el cuerpo decepcionado, abatido, desesperanzado.

Llevemos a un residente en la gran ciudad a otras urbes, muy alejadas incluso de su geografía, idioma, configuración socio-política: Varsovia, Nueva York, Londres, Río de Janeiro; escarbe usted en sus sensaciones con un test proyectivo y verá cómo tiene este residente en la gigantesca ciudad la oscura impresión de haber estado allí. ¿Por qué? Pues porque la sociedad nos obliga a llevar un tipo de vida semejante, afín, a otros géneros de vida. Hay un fondo común en todos los paisajes urbanos.

La vida en la ciudad es una experiencia vital truncada. Las imágenes ancestrales del Apocalipsis son cotidianas a nivel de cualquier percepción urbana. Asómese usted al mirador y verá, a poca fantasía que le eche, el Juicio Final.

Comparar el funcionamiento del organismo vivo con el del cuerpo social ha sido corriente en la historia de las ideas. Pues bien: el funcionamiento del organismo humano y la marcha implacable de la ciudad pueden ser, también, comparados. En efecto, si hay un «yo dividido» en las psicosis, podemos decir que también la ciudad está dividida: por un lado está la intimidad del individuo —su casa, su cama, su aparador, su suelo— y luego lo que sucede cuando este individuo atraviesa la puerta de esa intimidad física: ahí empieza la agresión, la tremenda agresión de la ciudad. En este segundo ámbito es donde el cuerpo ya no soporta, dice «no» y enferma psicosomática, sexual, fisiológicamente. No tolera más, ya no puede más.

Para el hombre primitivo, el castigo del cielo venía en forma de rayo, de piedra, de tifón. Ahora el castigo no viene de ahí —de aquel cielo cuya perspectiva hemos perdido—, sino de las condiciones de vida que ese hombre creó: y entonces aparece la enfermedad cardiovascular con su guadaña, la obsesión con su espiral de absurdidad, la desmesurada emoción no compartida; viene todo eso, en fin, para objetivar un castigo creado por el hombre mismo. —■



UN POETA BOLIVIANO EN MADRID

PEDRO SHIMOSE

La libertad de la escritura

Por
ANGEL LEIVA

ANTE *Caducidad del fuego* un hombre aspira los próximos relámpagos, reúne el tiempo eterno que otorga la poesía, y es esto o algo más cuanto parece proponernos este sudamericano de Bolivia, o más bien de cualquier sitio donde la vibración de Pedro Shimose pueda fijar su residencia fija de hombre y de poeta.

A lo largo de una estabilidad sensible que se manifiesta entre esa lineal pura por la que se conduce, paladea, habita o imagina, Shimose esgrime los distintos elementales ecos del ser en movimiento y que además funciona en posesión de datos, que resultan únicamente permisibles a aquél que hilando por lo fino procura registrar un alto momento de la lírica.

Caducidad del fuego, el libro de Shimose, accésit en el concurso «Leopoldo Panero 1975», está aguardando ahora a que yo diga que entre la libertad de su escritura pueden advertirse no los signos artificiales del oficio, artesanalmente hablando, sino ciertas destacables señales que por cierto contiene este importante libro: La carga necesaria de quien sabe que más allá del sufrimiento por la vida, otro hombre viene a describirnos su destino. Y éste es Shimose, y es el libro de poemas donde la *doliente quimera* alcanzó ya la dimensión y altura que requiere toda verdadera poesía.

SECRETO DOLOR

Porque *Caducidad del fuego* se ha visto desprenderse desde las entrañas, sobrepasó los límites del secreto doloroso, para adentrarse finalmente entre sus vivos, como quien se planta ante la bestia, nos sacude, hurga y deposita en el sitial donde *vuelvo el rostro y veo la dimensión del odio.*

Juzgado en términos de una objetividad aparente, *Caducidad del fuego* se nos representa como un libro espléndido-perfecto, salvo esas lagunas visotemporales donde Shimose acude al conocido recurso del gra-

fismo, pero que por fortuna para la buena poesía contemporánea él mismo entiende que no es todo y por lo mismo intenta las caléndulas del rigor poético, que partiendo del lenguaje paraconstructivo logra silenciosamente cuanto se propone, lo que es decir ya mucho.

Shimose o la poesía de Shimose, eso está claro, posee el misterioso don del árbol de *la alegría de la tierra prometida*, que en Ungaretti nos arroja esos pequeños-grandes frutos de la pasajera dicha y que pueden sostenerse bajo la vocación de aquella temporalidad difícil del espacio, donde también Pedro parece convencernos de que tal vez existan soledades nuevas. Aquello inobjetable que resulta cuando lo trascendente toma forma de continuidad cifrada por el exacto momento de asumir la vida en función crítica.

El poeta acierta, si vale la palabra, cuando dice: *La realidad no es culpa mía. Yo no la hice.* Pero conocedora del tiempo neblinoso que nos cubre, la poesía de *Caducidad del fuego* habita el tempo de los rituales ritmos del espíritu hacedor, atiza las cenizas todavía calientes de la perpetuidad amorosa y crea como si se paseara por el *Mar del norte* hasta llegar diciéndonos:

Arriba el viento y borra
las huellas de la luna
sobre los médanos de
Zeebrugge.
Todo es nuevo.
No sé nada
ni recuerdo nada...

Quizá porque la realidad en Shimose es solventada por la subjetividad surgente del poeta, y hasta que el hombre adscribe al tiempo de quienes aparecen para develarnos otras incógnitas, cuyas corrientes yacen insepultas en el Unamunismo humano de aquel gran maestro, es que perduran afortunadamente estas señales luminosas para que a ojos vistas se desnuden los melancólicos poderes de este siglo.

Está de más decir que la poesía de Shimose entonces habrá encontrado el alba, la horizontal del bello día y por la que todo hombre se desvive, máxime cuando éste se plantea, a través de las dificultades que la palabra escrita proporciona, una resolución de ideas. Lo que cabe preguntarse es si después de esta *Caducidad del fuego*, volverá Shimose a colocarse entre aquellos *poemas para mi pueblo* o los *triludios en el exilio*, por lo que también ahora en este libro augura desde su honorable *Quinta de San Pedro Alejandrino*:

Reducido a ti mismo
eres arcilla
dolida de ser
hombre.
En el exilio
es donde tú,
extranjero
que interrogaste al sueño,
descubres
que eres apenas un
error
....

Se trata de un poema tomado así al azar, pero que viene a cuento porque podamos encontrarnos con el poeta haciendo su camino, como diría Machado, en el orfebre acto de dilucidar el paso por la vida y que en solariega noche extrae como un tahur de firma aquellas cartas de la desesperación del mundo. Y así se salva la poesía, el hombre.

POESIA COMPROMETIDA

Para terminar explico que, más allá de la significativa zona donde el poeta se convierte en hombre-páramo, las alusiones críticas o referenciales en torno a la obra de Pedro Shimose resultan muy difíciles de apuntar en poco tiempo, salvo como no fueran ciertos rasgos de la visibilidad inmediata que percibo y que el degustador que piensa en un sentido más o menos práctico expone esto que siento: La poesía de Shimose o *Caducidad del fuego* alcanzan por ahora cuanto el poeta posiblemente ha venido a proponernos: La necesidad de mostrar inteligentemente un tiempo que nos corresponde. Será el poeta entonces quien a través de unas preguntas corrobore, tache, agregue, si es preciso, en cuanto a lo que hasta aquí viene apuntando.

—¿Existe la poesía comprometida?

—*Para quienes creemos en la libertad, todo acto es una elección y toda elección es un compromiso. Pero hablar de «poesía comprometida» es riesgoso porque, por lo general, este terreno suele confundirse con la llamada poesía social, cívica o política. Debo aclarar, para el lector español, que yo escribí y publiqué este tipo de poesía que, a partir de 1973, he desechado.*

—¿Y por qué a partir de una fecha tan precisa?

—*Porque en 1973 visité Cuba en calidad de jurado de poesía del Premio Casa de las Américas. Dicha visita fue suficiente para echar por tierra mis simpatías hacia Cuba y la experiencia socialista que se lleva a cabo allá. Lo que vi —mejor dicho, lo poco que me dejaron ver— ha sido más que suficiente para darme cuenta de que aquello es un sistema totalitario. Fundado en esta convicción dejé de creer en el tipo de poesía que yo escribía. Sin quererlo, mi poesía libertaria favorecía a una ideología que niega la libertad.*

—¿Crees que tu estancia en España ha influido en tu poesía?

—*Creo que sí, sobre todo porque me ha permitido reflexionar sobre el lenguaje y me ha obligado a repensar mis experiencias.*

—¿Qué opinión te merecen los concursos literarios?

—*Los concursos son necesarios. A través de ellos los poetas conseguimos que nos lean otros poetas; además, los concursos significan, casi siempre, una recompensa económica que nunca deja de alegrarnos.*

—¿Qué opinas de la nueva poesía hispanoamericana?

—*La nueva poesía hispanoamericana no tiene, desgraciadamente, ni la coherencia ni la difusión que tuvo, por ejemplo, la nueva narrativa hispanoamericana. Los nombres de los patriarcas siguen dominando nuestras lecturas y nuestras conversaciones. Por otra parte, hacen falta críticos de poesía que empiecen a «sistematizar» y analizar obras importantes como las de los mexicanos, nicaraguenses, peruanos, argentinos, colombianos, etc.*

—¿Qué influencias recibe tu poesía?

—*Prefiero hablar de estímulos. Toda lectura de poesía (cualquiera que sea el autor) constituye un estímulo para el artista. Es, pongo por caso, lo que me ha ocurrido últimamente con Alan Borne.*

—Pero tendrás preferencias, es decir, autores o libros a los cuales siempre vuelves.

—*Sí, la Biblia (ahora estoy leyendo la versión protestante de Valera), Platón, Shakespeare, San Juan de la Cruz, Goethe, Hölderlin, Hopkins, Vallejo, Cernuda y un largo etcétera.* —■

HEIDI



—«Heidi», con «Pedro» y «el abuelo», personajes de la serie japonesa de dibujos animados, basada en la novela de Juana Spyri, que ha constituido un resonante éxito en la televisión española.

LA perfección formal de un paisaje, la gracia innegable de las figuras que sobre él evolucionan y, muy especialmente, la ternura poética que preside el eje central de su argumento, han convertido a «Heidi», serie japonesa de dibujos animados basada en la famosa novela de Juana Spyri, en un resonante éxito que, superados con creces los límites de popularidad inicialmente previsibles, adquiere ya visos de auténtico fenómeno sociológico.

Hoy en día, cuando la difusión televisiva de la serie —remanente en la cabeza de los paneles de aceptación desde el comienzo de su puesta en antena— toca a su fin, los quioscos y librerías españoles se ven materialmente cubiertos por un sinfín de publicaciones que, de una u otra manera, se benefician del «boom» publicitario del simpático personajillo. Así, como ha ocurrido con tantas y tantas obras de creación, una historia que, por su temática y ambientación natural, constituye un acusado contraste con el ahogamiento ciudadano en que nos movemos, se ha visto asumida por los mecanismos comerciales; incorporada a los engranajes de la maquinaria consumista.

De éstas y algunas otras cuestiones charlamos con Marisa Marco, joven veterana en las tareas radiofónicas, magistral actriz de doblaje que, encarnando el papel protagonista en la versión nacional de «Heidi», ha dado la medida de su indiscutible categoría.

—Ha llegado la fama, Marisa...

—*Ni mucho menos. Tengo plena conciencia de que la relativa popularidad que he podido adquirir con mi labor en la serie, se irá extinguiendo paulatinamente, como los ecos de este personaje del que, en razón del enorme tinglado formado a su alrededor, empezamos a estar un tanto saturados...*

—Sin embargo, profesionalmente...

—*Profesionalmente he visto incrementado el número de ofertas para doblar personajes infantiles. Ya con anterioridad había hecho el Tommy de «Pippi Calzas Largas» y Mary la hija mayor de «La Casa de la Pradera».*

—Eres, por tanto, una experta en este tipo de papeles.

—*Todo lo contrario. La verdad es que, aparte las dificultades inherentes al doblaje de dibujos animados, el mayor problema planteado por «Heidi» ha sido vencer el cierto grado de cohibición motivado por el hecho de encontrarme rodeada por figuras consagradas del género.*

—En algunas ocasiones, el actor dramático llega a «creerse» realmente su papel de ficción. ¿Ocurre algo parecido cuando se trata de prestar la propia voz?

—*Si tengo que hablar por mí misma, creo que no. Es necesario, sí, asumir e imitar el estilo del personaje*

EL TRIUNFO DE UNA VOZ

MARISA MARCO ES «HEIDI»

que aparece en la pantalla; pero de ahí a surgir una doble personalidad... Bueno, ¡yo nunca me he creído Heidi!

Si hubiera que definir a Marisa Marco con una sola palabra, ésta debería ser «sonrisa». Porque hay una permanente sonrisa dibujada en la suavidad de sus labios. Y un cierto halo de alegría que parece envolverla y trascender más allá de las palabras y los gestos.

Una sonrisa. Y unos enormes ojos azules.

—Aprovechando tu buen momento actual de proyección pública, ¿has llegado a plantearte la posibilidad de tu lanzamiento cinematográfico?

—*¡No, por Dios! ¡Me moriría de vergüenza! Soy terriblemente tímida y me aterra pensar que un buen día podrían reconocerme por la calle. El mundillo del estrellato, ese constante ir y venir de las fiestas sociales, no me interesa en absoluto. Esto, desde luego, no es una pose, sino un simple problema de temperamento. Quizá una de las razones por las que me encuentro tan a gusto en la radio, por las que soy capaz de vencer mi introversión frente al micrófono, sea precisamente la garantía de anonimato físico que ofrece este medio.*

—Hablas de la radio... ¿qué importancia tiene para ti?

—*Mira, creo que hasta cierto punto puede decirse que mi vida comienza en realidad con el inicio de mis actividades radiofónicas. De pequeña, por mor de la profesión de mi padre, me vi forzada a viajar y viajar; cambiamos de residencia cuatro o cinco veces antes de establecernos definitivamente en Madrid. En estas condiciones resultaba francamente difícil llegar a conseguir amistades estables, ordenar un sistema vivencial, asentarse. Y la verdad es que apenas conservo recuerdos de mi infancia: sé que estudié piano, que hice un viaje a Africa... Apenas nada. Mi vida es la radio y, por otra parte, me gusta mirar al presente.*

—En ese presente, ¿te encuentras satisfecha con tu profesión?

—*Totalmente. Trabajo, actualmente, en dos programas: en uno de ellos, deportivo, encarno a «Polito», un chaval golfillo y simpaticón, que canta verdades como puños; en el otro, nocturno, directo, de cuatro horas de duración, junto a Diego Martín, encuentro una experiencia enormemente positiva. Recuerdo que cuando Diego me propuso la idea de trabajar a su lado en este espacio, acepté inicialmente por la novedad del horario y porque ya había trabajado con él anteriormente. Después fui descubriendo el gran interés humano del trato con el público de la noche, un público no censable, no calificable, formado por personas de todas las edades y condiciones sociales.*



—Tu timidez...

—*La timidez se vence cuando te encuentras rodeada de unos compañeros que te apoyan en todo momento. ¡Figúrate! He llegado a hacer teatro infantil, durante dos años, en compañía de nombres tan sonoros como María y Tony Isbert, Angel Soler...*

—Pero tu simpatía, tu naturalidad... Me resulta difícil aceptar esta historia de la timidez...

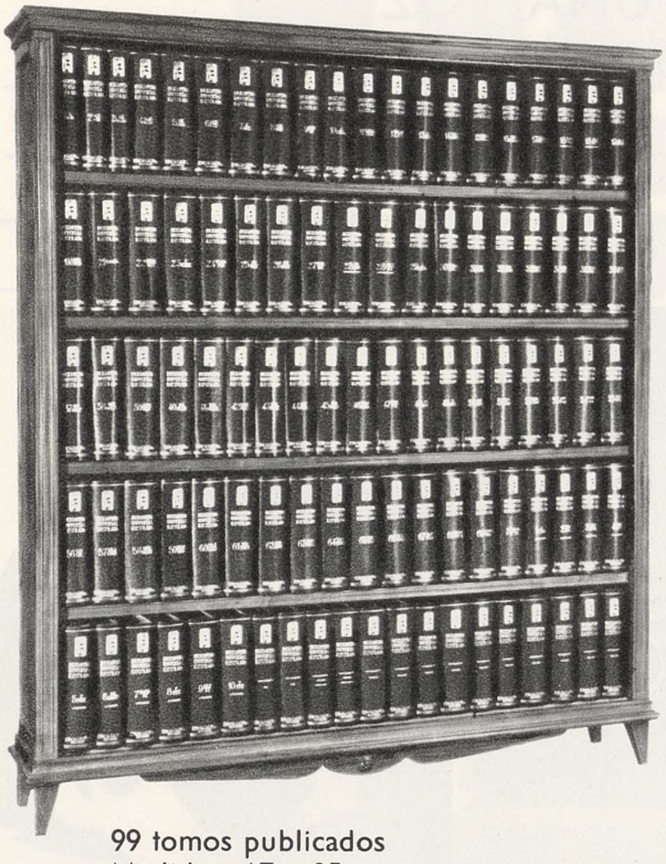
—*Bueno, ya sabes: a veces hay que tener en cuenta esa máscara que todos llevamos...*

Que todos llevamos...

En fin, ésta es Marisa Marco. Una joven logroñesa de simpatía natural y alegría contagiosa. Una voz versátil, llena de matices, lanzada recientemente al triunfo popular. Una sonrisa. Unos ojos azules.

Una voz, una mirada y una sonrisa que van más allá de la tristeza sombría del pavimento ciudadano. Más allá del desánimo.

Más allá incluso del silencio.— José Luis VELASCO ALBACETE



OFERTA ESPECIAL

ENCICLOPEDIA ESPASA-CALPE

Reconocida como la mejor obra del mundo

PRECIOS EXCEPCIONALES

— Aportación a las Campañas Culturales de los Planes de Desarrollo.

— La mejor y más rentable inversión: los libros, cada vez más necesarios. El mejor amigo y compañero. Solamente la cultura hace prosperar.

— La obra cumbre de la época (cuyo contenido equivale a una copiosa y seleccionada biblioteca, en la que se contenga la exposición rigurosa, y a la vez sencilla y amena, de todos los conocimientos humanos. (A más de todo el caudal idiomático oficial; o sea, el autorizado por la Real Academia Española, comprende infinidad de términos y estudios monográficos de la suma del saber.) Ciencias, historia, arte, geografía, etc., tienen en ella su más cumplida exposición en forma tan cabal y ponderada que constituye hoy la fuente suprema para la consulta. (Del magno esfuerzo que ha requerido la creación de esta monumental edición, en la que tantas eminencias han colaborado y para la cual fue precisa la aportación de considerables esfuerzos de distinto orden, dan idea las cifras de su contenido.) Siempre al día a través de sus eficaces suplementos bienales.

— Obra imprescindible en cualquier centro de enseñanza.

— Se puede hacer envío de 25 o 50 tomos para más facilidad.

99 tomos publicados
Medidas: 17 × 25
185 millones de palabras
3 millones de citas bibliográficas
170.000 ilustraciones en negro
3.200 láminas a todo color
57.000 biografías
Más de 500 colaboradores

— Versión de las voces principales al francés, inglés, alemán, italiano, portugués, catalán y esperanto.
— Infinidad de mapas, planos y reproducciones de documentos.
— Más reproducciones artísticas que la extensa historia del arte.
— Más láminas de ciencias naturales que la más rica historia natural existente.
— Triple número de voces que los diccionarios más extensos, etc.

■ **DICCIONARIO ESPAÑOL ESPASA CALPE.**—La obra de más venta en el mundo hispano. Nueve tomos 16 × 25 cm., 12.000 páginas. Centenares de mapas de todos los países y miles de fotografías. Estampación oro, voces en inglés, francés, alemán, italiano y portugués, de la Real Academia Española de la Lengua.



■ **EL REINO DE LOS ANIMALES** (Espasa Calpe).—La obra mejor informada. Animales acuáticos, polares, selva, estepas, desiertos y montañas. Tres tomos 18 × 26 cm., estampación oro, papel estucado. 2.000 páginas y 1.500 láminas.

■ **HISTORIA UNIVERSAL ESPASA CALPE.**—La primera obra de cultura internacional. Desde el despertar de la Humanidad hasta nuestra época. Once tomos 19 × 27 cm., estampación oro, papel especial. Realizada por cuarenta profesores europeos de fama mundial; tiene 5.600 ilustraciones en negro y colores, mapas y colección única de reproducciones de museos y archivos. Pasados varios años se edita un tomo más, que enviamos previo aviso al poseedor de la obra.

— Son las **cuatro obras** clave para la cultura. Las más solicitadas. Sin esfuerzo de lectura, de consulta, distraídas. Para padres e hijos. Conozca el pasado y prepárese para el futuro, que ya está aquí. Sin competencia ni en precios. Salvo variación de precios.

ESPASA CALPE ES LA MEJOR GARANTIA

NOTA.—Atenderemos las solicitudes de sus amistades por carta también.

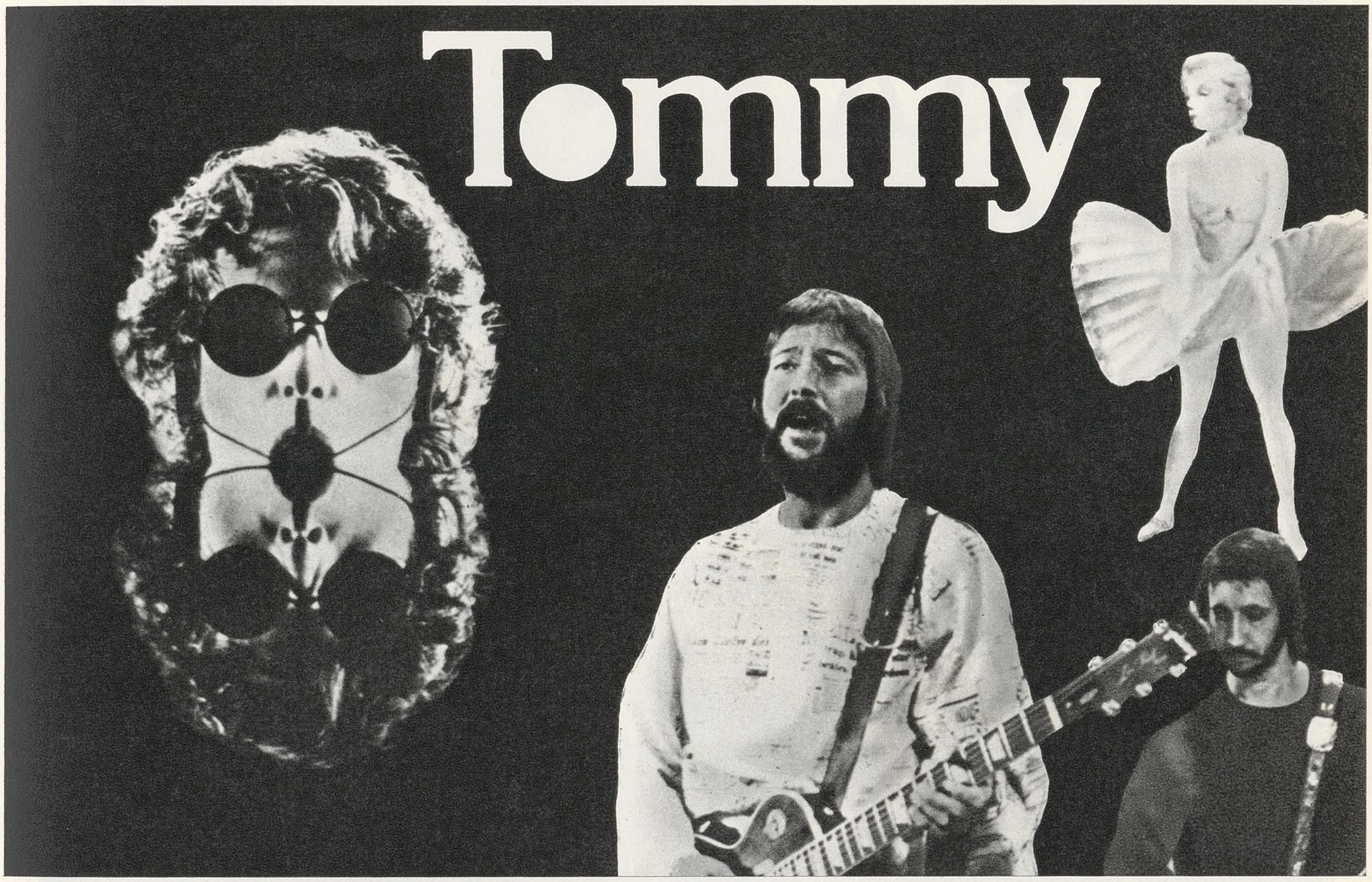
RAMOS
Editorial Espasa-Calpe
Gandía, 5, planta 6.ª — Teléfono 252 40 26
MADRID-7 (España)

PIDAN PRECIOS DE ESTA OFERTA ESPECIAL

ROGAMOS LETRA CLARA

D. ....
Población. .... País ....
Domicilio. ....
Obras que desea:
☐ Enciclopedia Espasa Calpe ☐ Diccionario ☐ El Reino ☐ Historia

EL MITO DEL ANTI-MITO



MARILYN Monroe, elevada a la condición de diosa, es adorada en los templos: una muchedumbre de ciegos, tullidos y enfermos de todo tipo, acude a rozar su imagen con la esperanza de una milagrosa curación; los «fieles» comulgan después bajo las especies de whisky y barbitúricos y... Y para qué seguir. Esta secuencia, extraída entre otras muchas de signo similar, resulta un claro exponente de la realidad de «Tommy», película (tal vez aquelarre, tal vez carnaval), escrita y dirigida por el polémico Ken Russell.

Pete Townshend, líder y fundador del conjunto musical «The Who», escribió hace ya algunos años una ópera-rock, de innegable calidad en cuanto a su partitura y aceptable dignidad de libreto que, puesta en imágenes por el iconoclasta realizador británico, ha quedado convertida —al menos en lo referente al segundo factor expuesto— en un auténtico esperpento, confuso e inconcreto, saturado de oscuridad y símbolos de dudosa significación. Aparte de algunos desafortunados intentos de ironización, semejantes al antes reseñado (desmesurado si pretende atacar la mitificación comercial de figuras sociales; deshonesto y vulgar si se dirige a la generalidad de cultos religiosos o singularmente a alguno de ellos), el film transcurre en medio de una vertiginosa sucesión de imágenes inconexas que, buscando la apariencia de una originalidad crítica, incurren indefectiblemente en la constitución de una burda carnavalada.

Pese a las innumerables dificultades que se plantean de cara al hallazgo de una línea argumental congruente se puede entrever —buceando más en la primitiva idea de la obra que en su transcripción cinematográfica— el intento de plantear, ambiciosamente, una doble problemática. Así, a través de las experiencias de un joven que, por causa de un trauma infantil, sufre la pérdida psico-somática de voz, vista y oído, viéndose convertido después en ídolo de masas, se esbozan los enfrentamientos paralelos del individuo frente al grupo y frente a su propia interioridad. Surgen, de esta manera, una serie de reflexiones socio-metafísicas —más adivinables que visibles— en torno a la libertad personal.

Inútil resultará hablar de los intérpretes: generalmente convincentes Ann Margret y Oliver Reed, con bastantes años de profesionalidad sobre sus espaldas; difícilmente calificable Roger Daltrey —incómodo papel el suyo—; extrañas, acordemente con la película, el resto de interpretaciones.

Y magnífica la banda sonora, ejecutada por músicos de enorme prestigio dentro del mundillo del «pop».

Una banda sonora que, prácticamente, salva la cinta frente a los desmanes de Ken Russell.

Ken Russell, que mediante un supuesto ataque frontal a los mitos sociales, sigue empeñado en engrosar con su propio nombre la mitología consumista de nuestra sociedad. — J. L. V. A.

UNA VOZ LLAMADA

MARIA DOLORES PRADERA



Por ENRIQUE JURADO SALVAN

MARIA Dolores Pradera nació en Madrid. Vive en la capital de España en una casa de un paseo con nombre de nobleza que ahora ni es paseo ni es noble.

La casa de María Dolores tiene uno de esos largos pasillos de tantos hogares españoles. En el comedor, dos pequeños cuadros «naif» de Pradera, que son dos dibujos a sus hijos de hace ya bastantes años.

—Empecé en un lugar chiquito, aquí en Madrid, que se llenaba todos los días. Después me dediqué más al teatro y luego decidí que volvería a cantar y empecé a grabar discos. La gente me conocía de cantar y del teatro, y no sé... a mí ni me han promocionado, ni nada de esas cosas...

—Sus actuaciones tienen mucho de teatrales...

—Posiblemente, sí. Hago interpretación.

—¿Por qué y por quién canta?

—Por el hecho de cantar. Cantar, en mi caso, es un instrumento. Soy intérprete de las canciones que han hecho otros.

—¿Usted canta porque tiene buena voz, simplemente?

—No. Quizá porque era mi destino.

—¿Cuál es la influencia de las grabadoras, de las casas de discos?

—No lo sé. Posiblemente las grabadoras, cuando empiezas, pueden apoyar, promocionar, pero en mi caso no ha sido así. Todo ha sido pasito a pasito.

—¿Cuántos se sirven —y no sirven— a la canción sudamericana?

—No lo sé. No los conozco.

A María Dolores Pradera no le gusta hablar mal de sus compañeros de trabajo. Dentro de poco grabará un disco de larga duración con temas de Horacio Guarany. En el repertorio de María Dolores hay ya algún tema de Horacio, «Caballo que no galopa», y el inevitable «Si se calla el cantor». También temas de Atahualpa y de otros grandes autores hispanoamericanos.

—María Dolores, ¿realmente qué tiene de todo este movimiento de la canción «inconformista» chilena y argentina?

—Con sinceridad, le diré que nada; absolutamente nada.

—¿Es positivo estar fuera de toda moda?

—Sí; creo que es positivo. Una cosa que es intemporal es más importante.

En sus recitales no hay demasiada gente joven; existe un gran porcentaje de personas más o menos mayores...

—No estoy de acuerdo en eso. Creo que hay gente joven y también mayores.

—¿Cuál es su vida cotidiana?

—Principalmente se mueve en relación con mi profesión.

María Dolores ensaya todos los días en su casa. Nuevas y viejas canciones son cantadas y acompañadas por los Gemelos.

—¿Cuáles son sus poetas?

—Siempre han sido Miguel Hernández, Machado... Pero me gusta más leerlos que cantarlos.

—¿Qué piensa de los cantantes que ponen música a poemas de Hernández, Machado, Alberti, etc.?

—Me parece bien. Creo que Serrat lo ha hecho de una forma digna.

—¿Cree que es beneficioso la divulgación de grandes poetas por medio de la canción?

—Pues, sí; es una manera de difundir a estos grandes poetas a través de una gran personalidad también como es Serrat.

—¿Qué espera de la vida?

—Todavía muchas cosas. Pienso que la vida —con todo— con sus dificultades, es hermosa.

—¿Qué piensa de la muerte?

—No me gusta.

—¿Y del hombre...?

—Es estupendo como compañero.

—María Dolores, ¿qué es la personalidad?

—Es lo de dentro que sale afuera.

—¿Usted tiene personalidad?

—No lo sé; la busco...

—¿Y «malas pulgas»?

—Tengo de todo. Tengo buenas pulgas y malas pulgas.

—¿Son esas «malas pulgas» y ese carácter lo que han provocado que su vida no haya sido tan fácil?

—Creo que mi vida ha sido como la de cualquier ser humano. Sobre todo cuando hay que luchar y no eres hijo de un señor rico o tienes que resolvértelas tú sola. La vida no es fácil, pero es hermosa y yo estoy muy contenta de vivir.



María Dolores Pradera, con un ejemplar de MUNDO HISPÁNICO *en las manos; abajo, la célebre cantante conversa con nuestro colaborador Jurado Salván.*



—María Dolores, ¿qué piensa de España?

—... que se arregle.

—¿... y del dinero?

—Yo creo que el dinero no existe. Creo que el mundo desfasa su valor. No creo que haga falta mucho dinero para vivir. Creo que estamos desfasados y hemos llegado a necesitar muchas cosas superfluas.

—Si volviese al teatro, ¿qué obra le gustaría interpretar?

—Quizá «Soledad», uno de mis grandes recuerdos.

—¿Cuáles son sus proyectos?

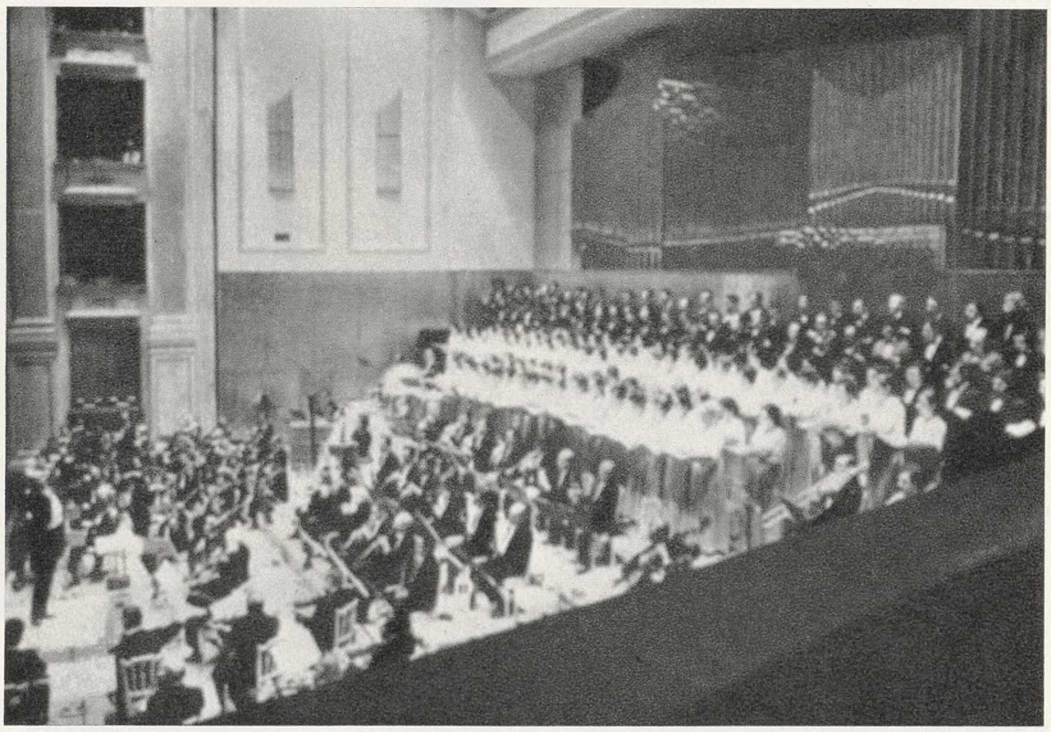
—Seguir cantando y cantando...—■

DOS MIL CONCIERTOS DE LA

ORQUESTA NACIONAL DE ESPAÑA

Por Carlos-José COSTAS

TRES directores titulares, treinta y cuatro años y ciento sesenta y un directores invitados han ido jalonando los dos mil conciertos ofrecidos por la Orquesta Nacional de España. Tras los atriles, un centenar de instrumentistas, de los que catorce ya estaban en aquellos primeros conciertos de 1942 y no han faltado a la cita del concierto dos mil, y, al frente de ellos, Luis Antón, concertino y jefe, por tanto, de la ejecutoria del conjunto frente al director. Y, como fruto de esas dos mil presentaciones ante el público, la cohesión de una orquesta madura, sólida y ágil, de primerísima calidad, confirmada y contrastada en sus actuaciones en Festivales internacionales, como el de Granada, o en sus giras por el extranjero.



Coro y Orquesta Nacional de España, en el Teatro Real.

Los tres directores titulares adquieren ahora, con la perspectiva de las dos mil presentaciones, tres significados muy concretos. Bartolomé Pérez Casas, el primero, marca la época creacional. Sólo ofreció veintinueve conciertos porque su experiencia luchaba con su edad y con su enfermedad. Con él la Orquesta se hizo, se formó como un niño en sus primeros años. Ya se había incorporado Ataúlfo Argenta, que representa el logro de la madurez con sus más de doscientos cincuenta conciertos. La Orquesta Nacional se fue perfeccionando con Argenta, en la medida que se perfeccionaba él mismo. Se inicieron las salidas, se incrementaron las cesiones del podio a las batutas invitadas, nació —con toda justificación—, el orgullo de nuestro mundo musical por la categoría de la Orquesta. Luego, la muerte, joven aún, de Ataúlfo Argenta, se salvó al menos para el conjunto con un nuevo titular, Rafael Frühbeck de Burgos, que, en sus más de seiscientos conciertos desde 1960, representa la consolidación de la Orquesta Nacional de España. Y en el podio estaba en el concierto dos mil con un programa digno de la ocasión.

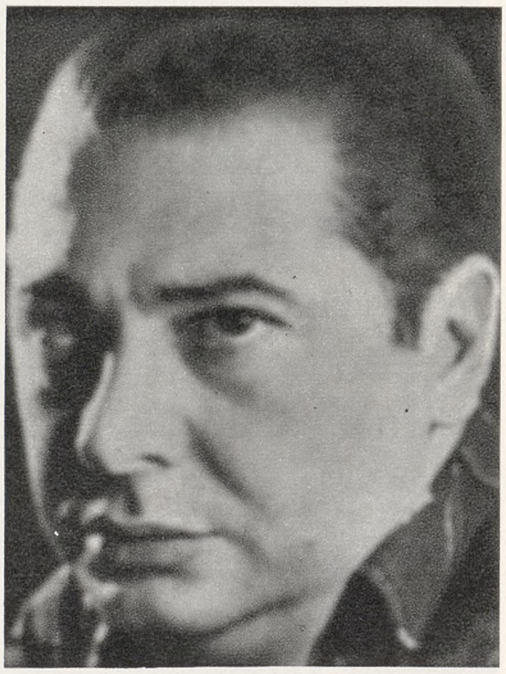


Bartolomé Pérez Casas, primer director titular

El clasicismo se hizo presente con la «Misa in tempore belli», de Haydn, con Carmen Bustamante, Evelia Marcote, Antonio Blancas y Tomás Cabrera, como solistas, y el Coro Nacional, vinculado a la Orquesta, que dirige Lola Rodríguez de Aragón. Lo español, con el nombre de Manuel de Falla, del que, además, se celebra este año el centenario de su nacimiento. La obra: «Noches en los jardines de España», con la pianista española e internacional Alicia de Larrocha. Por último, la música impresionista, uno de los motores de la actual, con «Dafnis y Cloe» de Ravel.

La relación de los ciento sesenta y un directores invitados es imposible, pero es obligada la cita de algunos especialmente representativos por uno u otro motivos. De entre los españoles se destacan dos nombres en razón de su prestigio como directores y por sus repetidas intervenciones: Jesús Arámbarri y Eduardo Toldrá. En la misma línea están los directores-compositores con Alfredo Casella, Cristóbal Halffter, Ernesto Halffter, Paul Hindemith, Frank Martin o Igor Strawinsky. Y, para cerrar este resumen, los directores de prestigio universal que pueden quedar representados en unos cuantos nombres: Ernest Ansemet, John Barbirolli, Thomas Beecham, Hans vos Benda, Sergio Celebidache, Rafael Kubelik, Igor Markevitch, Pierre Monteux, Charles Munch, Hermann Scherchen o Carl Schuricht.

A lo largo de los dos mil conciertos, con innumerables seguidores fieles, ha habido todo un compendio de la Historia de la Música, con miles de títulos de todos los tiempos, estrenos, primeras audiciones en España y primeras audiciones por la propia Orquesta que cuenta con un definitivo quehacer en la música clásica y romántica.— ■



Rafael Frühbeck de Burgos, director titular actual.


LVX
VOLATILIA CELI
MARE

«Tapiz de la Creación». Obra románica del siglo XIII que se conserva en el Museo de la catedral de Gerona. Pieza rara y riquísima entre los bordados de la época.

HOY Y MAÑANA DE LA HISPANIDAD

EL PRESIDENTE DE COSTA RICA EN MADRID



DON Daniel Oduber Quirós, presidente de la República de Costa Rica, efectuó una visita oficial de tres días a España en la primera decena de abril. A su llegada fue recibido por S.A.R. el Duque de Cádiz, y al día siguiente comenzó su visita oficial. S.S. M.M. los Reyes de España visitaron al señor Oduber en el Palacio de la Moncloa, su residencia en Madrid.

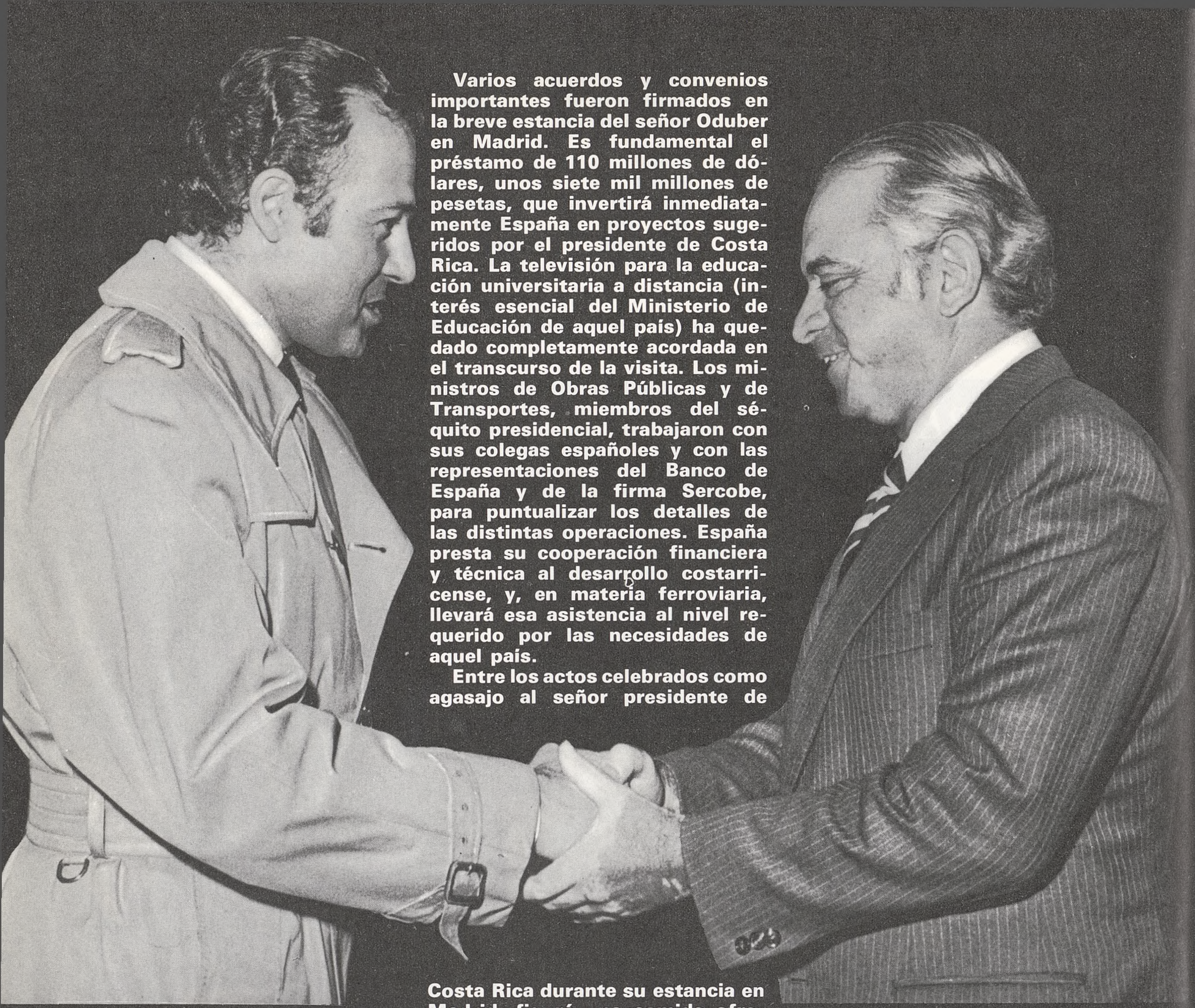
La visita del presidente de Costa Rica a España quedará en los anales de las relaciones entre ambos países como un modelo de eficacia y de sobriedad. Don Daniel Oduber Quirós es un gobernante moderno, sencillo, poco afecto al protocolo excesivo y a la oratoria de compromiso. Por su parte, el Rey de España, Don Juan Carlos, consideró estas jornadas con extraordinario interés dada su conocida disposición hacia Hispanoamérica.

El Presidente Oduber, con los Reyes de España; el Presidente del Gobierno, señor Arias Navarro; ministro de Asuntos Exteriores, señor Areilza, y don Alfonso de Borbón. Abajo, firma de los Convenios entre España y Costa Rica en la sede del Palacio de Santa Cruz.

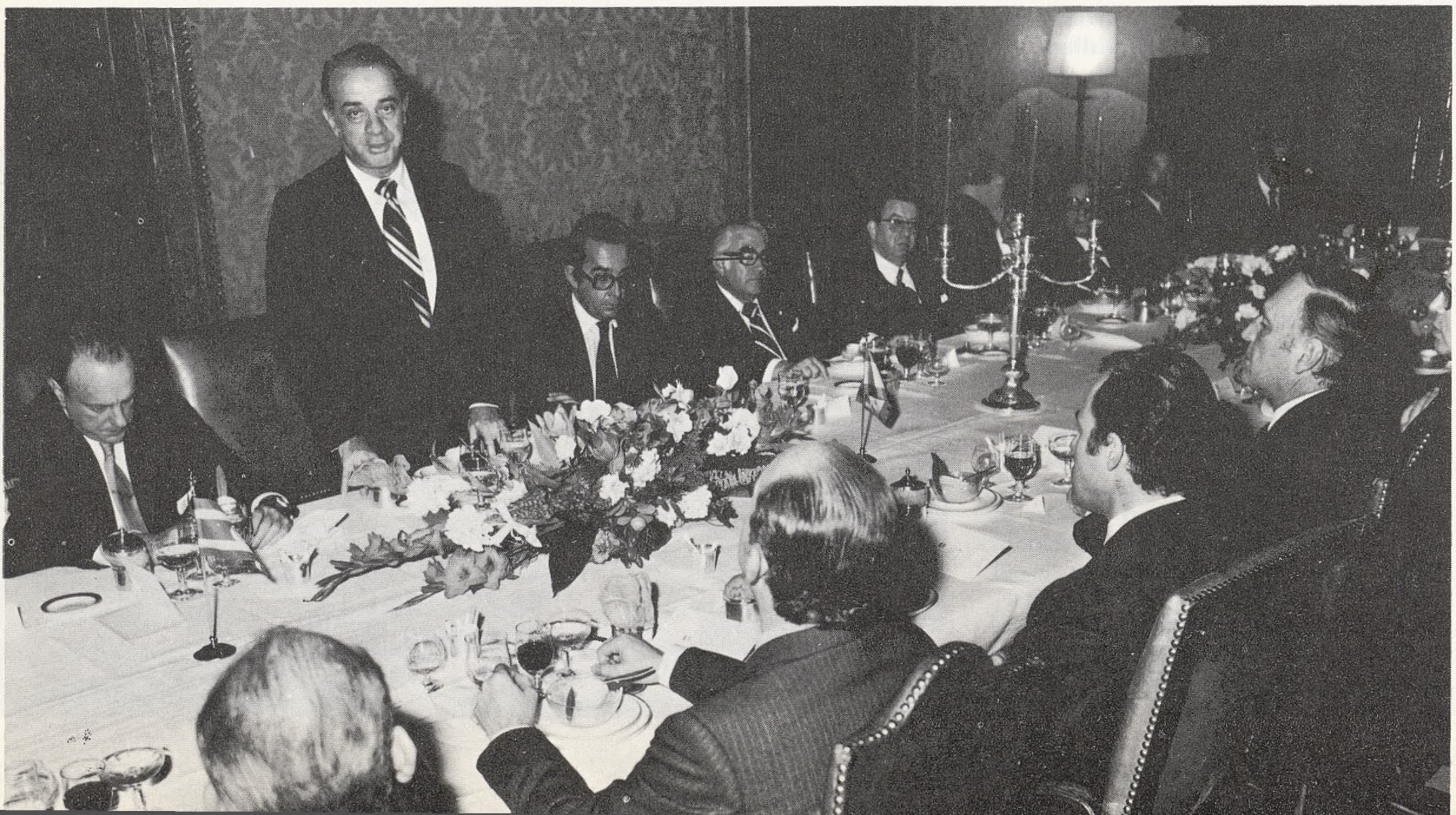


Varios acuerdos y convenios importantes fueron firmados en la breve estancia del señor Oduber en Madrid. Es fundamental el préstamo de 110 millones de dólares, unos siete mil millones de pesetas, que invertirá inmediatamente España en proyectos sugeridos por el presidente de Costa Rica. La televisión para la educación universitaria a distancia (interés esencial del Ministerio de Educación de aquel país) ha quedado completamente acordada en el transcurso de la visita. Los ministros de Obras Públicas y de Transportes, miembros del séquito presidencial, trabajaron con sus colegas españoles y con las representaciones del Banco de España y de la firma Sercobe, para puntualizar los detalles de las distintas operaciones. España presta su cooperación financiera y técnica al desarrollo costarricense, y, en materia ferroviaria, llevará esa asistencia al nivel requerido por las necesidades de aquel país.

Entre los actos celebrados como agasajo al señor presidente de Costa Rica durante su estancia en Madrid, figuró una comida ofrecida en el Instituto de Cultura Hispánica por el presidente del mismo S.A.R. don Alfonso de Borbón, a la cual asistieron, con altas figuras del Gobierno español, como el Vicepresidente para Asuntos del Interior y ministro de la Gobernación, señor Fraga Iribarne, y los ministros de Educación y Obras Públicas, los señores embajadores hispanoamericanos acreditados en Madrid.—■



El presidente Oduber, recibido por don Alfonso de Borbón, a su llegada a Madrid. Abajo, un momento de la cena ofrecida al Presidente de Costa Rica en la sede del Instituto de Cultura Hispánica.



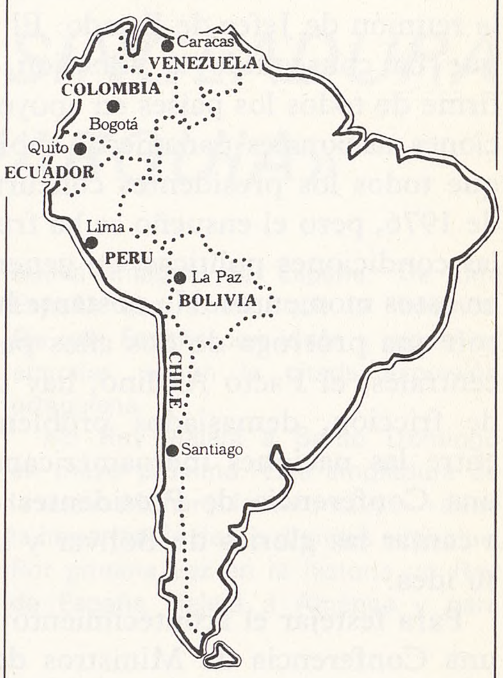
ASEGURADA LA SUPERVIVENCIA DEL PACTO ANDINO

DESPUES de laboriosas negociaciones, y tras una reunión especial —la dieciséis— de los Ministros de Economía de las naciones que integran el Acuerdo de Cartagena o Pacto Andino —Colombia, Bolivia, Chile, Perú, Ecuador y Venezuela— se llegó en Lima, en la sede del Acuerdo, a la adopción de una serie de decisiones que garantizan el funcionamiento y la continuidad del importante esfuerzo subregional de integración.

Esta noticia puede ser considerada como una de las más esperanzadoras para el mundo iberoamericano en 1976. Existía la impresión pesimista de que la Reunión dieciséis no llegaría jamás a adoptar acuerdos sólidos y concluyentes. Gracias a la tenacidad de los miembros dirigentes de la Comisión (organismo máximo de la Junta) y a la buena voluntad de todos y cada uno de los países, pudo llegarse, el pasado 10 de abril, a una situación estable, diáfana, que permite seguir trabajando en favor de un organismo que de antemano se sabe es complejo y muy difícil de manejar para llevarlo a buen puerto, pero que debe seguir su camino.

Jorge Ramírez Ocampo, ministro de Desarrollo de Colombia y actual presidente de la Comisión, pudo informar responsablemente que la crisis había quedado superada. En la práctica, habían transcurrido casi dos años y medio en situación de crisis más o menos intensa en ocasiones. Al fin, por unanimidad, se aprobó la Decisión Número 100, que modifica sustancialmente el reglamento del Acuerdo de Cartagena en lo que se refiere a los plazos para la distribución sectorial de la industrialización del área andina. La prórroga concedida por este acuerdo unánime es de dos años, lo que automáticamente permite reconsiderar con toda calma los problemas, y da un margen para la intensificación del desarrollo en aquellos países del Grupo que se encuentran en situación más débil que los «grandes».

Una vez modificado el reglamento en esa cuestión esencial, fueron aprobadas otras Decisiones, de no menor importancia, para eliminar fricciones y problemas. La Decisión 97 autoriza al Gobierno de Chile a vender a inversionistas extranjeros acciones, participaciones y derechos de empresas que pertenecen total o parcialmente al Estado a través de la Comisión de Fomento. La decisión 98 fija un plazo, antes del 30 de noviembre de este año, para que se confeccione un programa especial de apoyo a Bolivia, a fin de que este país pueda aprovechar oportuna y debidamente las asignaciones que le sean otorgadas de los programas de desarrollo industrial del área. La Decisión 99 fija plazos para la aprobación de los programas pendientes, y la 101 autoriza a la Junta para permitirle a Bolivia y a Ecuador, cuando lo soliciten, la modificación del ritmo de desgravación arancelaria que señala el Acuerdo para los países de menor desarrollo relativo.



Con éstas y otras decisiones, adoptadas todas en la histórica Reunión dieciséis de la Comisión se ha salvado el Pacto Andino, y quedan recuperadas las grandes esperanzas iberoamericanas en la futura integración económica y social del Continente.— ■

REUNION MINISTERIAL EN PANAMA

EL Jefe del Gobierno de Panamá, general Torrijos, concibió la idea de reunir en junio a todos los presidentes de Iberoamérica en la capital del istmo para celebrar el 150 aniversario de la convocatoria hecha por Bolívar para un Congreso Anfictiónico, como le llamaba.

Como es sabido, mucho antes de 1826, cuando la Carta de Jamaica, ya Bolívar pensó en la situación geográfica de Panamá, como sitio providencialmente señalado para intentar la unión de las naciones que un día vivieron bajo una misma legislación y una norma igual para todas. El Congreso de Panamá, el bolivariano, no fue ni con mucho lo que su creador esperaba. El mismo no pudo asistir, y sólo un año después de terminadas las reuniones panameñas, comenzaron en Tacubaya a tomar cuerpo concreto ciertas deliberaciones importantes iniciadas en Panamá. Pero, de todos modos, el ensueño de la Unión, perfeccionable, quedó en pie y lleva con justicia el nombre de bolivarismo, doctrina que poco a poco fue convirtiéndose en el reverso del monroísmo. ▶

IBEROAMERICA Y ESPAÑA

«IBEROAMERICA debe estar en el futuro cercano más dispuesta a replegarse sobre sí misma, alejándose de influencias extrañas con que muchos la han querido confundir, y regresar a sus propios valores, que, en definitiva, es volver a España. Las circunstancias internacionales exigen que Hispanoamérica se retire a meditar. Si no lo hace así, se desintegrará. Si lo hace, cada uno de nuestros países llegaremos a la conclusión de que en España y en sus valores ya estaban todas las respuestas.»—Daniel ODUBER QUIROS (Presidente de Costa Rica).

Al llegar los 150 años de aquella iniciativa se quería revivir el ensayo de Unión al más alto nivel, con una «cumbre», como se denomina ahora la reunión de Jefes de Estado. El general Torrijos, que ha conseguido la adhesión personal y muy firme de todos los países en apoyo a las reivindicaciones nacionales panameñas sobre el canal, quiso que todos los presidentes concurrieran a esta cita de 1976, pero el ensueño se ha frustrado. No están las condiciones políticas, en general, para reunirse en estos momentos. No obstante haberse superado, con una prórroga de dos años para los problemas centrales, el Pacto Andino, hay demasiados focos de fricción, demasiados problemas por resolver entre las naciones iberoamericanas, para celebrar una Conferencia de Presidentes que no se limite a cantar las glorias de Bolívar y la importancia de su idea.

Para festejar el acontecimiento se convoca ahora una Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores de Iberoamérica. Estos pueden, con mayor libertad que los Presidentes, acordar la ratificación del apoyo debido a la negociación sobre el Canal, y acordar la ratificación del SELA. Son dos pasos importantes en la ruta hacia la integración del mundo iberoamericano.—■



Omar Torrijos

INAUGURADO EL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA EN BRASILIA

EL 22 del mes pasado fue inaugurado en Brasilia el Instituto de Cultura Hispánica. Viajó a la capital brasileña el Presidente del Instituto de Madrid, S.A.R. don Alfonso de Borbón, acompañado por funcionarios del organismo. En el discurso con que dejó inaugurado el nuevo Instituto expuso los fines de la institución, que procuran por igual servir de vehículo e intercambio a la divulgación en Brasil de los valores de la cultura hispánica.

Se refirió el Presidente a la raíz común de la cultura hispánica, que engloba lo español, lo portugués y lo americano. Citó un importante pensamiento de Gilberto Freyre sobre la condición hispánica del Brasil, y sobre su fe en la unidad de las naciones hispanoamericanas.

Los medios publicitarios brasileños acogieron con grandes elogios la inauguración del Instituto de Brasilia, que no es el primero de Cultura Hispánica que funciona en el Brasil, pero sí el primero que organiza de manera directa y completa el Instituto de Madrid. —■

AUGE DEL IDIOMA ESPAÑOL EN EL MUNDO



Moisés Emery.

AL desarrollo de la enseñanza del idioma español en Estados Unidos, donde la población hispanohablante pasa ya de 14 millones de personas, hay que añadir el apogeo en que se encuentra esa misma enseñanza en naciones tan significativas como la Unión Soviética y Japón.

Pero no termina ahí la señal de arraigo mundial que alcanza la lengua española. Una nueva nación, Surinam, que llevaba bajo dominio holandés casi trescientos años, y donde naturalmente la lengua oficial era la holandesa, decidió libremente, una vez en función la independencia nacional, escoger como lengua oficial la española.

Esto en Suramérica. Pero es que también llegan noticias sobre el auge del español en la remota isla de Guam, donde están decididos a no perder su herencia histórica y cultural española. Y también en Israel. Acaba de aprobarse allí una ley por la cual, a partir del próximo 1 de enero, la lengua española será con el inglés, el francés y el árabe, lengua obligatoria en los Institutos de Enseñanza Media. Gracias al profesor Moisés Emery, catedrático de Literatura española en la Universidad Hebraica de Jerusalén, se ha llegado a obtener esa decisión oficial tan importante.

El caso de la isla de Guam merece párrafo aparte. Su actual gobernador, en nombre de Norteamérica, es el señor Ricardo J. Bordallo, nieto de un español nacido en Salamanca. Sostiene el señor Bordallo que durante 350 años, España dio personalidad a Guam, y que ellos, los guamenses actuales, necesitan recobrar su identidad. Declara que cuando estuvo allí el director del Instituto, don Juan Ignacio Tena, le pidieron ayuda especialmente para conservar las tradiciones, conocer la historia, y salvar el idioma. El gran sueño político y cultural de este gobernador es abrir un centro cultural español en la isla de Guam.—■

En vísperas del viaje del Rey

«HISPANOAMERICA, OTRA SINGLADURA PARA LA NUEVA MONARQUIA»

PARA comentar el viaje que a finales de este mes realizarán SS. MM. los Reyes de España a la República Dominicana, la «Primada de América», nada más oportuno que el texto de la conferencia pronunciada en Barcelona por don Ramón Mulleras, director del Instituto Catalán de Cultura Hispánica. Presidiendo el acto don Narciso de Carreras, y presentado por el profesor don Adolfo Azoy, desarrolló el señor Mulleras el tema siempre apasionante de cómo vemos desde aquí la realidad iberoamericana, particularmente en su entronque con la actualidad española. El título de la disertación era: «Hispanoamérica, otra singladura para la nueva Monarquía.»

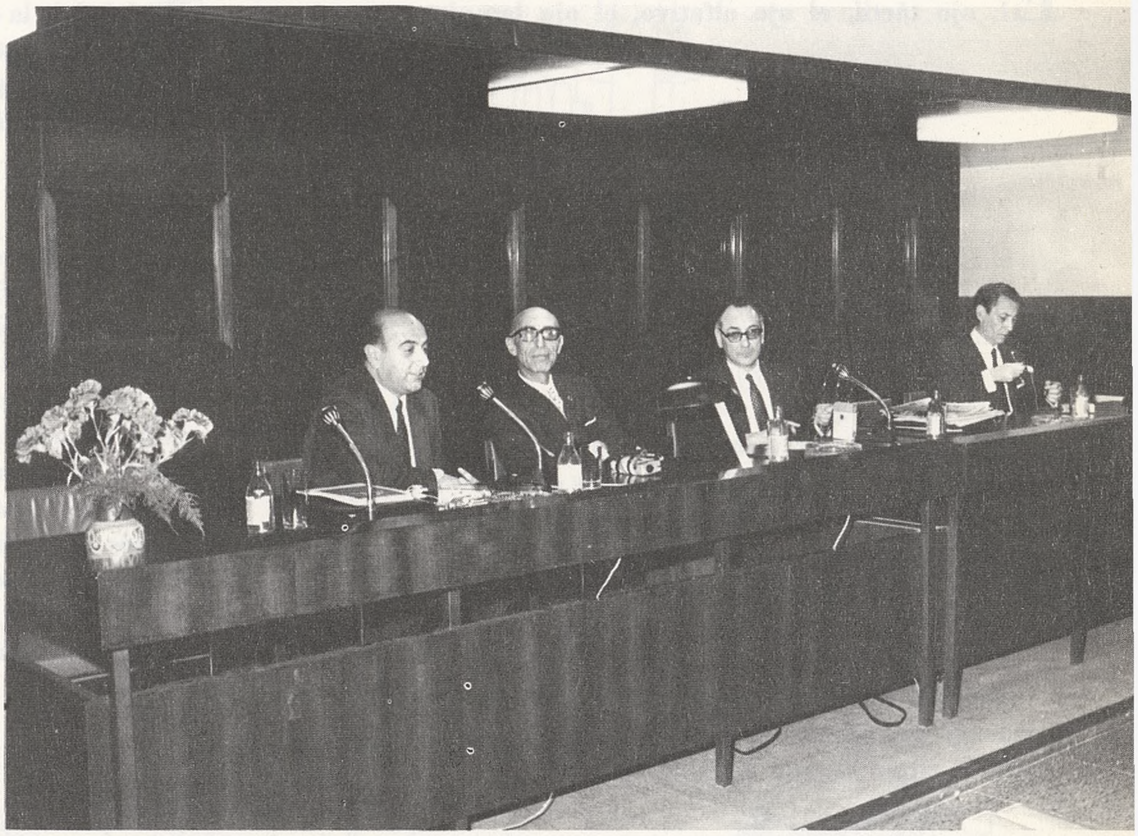
El señor Mulleras se refirió inicialmente a los movimientos renovadores hispanoamericanos producidos en la Universidad entre 1946 y 1956, y luego en el empresariado español, especialmente en el catalán, y en el empresariado hispanoamericano, entre 1957 y 1965.

En estas fechas, estima, es cuando se reafirma el nuevo concepto de hispanidad y la nueva doctrina de las relaciones entre España y la América Hispana. Esas relaciones, subraya, no son ya, como antaño se consideraba, un tema de Castilla y América, sino un hecho de España y el mundo iberoamericano. Es en ese momento cuando «la Hispanidad salta por encima de las peculiaridades de las regiones peninsulares, cruza el Atlántico y sus islas, y superando las profundas diferencias de las naciones americanas se convierte en el punto de coincidencia de tan fecunda variedad».

Tras recordar que en el Mensaje de la Corona pronunciado por don Juan Carlos al iniciar su reinado fue incluido el tema de la Comunidad de Naciones de nuestra misma estirpe el señor Mulleras dijo: «Casi nadie se atreve hoy a hablar de hispanoamericanismo ni a levantar esa bandera, ante el riesgo de ser descalificado por ingenuo o triunfalista.» Pero añadió que precisamente había convocado esa conferencia para decir en ella que en esta encrucijada de la historia de España persiste la vocación permanente por Hispanoamérica, «que sigue siendo llamada preminente en las empresas universales de nuestra patria».

En el desarrollo valiente y muy sincero de su tema, dijo el señor Mulleras:

«La presencia de España en América se ha deteriorado porque durante mucho tiempo, encerrado en nuestro casticismo, hemos dejado que fuesen otras naves europeas las que llevaran a Hispanoamérica el pensamiento y las creaciones de la cultura europea.



Don Ramón Mulleras, a la izquierda, durante una conferencia sobre: «Las clases medias en América Hispana.»

»El pueblo español, constituido en Monarquía, se dispone a regir sus propios destinos, y con el rey Juan Carlos I, imagen de una España nueva, responsable e ilusionada, debe izar las banderas de la nueva Monarquía. Banderas capaces de convocar a las juventudes de España a la atrayente tarea de construir el futuro de la patria. Y una de esas banderas, es la bandera del hispanoamericanismo. La colaboración entre España y los países iberoamericanos entraña posibilidades de beneficio mutuo.

»Hay que llevar a Hispanoamérica —prosiguió el señor Mulleras— una nueva imagen de España. De una España que existe, que la tenemos. De una España con ideas y utensilios actuales, según la citada expresión orteguiana.

»El Rey viajará a Santo Domingo en mayo próximo. Esta singladura de la nueva Monarquía —concluyó— tiene la importancia de los grandes símbolos. Por primera vez en la historia un Rey de España viajará a América y para ello ha elegido la isla que Colón, en 1492, cuando la unidad de España era poco más que un matrimonio real, llamó La Española, queriendo significar que quienes habían posibilitado la empresa pertenecían a los reinos peninsulares. Cuando el aeroplano real deslice sus ruedas sobre el aeropuerto "Las Américas", de Santo Domingo, sus alas desplegarán, estoy seguro, la bandera de este renovado hispanoamericanismo español, capaz de enrolar a las juventudes de España y de América en la ilusionante empresa de labrar en común el futuro de los pueblos hispánicos.»—■

BINOMIO

por
MAXIMO

ENIGMA EROTICO

EL ojo táctil, el ojo olfativo, el ojo lamedor.

La multiplicación de ángulos curvos.

El lago de los patos.

El epicentro de tumultuosas promesas, la sonrosada simetría bipolar, el entrecruce tibio y columnario, la dorsal verticalidad suave, la redondez duplicada y plena, la silvestre rúbrica del signo umbilical.

Más las rodillas, las manos, los pies, los hombros, los pezones hipnóticos, los pezones magnéticos, en su círculo malva, en su círculo bruno, y polar.

(Como un calofrío, el avefría dibujó en el aire el zig-zag de una cintura viva.)

Ñrrm-ñrrm, grr-grr, trgnc-trgnc, gnm-gnm, jhm-jhm, ssn-ssn de pisadas y miradas, idas y venidas, entrecruzadas coordenadas. Un observador problemáticamente científico se habría preguntado: ¿Puede asemejarse una mujer a un árbol, permanecer esencial y objetiva en un entorno poblado? ¿Constituye el niño la excepción a la regla o tan sólo es el espejismo de una transitoria falacia justificada mientras dura la brevedad de un refresco? ¿Llamaremos civilización a la tregua de la cortesía? ¿Qué significación tienen, en la relación de efecto a causa, los vestidos interpuestos? Un observador problemáticamente científico no se habría respondido, ocupado en mirar, un punto obnubilado.

(El árbol de la ciencia del bien y del mal eran en realidad dos árboles, imposible distinguir el árbol B del árbol M: traducción bizantina del arameo, no sin virtualidad lírica, que afortunadamente deja las cosas como estaban.)

Porque quizá sólo el niño, al menos durante la breve duración del refresco sabría distinguir respetuosamente una mujer vestida de las serpentíferas lucubraciones de los pasivos adultos en acción. Ninguna imagen, por evidente que fuese, tiene irrefutable carácter probatorio, aunque la prisa de los jueces, el vértigo de los procesos, la pereza de las mentes y hasta el peso legal de lo consuetudinariamente sentenciado, haga pasar carros y carretas cargados de dromedarios y camellos por el ojo de aguja que engorda a los caballos. Aunque ningún fiscal se atrevería a seguir el hilo de este ovillo por miedo a ahorcarse y perder así salario y vocación.

(Una pluma de ave del paraíso balanceándose ingrávida en la carta de ajuste de un televisor en color habría distraído por el tiempo oportuno al gremio de los ojeadores concéntricos de ojeras y otros dulces presagios: Pero en la hora de autos no había emisión.)

Por lo que los ojos, los labios, los notarios; los fumistas, los electricistas, los omoplatos; los tobillos, la nuca, los anestesistas; los barberos, los agrimensores, las caderas; las rodillas, las pestañas, los catedráticos; los predicadores, los poetas y los sobacos se confabularon, sin ellos saberlo, para perpetuar la instantánea de aquel verano imaginario.

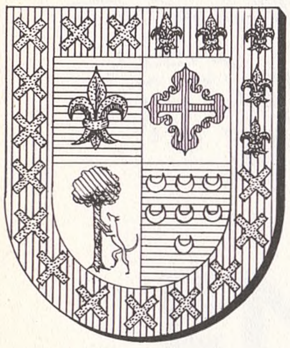
Salvo que los niños disimulen tras los refrescos su probable condición de ingenieros enigmáticos. — ■


máximo

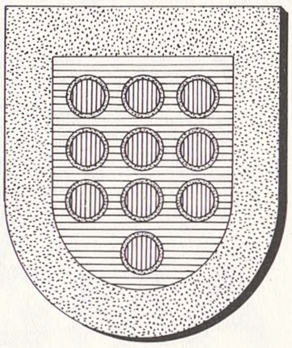
Heraldica

Por
EMILIO
SERRANO

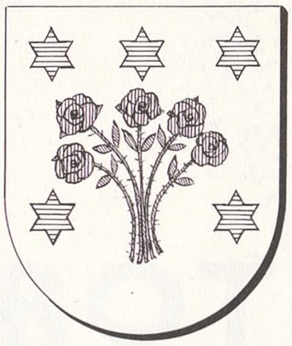
GUILLEN
(Carrión de los Condes)



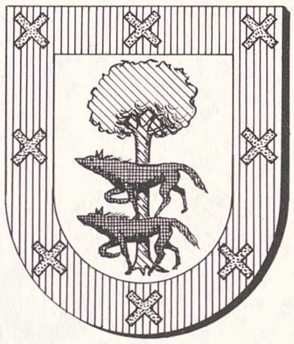
GUILLEN
(de Laredo)



MENDI



LECEA



Efrain Guillen. Cleveland. Tennessee (USA).
GUILLEN: Apellido patronímico, y por tanto sin ningún vínculo común a los Caballeros del mismo apellido. Está muy extendido por toda la Península. Como a nuestro comunicante sólo le interesa, los así llamados en Castilla, a esta Rama nos concretaremos. Alonso Guillén, floreció en el siglo XV, como consta por Privilegio del rey Enrique IV: sus hijos, Gonzalo y Pedro Guillén, fueron heredados en la Merindad de Santo Domingo de Silos, en la provincia de Burgos. También hubo Casas de este apellido en Carrión de los Condes, y a ella perteneció el licenciado don Antonio Guillén y Rodríguez, el cual ganó Ejecutoria de Hidalguía ante la Real Chancillería de Valladolid el 9 de marzo de 1557. En los padrones de la parroquia de San Ginés de Madrid figuran inscritos como Hijosdalgo Alonso, Francisco y Gome Guillén. Este Gome Guillén fue tesorero de los Reyes Católicos y regidor de Madrid, y en 1496 depositario de la Villa. En el año 1483, edificó en la iglesia de San Ginés su bóveda para su enterramiento. Don José Guillén del Castillo, natural de Madrid, fue del Consejo de S. M. y alcalde de la Real Audiencia de Sevilla. Su hijo don Gómez Guillén de Sotomayor, ingresó en 28 de septiembre de 1623 en la Orden de Santiago. Su nieto don Jerónimo Guillén del Castillo ingresó en la Orden de Alcántara el 26 de marzo de 1654. También hubo Casa de este apellido en Ciudad Rodrigo, y a ella pertenecieron Francisco Guillén del Aguila y Arnedo, que ingresó en la Orden de Santiago en 9 de noviembre de 1629. Don Juan Guillén de la Carrera y Cevallos, que ingresó en 17 de noviembre de 1656 en la Orden de Santiago.

Sus armas: Los Guillén de Carrión de los Condes; traen: escudo cuarteado: 1.º: en campo de azur, con una flor de lis de oro; 2.º: en campo de plata, una cruz de gules, flordelisada; 3.º: en campo de plata, un árbol de sinople y un lebrel empinante a su tronco, en su color; y 4.º: en campo de sinople, siete crecientes de oro, puestos de tres, tres y uno. Bordura general de gules, cargada la parte correspondiente a los cuarteles 1, 3 y 4 de catorce sotueres de oro, y en la parte del cuartel 2, cinco flores de lis también de oro. Los de Laredo: en campo de azur, diez roeles de gules, perfilados de oro. Bordura de oro lisa.

Osvaldo Mendy. Buenos Aires (Argentina).
MENDI: El linaje que usted desea es con absoluta seguridad vascongado, con Casa solar en el Valle de Oyarzun en el hoy partido judicial de San Sebastián en la Provincia de Guipúzcoa. No tiene influencia alguna francesa, y siempre ha radicado en Guipúzcoa, con una Casa en Navarra. Para lo que usted desea sería necesario la confección de un árbol genealógico, que como usted muy bien puede comprender, ni el escaso espacio de que disponemos, ni lo elevado de esta investigación es posible realizar en esta revista.

Sus armas: traen en campo de plata, un rosal de sinople, con rosas de gules, y a su alrededor cinco estrellas de azur.

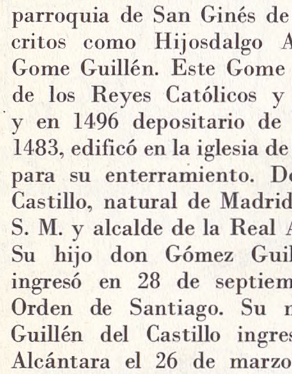
Joaquín Lecea Arregui. Córdoba (Argentina).
LECEA: Linaje de oriundo vascongado, con Casa solar en la Provincia de Alava. Tiene probada su Hidalguía, por sentencia confirmatoria, dada en 1547 por la Real Chancillería de Valladolid.

Sus armas: Traen en campo de plata, un árbol de sinople y dos lobos de sable atravesados al pie del tronco. Bordura de gules, con ocho sotueres de oro.

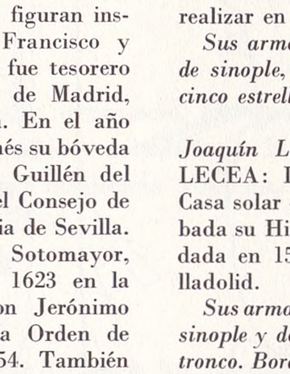
Fabián Melogno Vélez. Montevideo (Uruguay).
CAL: El linaje que nos ocupa es castellano, oriundo de Soria. Desde allí hubo Caballeros que fundaron Casas solares en Galicia. Concretamente en Orense. Caballeros de este linaje se trasladaron a Indias en donde fundaron una nueva Casa solar. Tienen probanzas de Hidalguía, ante la Sala de los Hijosdalgos, en la Real Chancillería de Valladolid, en 1556 y 1615. Como los CAL, pertenecían a los célebres Doce Linajes de Soria, y concretamente estaban amparadas en el linaje de Salvadores, según la Numantina, en el expediente n.º 5346 de la Orden de Santiago. Don Diego de la Cal, Hijodalgo notorio de sangre y solar conocido fue comprendido en el llamamiento de S. M. para que como hijodalgo, acudiera a servirle en el año 1631 y posteriormente en 1638.

Sus armas: traen en campo de oro, tres fajas de gules. Bordura jaquelada de plata y azur.

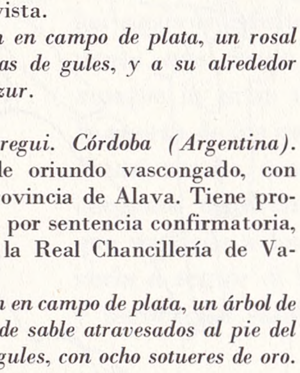
CAL



PEREZ DE CASTRO



VELEZ



PEREZ DE CASTRO: Noble y distinguida familia, oriunda de Sevilla, desde donde se trasladó a Indias, siendo una de las pobladoras de Guayaquil. El capitán don Lorenzo Pérez del Prado, natural de Sevilla, fue uno de los primeros pobladores de Guayaquil y del Valle de San Francisco de Baba. Casó con doña Ana de Castro y Guevara, nacida en Sevilla e hija del Conquistador Pedro de Castro y Cáceres y Gutiérrez de Godoy, nacido en Ecija, y casado con doña Violante de Guevara. Este matrimonio tuvo la siguiente descendencia: Lorenzo Pérez de Castro, el cual casó con doña María de Zárate Chacón y Montalbán. Nicolás Pérez de Castro fue capitán de Milicias. Había nacido en Babas y testó en la misma ciudad en 29 de mayo de 1685. Leonardo Pérez de Castro, murió célibe. María Pérez de Castro la cual casó con el cuñado de su hermano Lorenzo, don Simón de Zárate Chacón y Montalbán. Doña Sebastiana Pérez de Castro, la cual casó con don Antonio Cuadrado de Vargas-Machuca. Manuel Pérez de Castro que casó con la hermana de los citados Simón y Francisca, doña María Presedia de Zárate Chacón y Montalban. Todos ellos con descendencia.

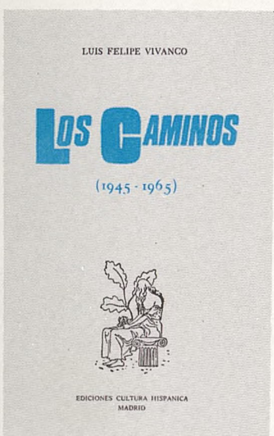
Sus armas: escudo partido: 1.º: en campo de plata, una banda de sinople, engolada en cabezas de dragantes de sinople, acompañado en lo alto de un peral de sinople, con tres peras de oro, y en lo bajo un león rampante de gules; 2.º: en campo de plata seis roeles de azur, puestos de dos en dos.

VELEZ: Linaje castellano, de las montañas de Santander. Don Rodrigo Vélez de Ontanilla vivía en 1355, y era Señor de la Villa de Laredo, de la de Vélez del Camino. Su segundo nieto Don Juan Vélez de Ontanilla, casó con doña Juana Fernández Camino, fundaron vínculo por testamento otorgado en Ajo ante Juan Pumar el 9 de septiembre de 1562. Tienen numerosas probanzas de nobleza, para su ingreso en Ordenes, en los años siguientes: Santiago, en 1533, 1568, 1622, 1624, 1625, 1627, 1640, 1683, 1691, 1694, 1713 y 1719. En Calatrava en 1627, 1628, 1641, 1709 y 1787. En Alcántara en 1641, 1644 y 1656. En Carlos III en 1790, y en San Juan de Jerusalén, en 1608 y 1722. Tienen numerosas sentencias confirmatorias de Hidalguía ante la Real Chancillería de Valladolid. Probaron su nobleza, para su ingreso en el Real Cuerpo de Guardias Marinas y Colegio Naval, en 1776.

Sus armas: traen en campo de gules, un castillo de plata. Otros traen en campo de plata una cruz flordelisada de gules. Bordura de azur con ocho estrellas de oro.



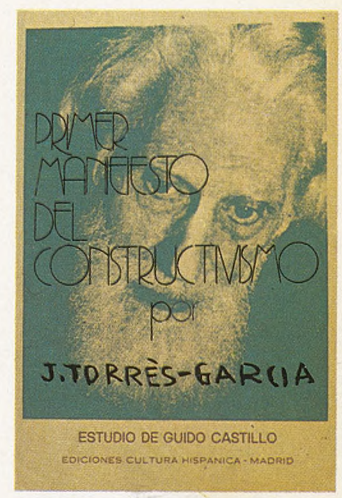
EDICIONES CULTURA HISPANICA



LOS CAMINOS
Luis Felipe Vivanco
Premio de la Crítica «Sitges», 1974
Precio: **300 ptas.**



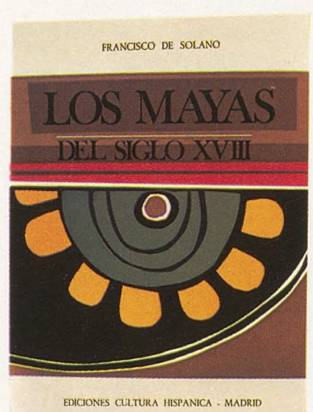
ITINERARIOS POR LAS COCINAS Y BODEGAS DE CASTILLA
Julio Escobar
Precio: **175 ptas.**



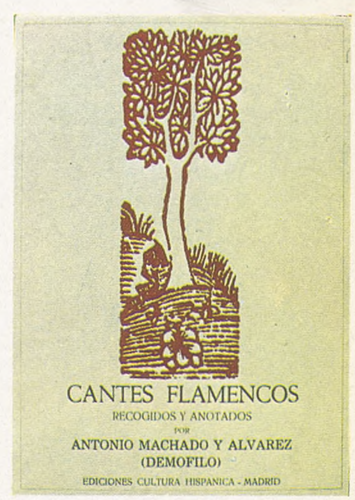
PRIMER MANIFIESTO DEL CONSTRUCTIVISMO
J. Torres García
Precio: **2.500 ptas.**



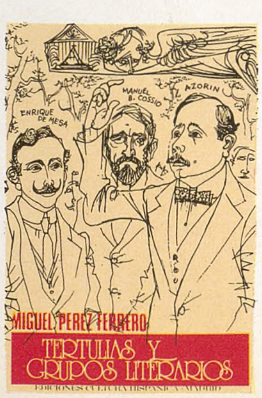
ESTUDIOS DE HISTORIA DEL PENSAMIENTO ESPAÑOL (siglo XVII)
José Antonio Maravall
Precio: **390 ptas.**



LOS MAYAS DEL SIGLO XVIII
Francisco de Solano
(Premio Nacional de Literatura «Menéndez y Pelayo», 1974)
Precio: **575 ptas.**



CANTES FLAMENCOS
Demófilo Machado
Precio: **375 ptas.**



TERTULIAS Y GRUPOS LITERARIOS
(2.ª edición)
Miguel Pérez Ferrero
Precio: **275 ptas.**

PEDIDOS
INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA
Distribución de Publicaciones.
Av. de los Reyes Católicos, s/n. - Madrid - 3.



La artesanía española,
sea cerámica,
cobre o vidrio está
en un momento
de autenticidad,
finura y buen gusto.